

Instituto
Calderón de la Barca

BE
2-2-61

MAMIFEROS MARINOS



**LIBROS DE
LA NATURALEZA**



ESPASA CALPE, S.A.



LA BIBLIOTECA
DE LA UNIVERSIDAD

MAMÍFEROS MARINOS



LIBROS DE LA NATURALEZA

MAMÍFEROS
MARINOS

POR

ANGEL CABRERA

Jefe de Departamento y Profesor en el Museo de La Plata

SEGUNDA EDICIÓN



ESPASA-CALPE, S. A.

MADRID

1934

ES PROPIEDAD

Copyright by Espasa-Calpe, S. A.
Madrid, 1929

Papel fabricado expresamente por LA PAPELERA ESPAÑOLA

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24. — MADRID

INDICE

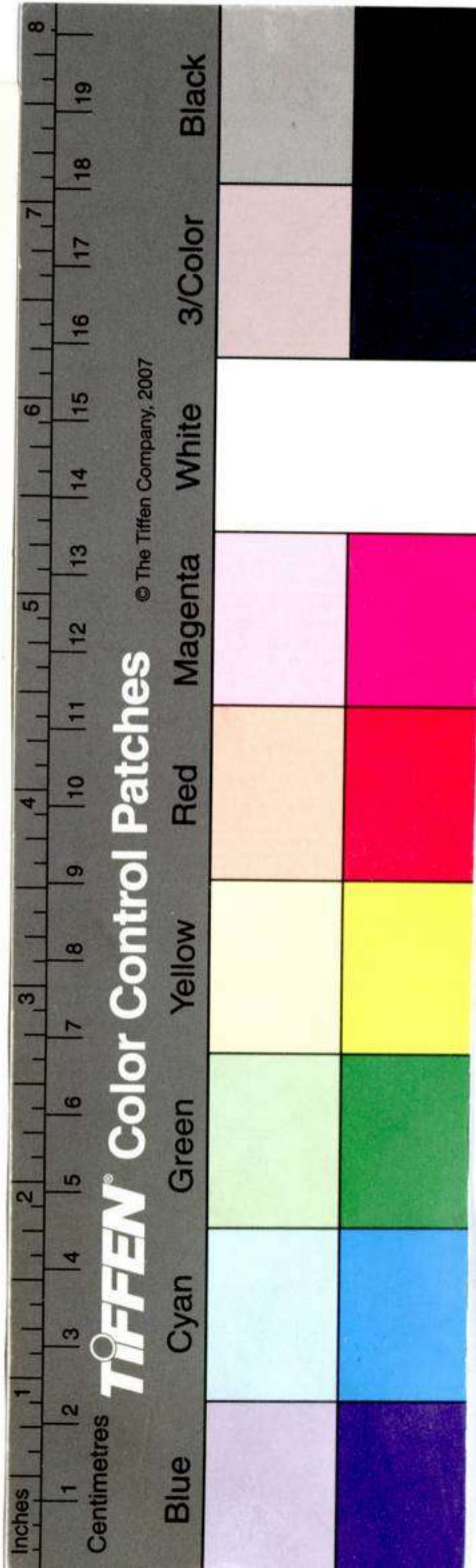
	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN	9
I. — Los colosos del mar	11
II. — Cómo se pescan las ballenas	21
III. — Un monstruo valioso	33
IV. — El delfín y su parentela	42
V. — La verdadera historia del unicornio	52
VI. — Las sirenas del mundo real	58
VII. — La vida de las focas	68
VIII. — Las focas gigantes	80
IX. — Leones y osos marinos	87

INTRODUCCIÓN

POR extraño que parezca, los mamíferos marinos, entre los cuales se cuentan los animales más grandes del mundo, son tal vez los menos conocidos por las personas que no son naturalistas profesionales. Ello es, después de todo, natural, porque todavía es incalculable el número de las gentes que nunca han visto el mar, y aun los que se embarcan con frecuencia, no siempre tienen la suerte de ver animales de esta clase. Por otra parte, la mayoría de los mamíferos que viven en el mar son seres que, por su tamaño o por otras muchas razones, no pueden traerse a nuestros parques zoológicos ni a nuestros museos, de modo que lo que de ellos sabe el vulgo es, todo lo más, lo que cuentan las novelas de aventuras, casi invariablemente escritas por autores que en este asunto no están mucho mejor documentados que cualquiera de sus lectores.

Creo, por consiguiente, que no ha de ser inútil el ilustrar a la juventud sobre este asunto, contándole lo que hay de cierto acerca de los grandes cetáceos y de las siempre interesantes focas, precaviéndola contra las leyendas con que la fantasía de los viajeros adornó la historia de estos animales, y mostrándoles los productos que de ellos puede sacar el hombre y la manera de obtenerlos. Este es el objeto del presente librito.

A. C.



I

LOS COLOSOS DEL MAR

PESE a la cultura moderna, todavía quedan en el mundo muchas personas para quienes una de las cosas más increíbles que hay en la Naturaleza es el hecho de que las ballenas sean mamíferos, como lo son los perros y los gatos, o lo somos nosotros mismos. A juicio de tales personas, el mar ha sido hecho para los peces, y no puede caberles en la cabeza que vivan en él animales que necesitan respirar el aire atmosférico y que crían sus hijos del mismo modo que las vacas o las ovejas. Claro es que el aspecto externo de las ballenas ha contribuido mucho a perpetuar este error. Su forma es, realmente, muy parecida a la de los peces, y durante mucho tiempo, hasta los hombres de ciencia la incluían entre éstos, siendo preciso que los conocimientos zoológicos avanzasen considerablemente para que se las clasificase en el lugar que les correspondía.

Sin embargo, a poco que se examine con atención una ballena, se observarán en ella muchas cosas que la diferencian en seguida de un pez. Es cierto que, lo mismo que en éste, sus miembros anteriores son aletas, pero no son aletas espinosas o radiadas, sino carnosas y con huesos dentro, que corresponden a los huesos de nuestras manos; y también es verdad que su cuerpo termina en una cola ancha, plana y bífida, como la de los peces, pero esta cola no se halla dispuesta verticalmente, sino en sentido horizontal. Además, las ballenas no tienen escamas, como

la inmensa mayoría de los peces, y aunque tampoco están revestidas de pelaje, como los demás mamíferos, si se registran con cuidado los contornos de la boca, se encontrarán algunas cerdas cortas y gruesas, ya aisladas o ya en pequeños grupos, que recuerdan las que presentan los hipopótamos, los elefantes y otros animales terrestres de piel desnuda.

En otros tiempos, cuando los mares eran menos frecuenta-

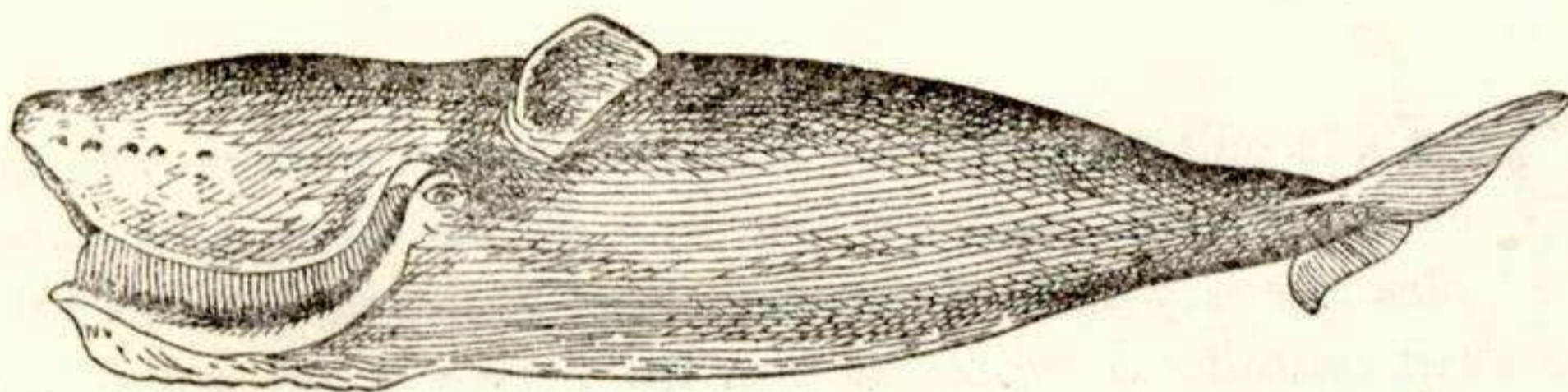


Fig. 1. — Ballena

dos que ahora y todo lo que en ellos hay parecía envuelto en cierto ambiente de leyenda, los navegantes se complacían en referir acerca de las ballenas un sin fin de fábulas y exageraciones que la gente de tierra firme admitía con asombro y espanto, y algunas de las cuales todavía no han podido ser desterradas del todo. De aquellas consejas, las más corrientes eran, y son aún, las que se refieren al tamaño de estos animales. Todo el que haya leído *Las mil y una noches* recordará la primera aventura de Simbad el Marino, cuando el héroe y sus compañeros desembarcan en una extensa isla que de pronto se sacude y se sumerge, resultando ser una ballena gigantesca; pues bien, esta enormidad que cualquiera creería producto de la fantasía oriental, pasaba por la cosa más natural en la Edad Media, y así vemos que un escritor francés de aquella época, Francheval, en un libro titulado *Bestiario de amor*, cuenta con la mayor seriedad que «hay una especie de ballena tan grande, que cuando tiene el lomo fuera del agua los marineros que la ven creen

que es una isla, y tan es así que arriban a ella y allí se hospedan y permanecen ocho días o quince, y cuecen sus carnes sobre el lomo de la ballena; pero cuando ella siente el fuego se sumerge, y los otros también, al fondo del mar.» En los antiguos cronicones no es raro hallar mencionadas ballenas de 80 y hasta 100 varas de longitud, y todavía en un libro sobre pesca, publicado en Madrid hace sólo seis años, se dice que en el Estrecho de Gibraltar se ven ballenas de 67 metros. Desde luego, aun hoy les gusta a los balleneros exagerar las dimensiones de los animales que pescan, del mismo modo que los toreros exageran el tamaño de los toros que matan, o como aumentan los cazadores el número de las perdices y conejos que cobran; pero si nos atenemos a los datos de los observadores que han medido mamíferos marinos con la cinta métrica y no a ojo de buen cubero, la longitud de las ballenas disminuye de un modo asombroso.

Ante todo, hay que tener presente que existen varias especies de ballenas, unas más grandes y otras más chicas. La llamada ballena azul, que es el mayor, no ya de los mamíferos marinos, sino de todos los animales vivientes, no pasa nunca de 31 metros; la especie más común, que los balleneros llaman rorcual, alcanza cuando más unos 24 metros, y en nuestros mares hay otra especie, el rorcual enano o ballenato, que no mide más de 10. Todas estas ballenas pertenecen al género que los naturalistas llaman de las ballenópteras, o ballenas de aleta, porque tienen una aleta pequeña encima del lomo; pero además hay las ballenas propiamente dichas, también denominadas ballenas francas, que carecen de la tal aleta, y de éstas la mayor es la ballena boreal, propia del océano Artico, que mide unos 20 metros, y la más pequeña la ballena pigmea, del Pacífico, que apenas llega á siete. Una diferencia muy notable entre estos dos géneros de cetáceos (que así se llaman los mamíferos en forma de pez), se encuentra en la piel del vientre, que en

las ballenas francas es perfectamente lisa, mientras en las ballenópteras forma numerosos pliegues o surcos a lo largo.

Volviendo a los cuentos fantásticos sobre las ballenas, entre ellos hay que incluir los relatos de hombres devorados por estos animales, y con mayor razón los de hombres que vivieron dentro de su estómago por más o menos tiempo. Aunque la boca de una ballena es enorme, su garganta es tan estrecho que no podría dar paso a un besugo, mucho menos a un hombre.

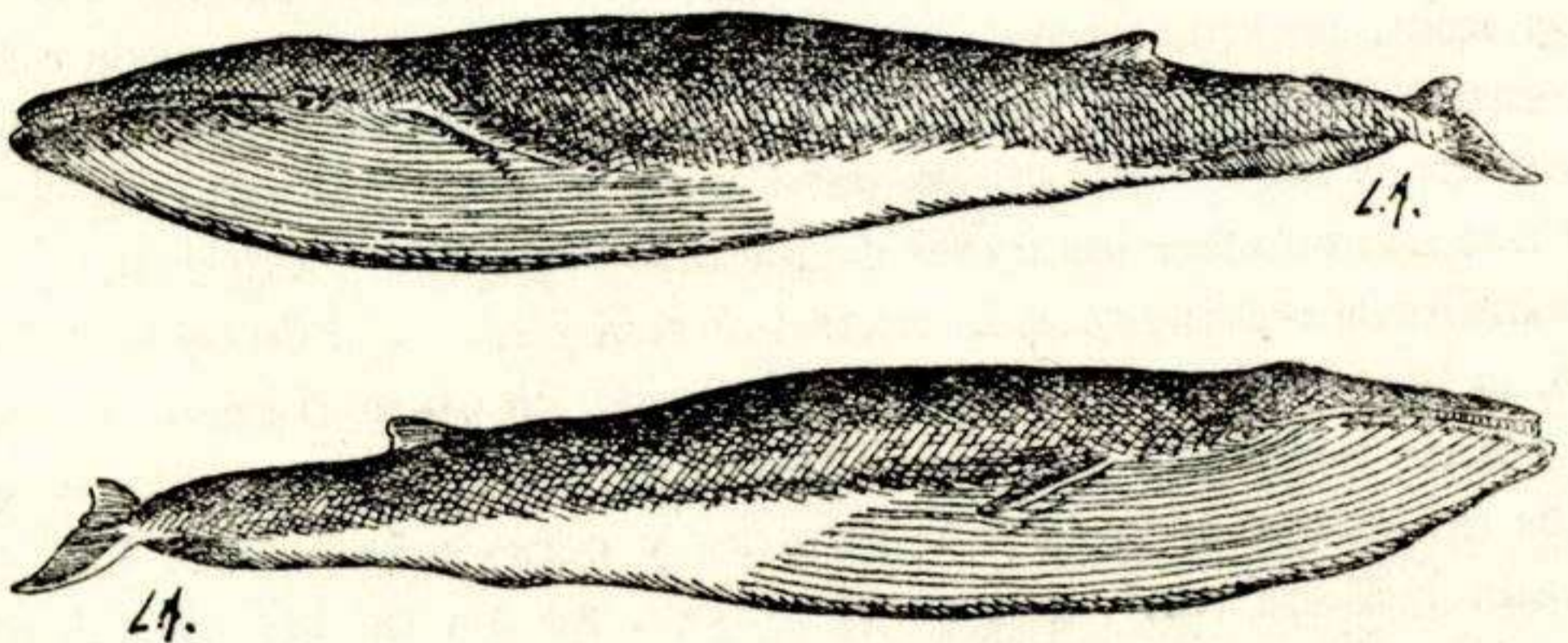


Fig. 2. — Ballenóptera

Estos cetáceos, en efecto, sólo comen animales muy pequeños, aunque, eso sí, los comen en cantidades enormes. Las ballenas francas se alimentan principalmente de unos pequeños moluscos sin concha, llamados clíos, no más grandes que una mediana alubia, y las ballenópteras, aunque devoran muchos arenques y sardinas, lo que más comen son diminutos crustáceos y otros animalillos marinos. Cuando se mata una ballenóptera y se abre su estómago, encuéntrase en él una masa pastosa de color de barro cocido, formada por los restos de todos estos pequeñísimos seres, a medio digerir.

Las ballenas tienen que comerse estos animalillos enteros, por la sencilla razón de que no tienen dientes, y por consiguiente

no pueden masticarlos. A falta de dentadura, tienen la boca provista de dos series de «barbas» o «ballenas», que son unas láminas córneas en figura de hoja de guadaña, colocadas verticalmente a ambos lados del paladar, muy juntas entre sí y orilladas por una especie de fleco deshilachado. Generalmente, hay de 300 a 400 láminas de éstas a cada lado de la boca. El oficio de las barbas no tiene nada que ver con el que en otros animales desempeñan los dientes, sino que consiste en servir como filtro o colador para dejar salir el agua que entra en la boca con el alimento, mientras éste queda retenido sobre la lengua y va siendo engullido poco a poco. Todos los animalitos que sirven de comida a las ballenas tienen la costumbre de vivir en grandes bandadas, constituyendo lo que se llama «bancos», verdaderas masas vivientes que nadan en colectividad o flotan a capricho de las olas; de modo que el cetáceo, en cada bocado, toma millares de moluscos, de crustáceos o de pececillos, que al momento se ven aprisionados entre las dos hileras de barbas, el paladar y la lengua y son empujados por esta última hacia el gáznate.

Antiguamente se creía que las ballenas expulsaban por las narices el agua que les entraba en la boca, y todavía se ven en muchos libros grabados representando uno de estos animales con dos chorros o surtidores de agua encima de la cabeza; pero ello no es más que una de las muchas fábulas relativas a los grandes cetáceos. En este caso, sin embargo, la leyenda tiene su razón de ser. Las ballenas, como todos los cetáceos, pueden pasar mucho tiempo debajo del agua, pero como mamíferos que son, necesitan respirar el aire de la atmósfera, y para ello se ven obligadas a subir a la superficie, asomando la parte superior de la cabeza, que es donde tienen las aberturas de la nariz, en estos animales llamadas «espiráculos». Un rorcual sale a respirar cada quince o veinte minutos, y en caso de peligro per-

manece sumergido hasta cuarenta minutos. En estas condiciones, el aire contenido en sus pulmones se halla sometido a una presión enorme, y cuando el cetáceo respira, es expulsado violentamente en forma de una columna de vapor que sube a bastante altura y se ve muy bien desde lejos.

Este fenómeno se explica perfectamente por ciertas leyes físicas. Todo gas encerrado a gran presión, si se le da salida brus-

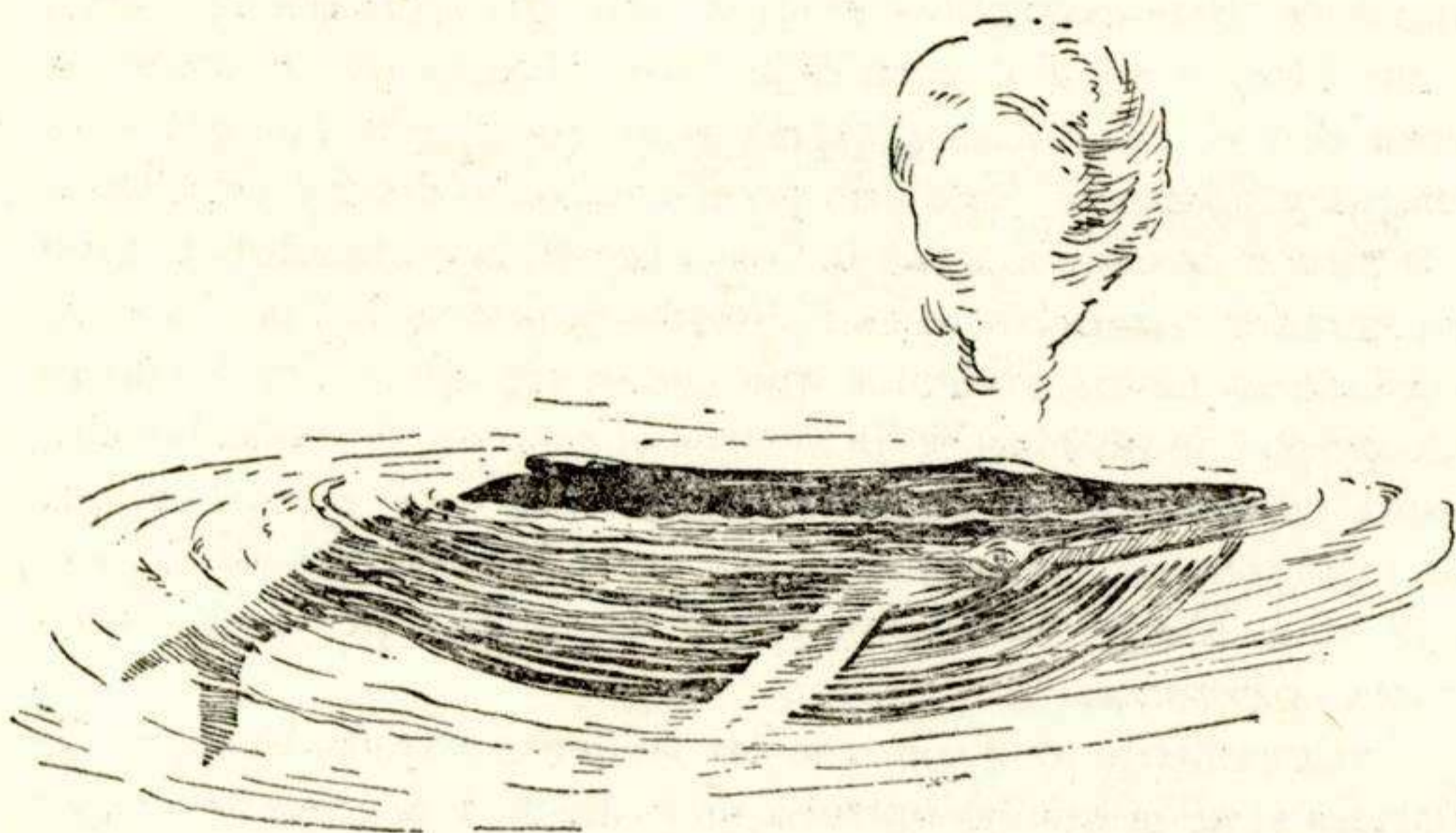


Fig. 3. — Ballenóptera respirando

camente, sufre un descenso instantáneo de temperatura, y es cosa harto conocida que el aliento, o lo que es lo mismo, el aire que expelen los animales de respiración pulmonar, al enfriarse de pronto se condensa en forma de vapor. El hecho es familiar para todo el que vive en países fríos, y puede ser también comprobado observando la respiración de los caballos de cualquier coche de los que esperan a la salida de los teatros en una noche de invierno. En las regiones próximas a los polos, que es precisamente donde más abundan las ballenas, la condensación puede

ser tal que el vapor de la respiración caiga en menudas gotitas, pero jamás existe un verdadero chorro líquido como creían los antiguos, para quienes eran desconocidos los mencionados fenómenos físicos.

Al expeler el aliento de este modo, las ballenas producen un fuerte resoplido, que se oye a bastante distancia. Inmediatamente, el animal aspira un poco de aire y se sumerge por breves

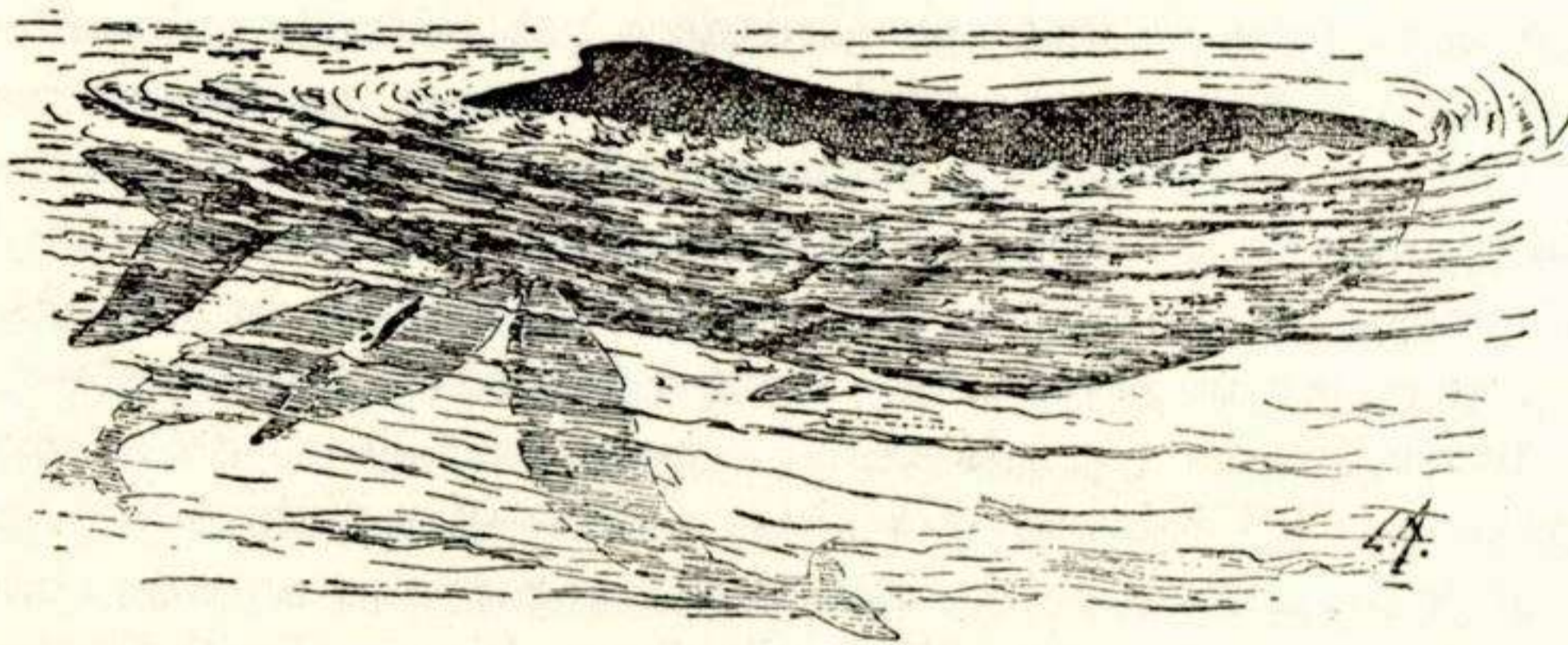


Fig. 4. — Yubarta con sus crías

instantes, vuelve a salir para aspirar de nuevo, y así repite varias veces la misma operación hasta que se zambulle definitivamente para permanecer largo rato bajo el agua. Algunas veces, si no le amenaza ningún peligro, también flota durante mucho tiempo en la superficie, y en ocasiones hasta salta y brinca sobre las olas, lo mismo que lo hacen muchos peces. Hay una especie, llamada yubarta o xibarte, que cuando da saltos se sale por completo del agua, volviendo a caer en ella con gran estrépito, y como da la coincidencia de que el yubarta tiene las aletas muy largas, parece enteramente como si quisiera volar. Conviene tener en cuenta que uno de estos cetáceos abulta tanto como tres elefantes, de modo que una bandada de yubartas brin-

cando a más y mejor sobre el mar, como si quisieran imitar a las gaviotas, y levantando montañas de espuma al hundirse de golpe en las olas, es uno de los espectáculos más extraordinarios que cabe imaginar, algo á la vez jocoso e imponente.

Algunos autores que quieren dárselas de ingeniosos dicen que estos saltos los dan los yubartas para quitarse de encima los parásitos, porque hay que advertir que los grandes cetáceos llevan siempre encima una verdadera población de animalillos marinos, y claro es que, dada su organización, no pueden rasarse; pero la explicación es un poco inocente, pues si el constante batir de las olas y los movimientos del cetáceo en el agua no bastan a desprender esta población parásita, mal se desprenderá por un salto más o menos. Además, los parásitos del yubarta son unos crustáceos, llamados corónulas, del mismo grupo que los sabrosos percebes, y todo el mundo sabe que cuando los animalitos de esta clase se agarran a un sitio cualquiera, ya sea una roca, el fondo de un barco o la piel de un cetáceo, no hay modo de separarlos como no sea arrancándolos con algún instrumento cortante.

Las corónulas no son los únicos parásitos de las ballenas; algunas de éstas llevan también numerosos huéspedes en la boca, escondidos entre las barbas. Si, cuando se pesca un rorcual, se raspa con un cuchillo una de las láminas córneas que forman su barba, se saca una masa blancuzca que tiene el aspecto de sarro. Echando esta masa en un frasco lleno de agua de mar, se la ve al punto disgregarse y convertirse en un verdadero hervidero de diminutos animalejos que suben, bajan y van de un lado a otro nadando rápidamente. Son unos pequeños crustáceos que solamente viven en las barbas de los grandes cetáceos y que, en consecuencia, han recibido de los naturalistas el nombre de «ballenófilos», es decir, amigos de las ballenas.

Hay que convenir en que es una forma de amistad bastante singular.

Dos errores muy generalizados relativos a las ballenas son el creer que éstas viven solamente en las regiones polares, y el decir, como en tantos libros se dice, que actualmente están casi extinguidas. En las novelas de aventuras es de rigor que los balleneros hagan sus expediciones a los helados mares árticos o antárticos, pero en la realidad existen ballenas en todos los mares, y lo mismo se las puede pescar bajo el ardiente sol de los trópicos que entre los témpanos de hielo del Polo Norte. Ciertas especies son verdaderamente cosmopolitas; las ballenópteras, sobre todo, se encuentran lo mismo en el hemisferio Norte que en el hemisferio Sur, y según parece, emprenden a veces largos viajes, pasando de los mares fríos a los mares templados en determinadas épocas del año, aunque no se sabe bien si lo hacen persiguiendo a los peces y crustáceos que les sirven de alimento, o porque necesiten de un clima benigno para criar. La ballenóptera hembra, sin embargo, cría en cualquier estación; por lo general sólo tiene un hijo, que al nacer viene a tener la cuarta parte de la longitud de su madre y se parece extraordinariamente a ella, en pequeña escala, pero también se dan casos de mellizos. El yubarta, que tiene, como ya he dicho, las aletas muy largas, algunas veces agarra a su cría bajo una de ellas, como para defenderla o ayudarla a nadar.

En cuanto a lo de que las ballenas sean ya animales muy raros, nada más lejos de la verdad. Las personas mal informadas lo creen así porque cuando se viaja por mar pocas veces se ve alguno de estos cetáceos, y si alguno de ellos aparece en una playa, los periódicos se ocupan del caso como de un suceso extraordinario. Pero es que con las ballenas ocurre lo mismo que con los cuadrúpedos terrestres de nuestros bosques. Miles de excursionistas visitan anualmente el Guadarrama, los Pirineos y

otras sierras españolas, y, sin embargo, son muy pocos los que alguna vez han visto un corzo, un lobo o un jabalí, a pesar de que estos animales son allí todavía abundantes. Pues bien, más difícil que encontrarse en tierra con una pieza de caza mayor, es ver en el mar una ballena, porque estos gigantes del océano suelen permanecer bajo el agua, a no ser cuando salen a respirar, y entonces procuran hacerlo lejos de los barcos, de modo que se precisa la vista experimentada de los balleneros para advertir su presencia. La mejor prueba de lo difícil que resulta darse cuenta de ella, es que los buques dedicados a la pesca de la ballena tienen que llevar un vigía en lo alto del palo para que explore constantemente con su anteojo la superficie del mar, sin cuya precaución sería probable que, después de algunas semanas de navegación, no se encontrase ni un solo cetáceo. Calcúlese si será fácil verlos desde un trasatlántico, donde la tripulación va ocupada en sus obligaciones y los pasajeros distraídos con su conversación o sus recreos.

Todavía más raro que ver ballenas vivas en el mar es encontrarlas muertas o moribundas en las playas, porque sólo arriban a ellas algunos ejemplares enfermos o heridos. Por consiguiente, los únicos datos seguros sobre la abundancia de estos animales son los que nos dan las estadísticas de las compañías balleneras, y según ellas, casi todos los años se pescan, en todo el mundo, de diez mil a quince mil ballenas. Sólo en un día, en mayo de 1924, he visto yo pescar once en el Estrecho de Gibraltar por los barcos de la factoría ballenera que hay junto a Algeciras.

Sí, todavía quedan en el mundo bastantes ballenas; ahora, que si continúan persiguiéndolas en igual proporción que actualmente, a la vuelta de diez años ya no podremos decir lo mismo.

II

CÓMO SE PESCAN LAS BALLENAS

SI hoy, según acabamos de ver, se pescan ballenas hasta en las costas de Andalucía, en otro tiempo no ocurría lo mismo. Hasta hace menos de un siglo, los barcos balleneros hacían sus viajes solamente a Terranova, a las costas de Noruega y a otras regiones del Norte, y de ahí nació la creencia popular de que las ballenas viven únicamente cerca de los Polos. Todavía hay algo más: las expediciones de los balleneros fueron las que despertaron el interés por llegar al Polo Norte y al Polo Sur; los primeros exploradores árticos fueron balleneros, por donde se verá que esta industria, aparte de su importancia económica, ha tenido una influencia enorme en la historia de los progresos geográficos.

Pero todo esto no quiere decir que entonces no hubiera ballenas en nuestros mares, lo mismo que las hay ahora; lo que es que antiguamente la pesca de la ballena se hacía para obtener sus barbas, y las ballenas que tienen las barbas más grandes son las llamadas ballenas francas, que sólo son frecuentes más allá de los círculos polares. Las que abundan en los mares de las zonas tórridas y templadas son las ballenópteras, cuyas barbas son muy cortas, llegando apenas a un metro la longitud de cada lámina córnea. En las ballenas francas, en cambio,

algunas láminas tienen cerca de tres metros. Estas barbas se utilizaban para hacer ballenas de corsé (que por eso se llaman así), varillas de paraguas, varillajes de abanico y otras muchas cosas que hoy se hacen de acero, de celuloide y de otras sustancias de fácil obtención. Allá por el año 1860, el kilo de barba de ballena se pagaba a catorce o quince pesetas, y como una

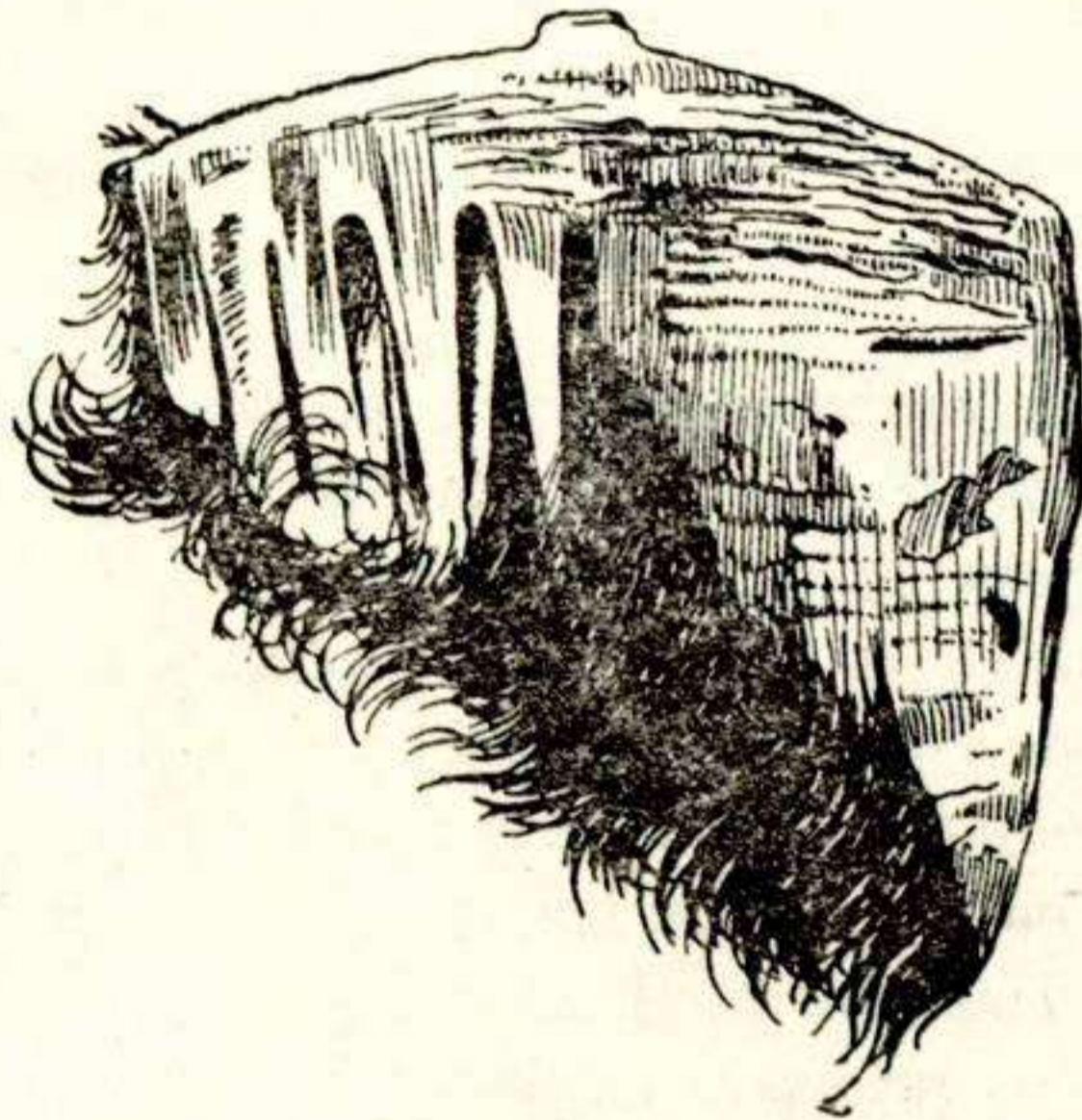


Fig. 5. — Barbas de ballena

ballena franca de veinte metros de longitud daba cerca de mil setecientos kilos de barba, valía la pena arriesgarse para pescar unos cuantos cetáceos de éstos.

Por otra parte, mientras que las ballenas francas son animales pesados y lentos, las ballenópteras son ligeras y ágiles, lo que hacía más difícil su pesca en aquellos días en que ni la navegación ni los procedimientos de pesca estaban tan adelantados como ahora. Los balleneros, como es natural, iban adonde podían obtener mayor producto con más facilidad. Los barcos que empleaban eran de vela, y como su maniobra era compli-

cada, se mantenían a respetable distancia de las ballenas. Para atacar al cetáceo, se echaban al agua varios botes, cada uno de los cuales llevaba, además de los remeros, un arponero provisto de su arpón, lanza arrojadiza unida a una larga cuerda y con la punta barbada. Los arponeros lanzaban estas armas contra la ballena, y en cuanto le clavaban una de ellas, iban soltando cuerda, de modo que el animal tuviera cierta libertad y pudiera

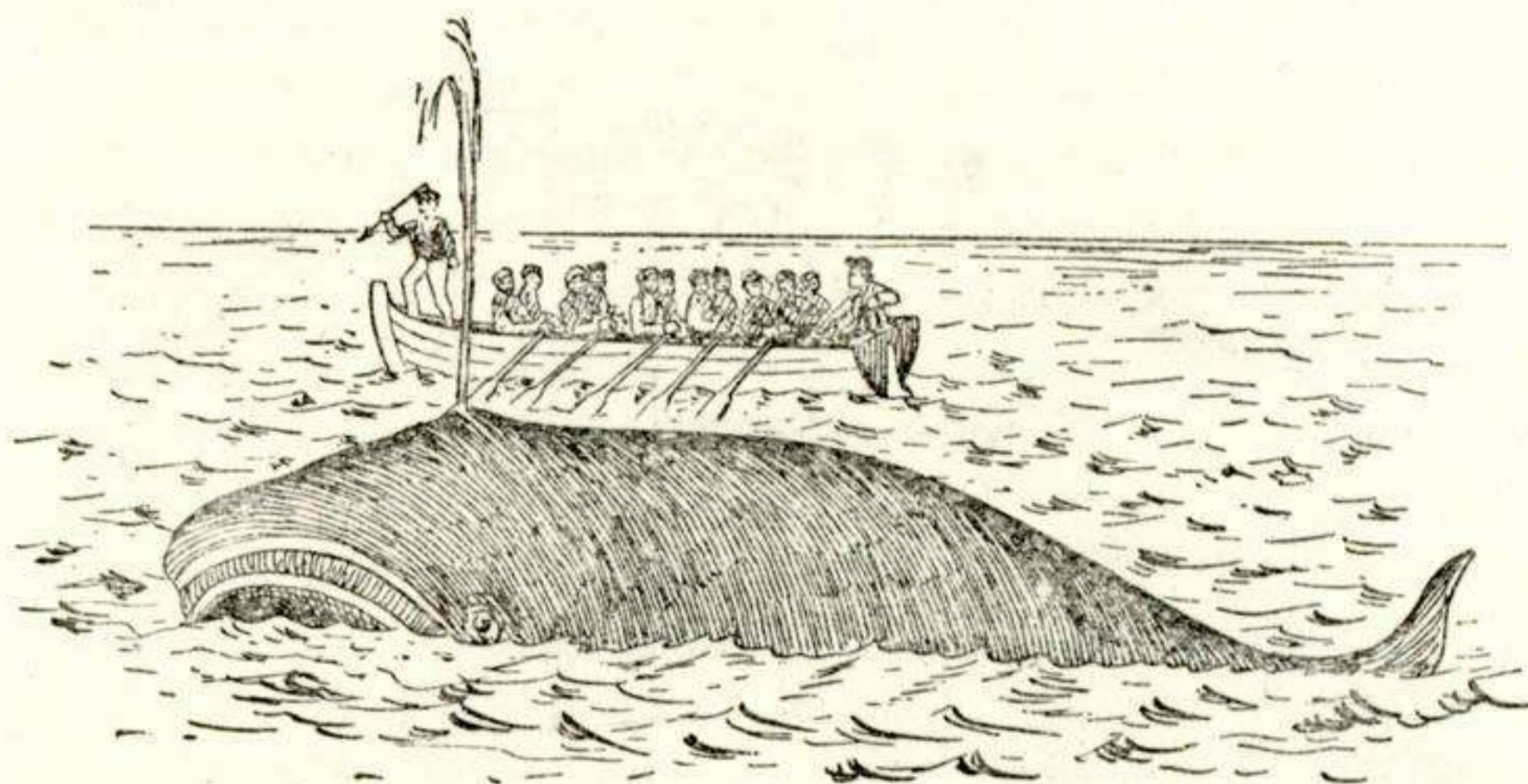


Fig. 6. — Arponero vasco

huir a medias, hasta que, agotado por la pérdida de sangre y los esfuerzos que hacía para soltarse, se rendía y era rematado con lanzas. Muerta la ballena, se amarraba su cadáver a un costado del buque, y ayudándose con cuerdas y escalas, la gente de a bordo le quitaba la piel con la gruesa capa de grasa que hay debajo, la cortaba en trozos y la iba guardando en barriles que se ponían en la cala; se cortaban también las barbas, y todo lo restante del animal se abandonaba a los peces y a las aves marinas.

Ni que decir tiene que este procedimiento de pesca era extraordinariamente peligroso. A veces, sumergíase la ballena tan

bruscamente al sentirse herida, que no daba tiempo a largar suficiente cuerda y hacía zozobrar el bote desde donde se la había arponeado, y también se daba el caso de que, de un coletazo, redujese a astillas una de aquellas pequeñas embarcaciones, con fatales consecuencias para sus tripulantes. El oficio de ballenero, en una palabra, era entonces oficio de héroes. Por cierto que, según parece, los primeros en dedicarse a él fueron los

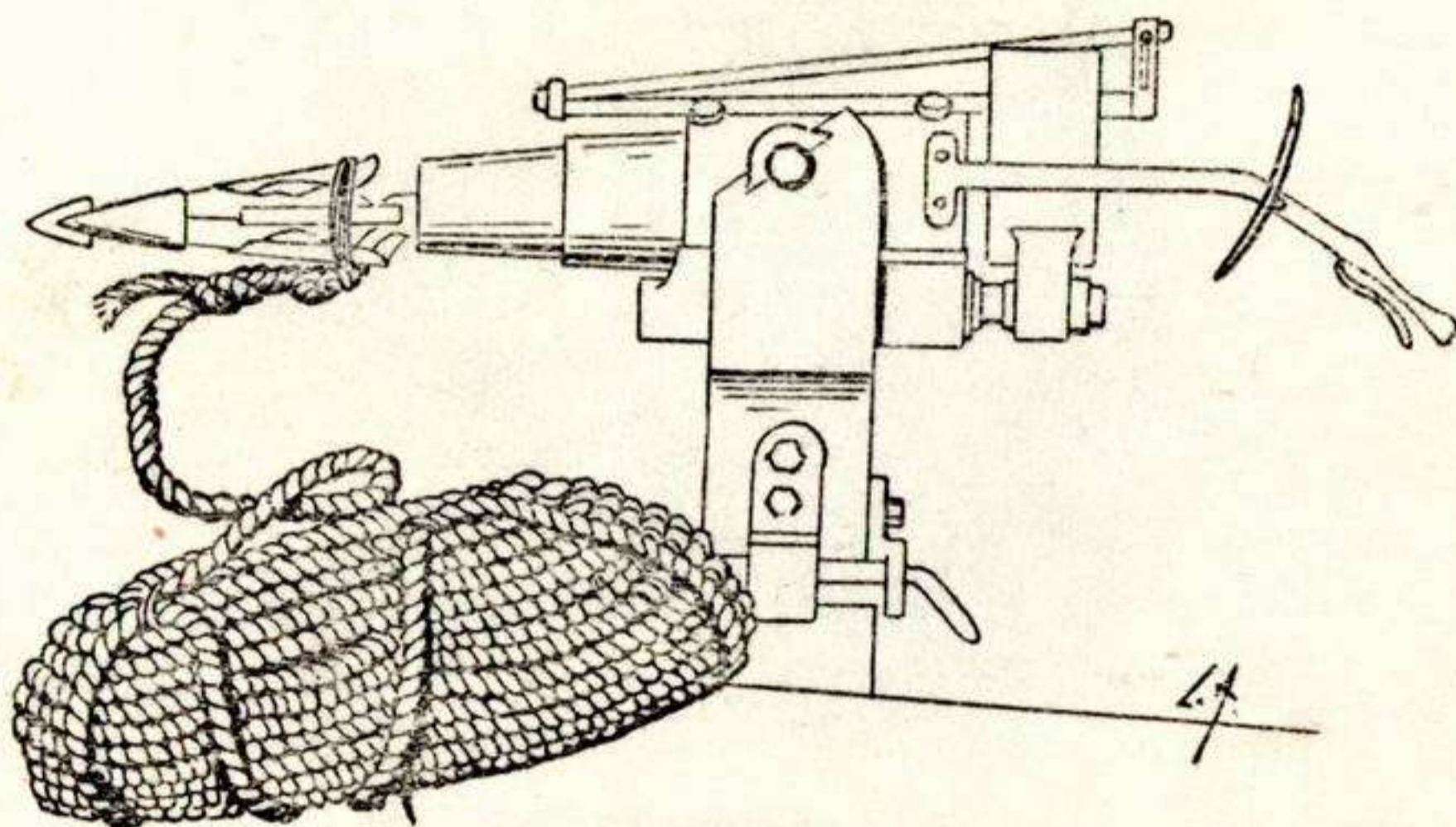


Fig. 7. — Cañón para disparar arpones

españoles de la costa cantábrica, a quienes puede considerarse como los maestros de todos los balleneros del mundo. En algunas poblaciones marítimas de Galicia, Asturias, Santander y las Provincias Vascongadas se conservan documentos que acreditan la antigüedad e importancia que tenía allí la pesca de la ballena, por lo menos desde el siglo XII, y en los escudos de Bermeo, Lequeitio, Castro Urdiales y Ondárroa figura una ballena, a veces junto al barco empleado en su pesca. Los balleneros vascos, sobre todo, no tenían rival por su valor y pericia, hasta el punto de que en el año 1611, cuando se organizó en

Inglaterra una gran expedición ballenera a las islas de Spitzberg, se consideró necesario llevar en ella seis arponeros vascongados.

Por aquel entonces, sin embargo, empezó a decrecer el poderío marítimo de España; se estaba en guerra naval casi constante con ingleses y holandeses, y era peligroso para los navíos españoles aventurarse en los mares septentrionales, de modo que los pueblos cantábricos fueron renunciando a las empresas balleneras, y la pesca y explotación de los grandes cetáceos pasó a manos de las gentes del Norte, especialmente de los noruegos y los ingleses.

Hasta hace cosa de setenta años, todavía se pescaban las ballenas como en aquellos felices tiempos en que vascongados y gallegos iban a buscarlas en las costas del Labrador y de Terranova; pero hacia esa época hubo que variar de procedimiento. La barba de ballena empezó por entonces a perder su valor industrial, siendo substituída en los paraguas, y poco después en los corsés de las señoras, por el acero, y por otra parte, se descubrieron nuevas aplicaciones de la grasa. Para responder a estos cambios en las demandas de la industria, ya no era necesario ir hasta las regiones polares; los productos buscados podían obtenerse de las ballenópteras, a la puerta de casa, por decirlo así; pero la agilidad y rapidez de estos cetáceos hacía difícil y peligroso el atacarlos con el arpón arrojado a brazo y desde un pequeño bote. Entonces fué cuando un famoso ballenero noruego llamado Svend Foyn, puesto a estudiar el modo de resolver el problema, inventó el arpón-granada.

Para pescar ballenas con arpón-granada, se emplean vapores pequeños, pero de mucho andar, que se arriman hasta treinta o cuarenta metros de los cetáceos. En lo alto de la proa, el vapor lleva un cañoncito con el cual se dispara el arpón. Este, como da a entender su nombre, tiene la punta formada por una

granada con su correspondiente carga explosiva y provista de cuatro aspás o barbas; al salir del cañón, las barbas van cerradas, pero al dar en el blanco, hundiéndose en las carnes de la ballena, se abren de pronto y producen automáticamente la explosión. Con frecuencia, esto basta para matar al animal, pero por si así no fuera, el arpón lleva su correspondiente cuerda

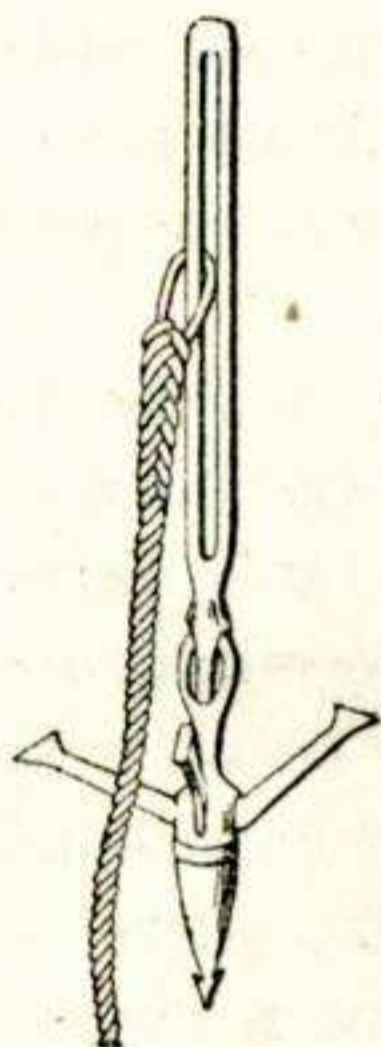


Fig. 8. — Arpón-granada

arrollada sobre una batea al pie del cañón, y cuando se hace el disparo, la cuerda se desenrosca con la rapidez del relámpago, quedando sujeta al barco por una combinación de muelles, gracias a lo cual, aunque la ballena herida se revuelva y salte de mil modos, en el vapor apenas se notan sus sacudidas. Entretanto, se le disparan nuevos arpones, ya sin cuerda, y cuando se ve que el cetáceo empieza a agonizar, se le atrae con la del primer arpón hasta que está junto al barco, y desde la borda se le remata con una larga lanza.

Una ballena muerta no tarda en irse al fondo, y para evitarlo, por medio de un largo tubo de caucho puesto en comunicación con la caldera del barco, se le inyecta vapor, del mismo modo que se inyecta el aire en un balón de fútbol o en un neumático de automóvil. El enorme cadáver, inflado como un odre, flota perfectamente, y ya no hay más que amarrarlo al costado del vapor y remolcarlo hasta la factoría ballenera. A veces, un barco que lleva así una ballena, encuentra otras y continúa la pesca. Yo he visto una vez volver un vaporcito a la factoría con cinco ballenas, tres en un costado y dos al otro. Esto es, sin embargo, un caso poco frecuente, y más bien ocurre que un vapor ballenero pasa dos o tres días navegando y explorando el océano sin descubrir ninguna ballena. Para buscar los cetá-

ceos, el vapor lleva en lo alto del palo una atalaya en forma de tonel, donde va siempre un vigía, oteando con su anteojo la superficie del mar. Un buen vigía puede descubrir al cetáceo a unas tres millas de distancia, y reconoce su especie por el modo como el animal lanza el aliento al respirar; pero es un oficio como para no recomendárselo a nadie; la constante atención que exige, unida al balanceo que se siente a aquella altura, marea al más acostumbrado, de modo que los vigías tienen que relevarse muy a menudo.

Algunas compañías balleneras instalan sus calderas y demás artificios para la extracción de los productos a bordo de un buque, que sigue de cerca a los vaporcitos de pesca. Esto es lo que se llama una factoría flotante, y también un barco cocina. En la mayor parte de los casos, sin embargo, la factoría se halla en tierra firme. Como en tantas otras cosas de este mundo, en esto cada sistema tiene sus ventajas. Como la grasa de ballena es de mejor calidad cuanto menos tiempo lleve muerto el cetáceo, la factoría flotante, que permite extraerla casi en seguida de la captura, obtiene un producto más valioso; pero las factorías de costa, que así se llaman a las instaladas en tierra, ofrecen mayor holgura y comodidad, siendo en ellas posible operar con varias ballenas a la vez.

Una factoría de costa es casi una pequeña aldea. Su parte más importante es una extensa playa o explanada pavimentada de cemento, desde la cual desciende hasta el mar una rampa de suave declive, y a cuyos lados se alzan grandes tablados que se apoyan sobre dos series de gigantescas calderas verticales; pero además está la sala de máquinas, talleres de carpintería y de herrería, un pequeño astillero para la reparación de embarcaciones, un laboratorio para los análisis de los productos, depósitos de aceite, viviendas para el personal, etc.

La llegada a la factoría de un vapor con una o más ballenas

es la señal de una actividad que sólo puede comprarse a la de un campamento militar cuando las cornetas llaman a las armas. Por todas partes salen hombres que corren a ocupar sus puestos. Los que han de encargarse del descuartizamiento de la ballena se ponen a toda prisa la peor ropa que tienen, prendas viejas, manchadas por la sangre y la grasa de muchos cetáceos; se calzan gruesas botas, y empuñan la herramienta propia de su oficio, una especie de lanza que tiene por hierro una cuchilla corva de treinta y tres centímetros de largo. Otros obreros, desde unos tornos movidos a vapor que hay al final de la explanada, tienden a lo largo de ésta numerosos cables de acero, y otros, en fin, hacen funcionar varias mangueras, alimentadas por una bomba que extrae constantemente agua del mar, regando la explanada, los tablados y las rampas de madera que dan acceso a éstos, para favorecer el deslizamiento de las enormes masas que han de arrastrarse.

Dos hombres, tripulando un bote, amarran uno de los cables de acero a la cola de la ballena; los tornos empiezan a funcionar, y el enorme animal, que algunas veces abulta tanto como media docena de elefantes, va siendo subido poco a poco por la rampa, hasta quedar en medio de la explanada. Inmediatamente se procede a desollarlo. Algunos hombres, con sus cuchillos de largo mango, rajan la piel a tiras, desde el extremo de la cabeza hasta la base de la cola. En la punta de cada tira abren un agujero, enganchan allí un cable, y halando con el torno hacia atrás arrancan toda la cinta de piel con la espesa capa de grasa, blanca como la nieve, que hay adherida a ella. De este modo se van despellejando el lomo y los costados, y después se arrancan la piel y la grasa del vientre, que salen en una pieza, que es lo que los balleneros conocen con el nombre de «lengua», por su figura. Luego se desarticula con las cuchillas la mandíbula inferior, y se arrancan las barbas de la superior, también por

medio de cables, mientras se va cortando a lo largo de las encías.

Toda esta labor se hace casi en menos tiempo del que yo he necesitado para explicarlo, y constituye una escena pintoresca. En medio de un verdadero lago de sangre, que brota a torrentes de las heridas de la ballena, los obreros van y vienen sin cesar, manejando diestramente sus cuchillas o arrastrando cables y cadenas. Todo es actividad, todo ruido; los hombres se llaman y se comunican instrucciones a gritos, para dominar el estrépito de los tornos y el ruido de los motores de vapor; chirrían las cadenas, tabletea sin cesar la bomba que alimenta las mangueras, y de pronto, cuando alguna cuchilla penetra en las carnes del cetáceo, el vapor que lo inflaba o los gases de la descomposición se escapan con roncós bramidos. A veces se corta alguna gran arteria y surge bruscamente un chorro de sangre, grueso como el brazo de un hombre, cubriendo de pies a cabeza a los que están más cerca. El agua de las mangueras lo lava todo, y las olas se tiñen de rojo en una gran extensión alrededor de la factoría.

Según se van arrancando las tiras de tocino de la ballena, otros hombres, con unos garfios, las llevan a rastras hasta un rincón de la explanada donde el suelo es de madera, y allí las dividen en pedazos cuadrados que van echando por una trampa a una máquina picadora que funciona bajo tierra, cuya misión consiste en reducir dichos pedazos a trocitos muy pequeños. Un rosario de cangilones va recogiendo el tocino así picado y elevándolo hasta las calderas destinadas a extraer la grasa de primera calidad.

Mientras tanto, los descuartizadores han separado el cráneo del cuerpo de la ballena, para facilitar su manejo, y desde uno de los tablados bajan un cable que se engancha en la cola, subiendo así el cadáver ya desollado. Primero suben el cuerpo, y luego la cabeza y la mandíbula. Una vez arriba, una docena de

obreros lo despedazan todo, carne, huesos y vísceras, aserrando con una sierra mecánica lo que no pueden cortar con sus cuchillas. Las enormes bocas de las calderas que sostienen el tablado se abren a uno y otro lado, y por allí se echa todo, sin dejar fuera ni la menor piltrafa, para que se cueza por la acción del vapor. Una vez llenas las calderas, se cierran perfectamente, se riega y se barre el tablado, y a las dos horas de extraída la ballena del agua nada queda a la vista que recuerde las sangrientas operaciones que acaban de efectuarse, como no sean las barbas, que por el momento se arrinconan donde no estorben.

Ya dije antes que la barba de ballena, tan estimada en tiempos pasados, hoy tiene muy poco valor; tan poco, que su precio apenas compensa el gasto en jornales que supone su preparación. En algunas factorías se explota la barba sólo como un medio de dar a ganar algunas pesetas a las mujeres e hijas de los obreros. Toda la preparación consiste en separar las láminas córneas y lavarlas muy bien. Para lo primero, se someten a un baño de agua hirviendo que las ablanda y permite arrancarles las porciones de encía que llevan adheridas, y luego pasan a unas grandes pilas llenas de agua tibia, donde unas cuantas mujeres las separan sin dificultad y las dejan admirablemente limpias a fuerza de bruza y de agua, encargándose el sol de secarlas en pocas horas.

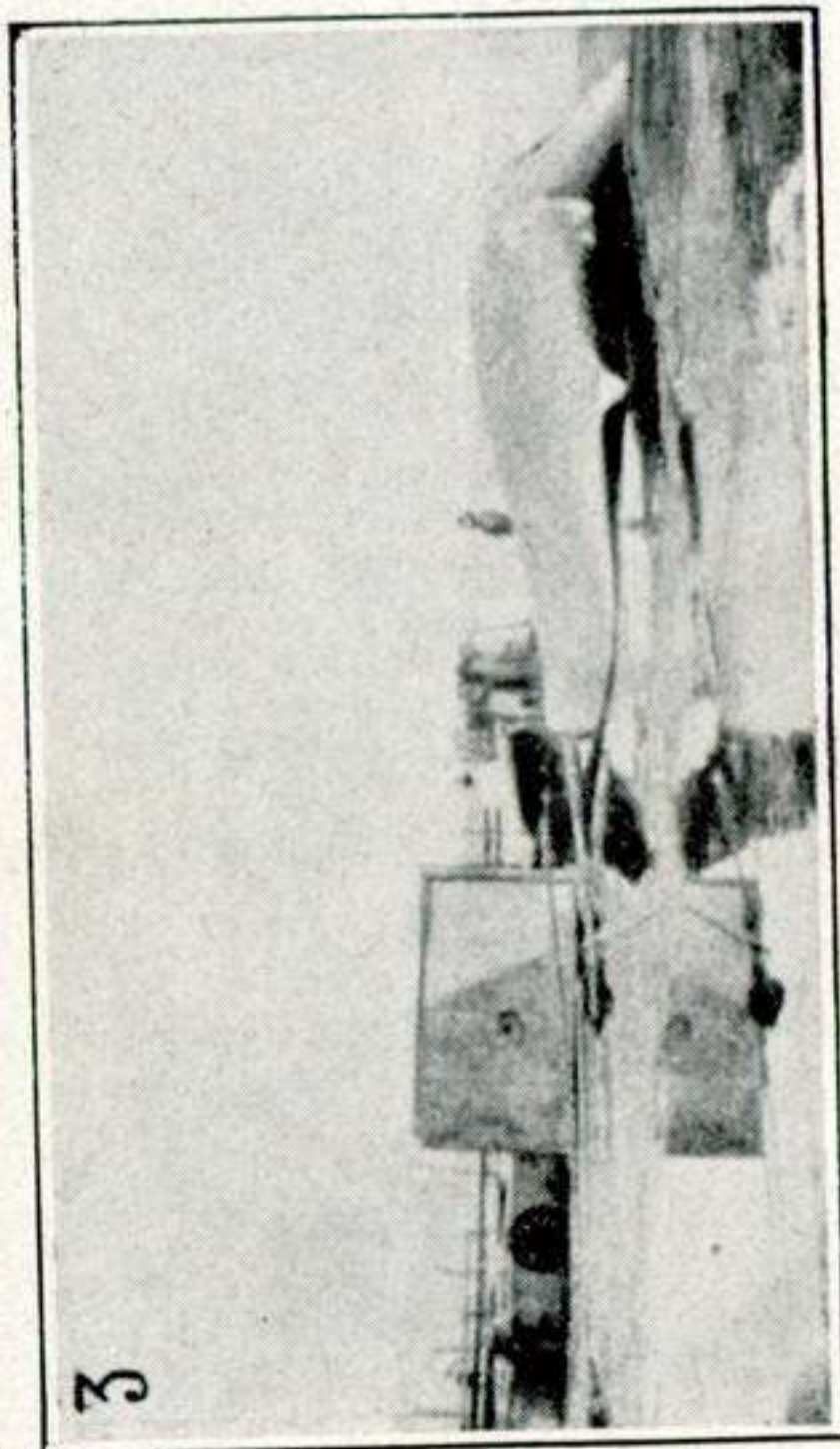
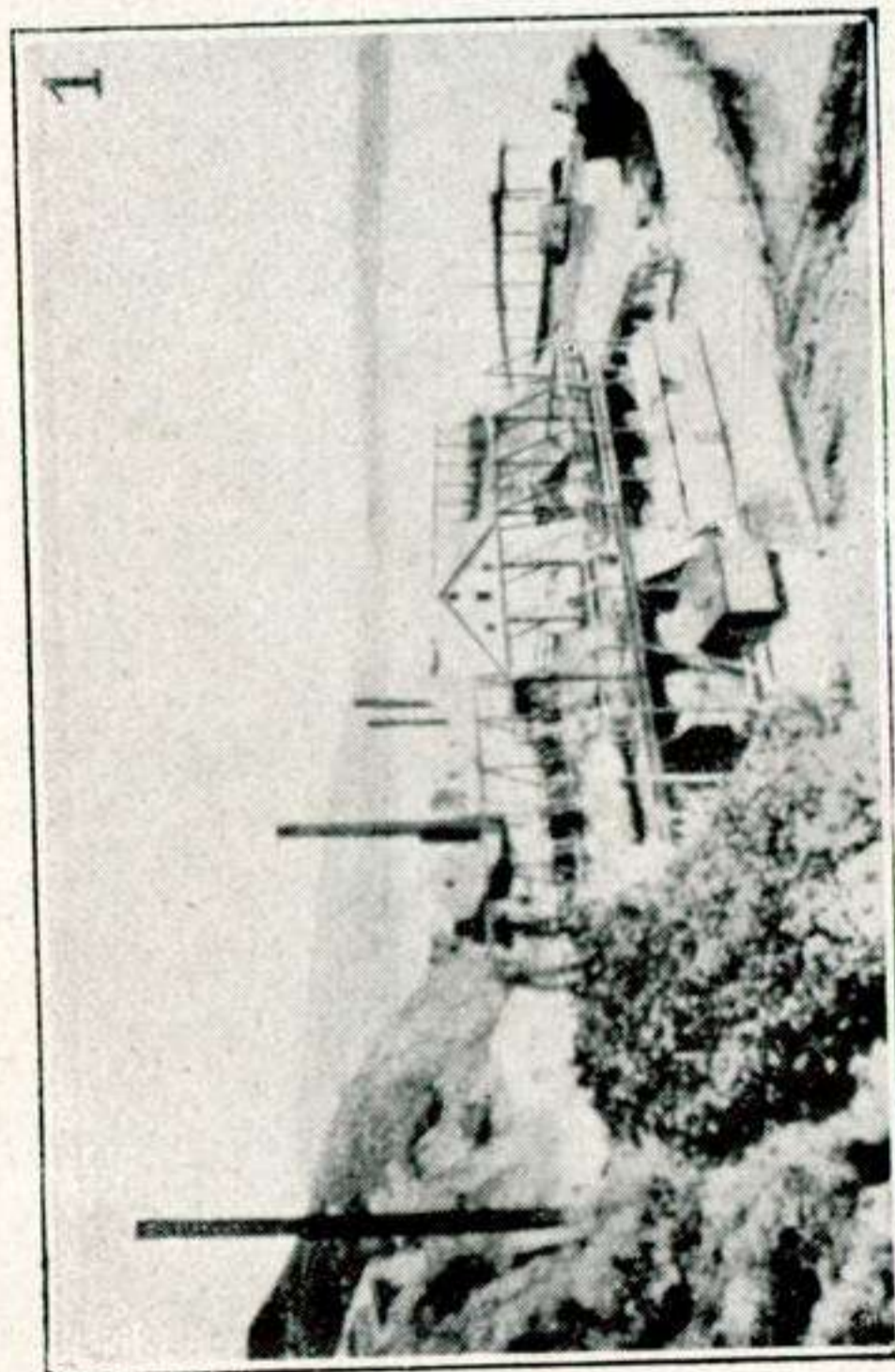
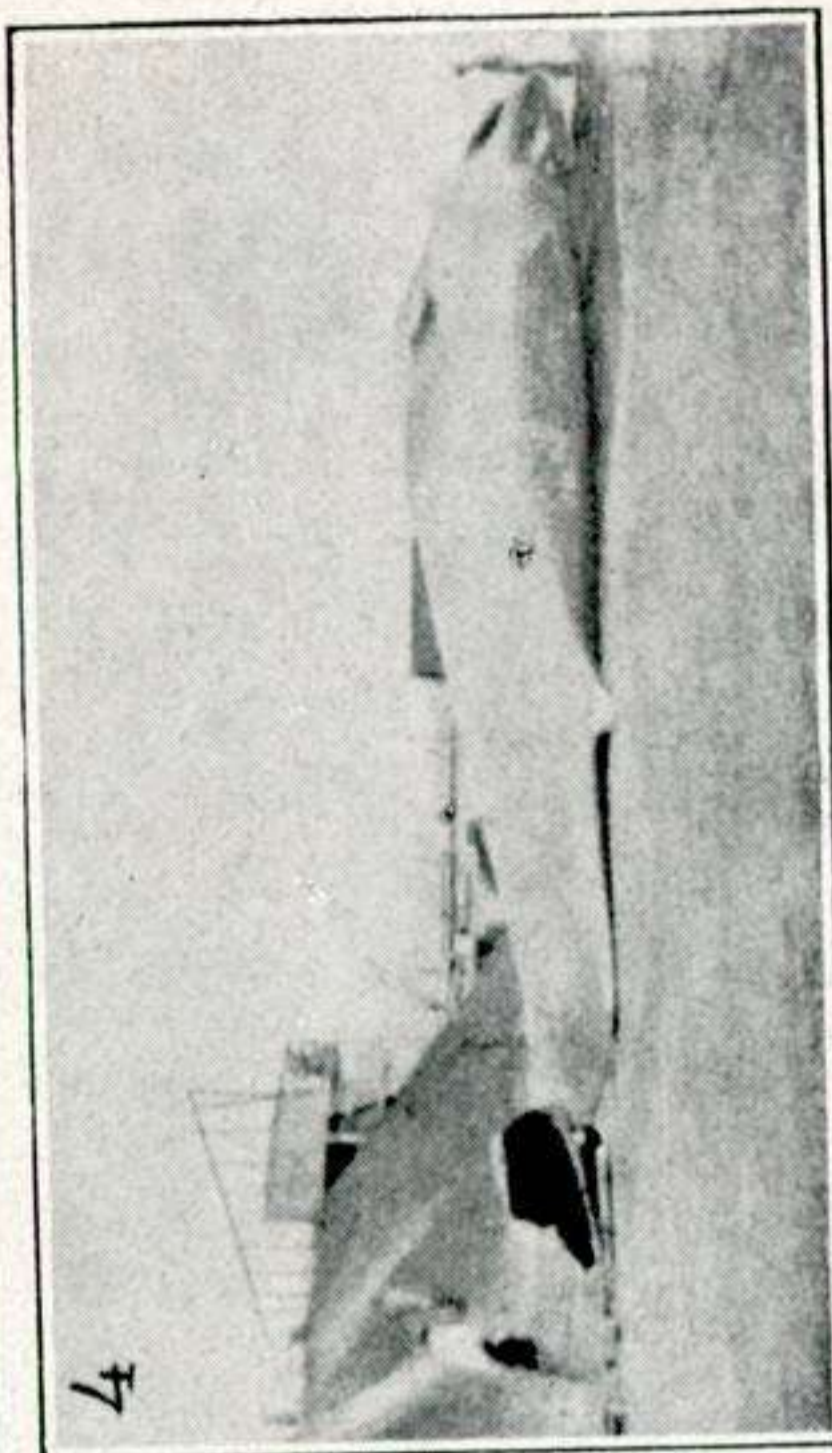
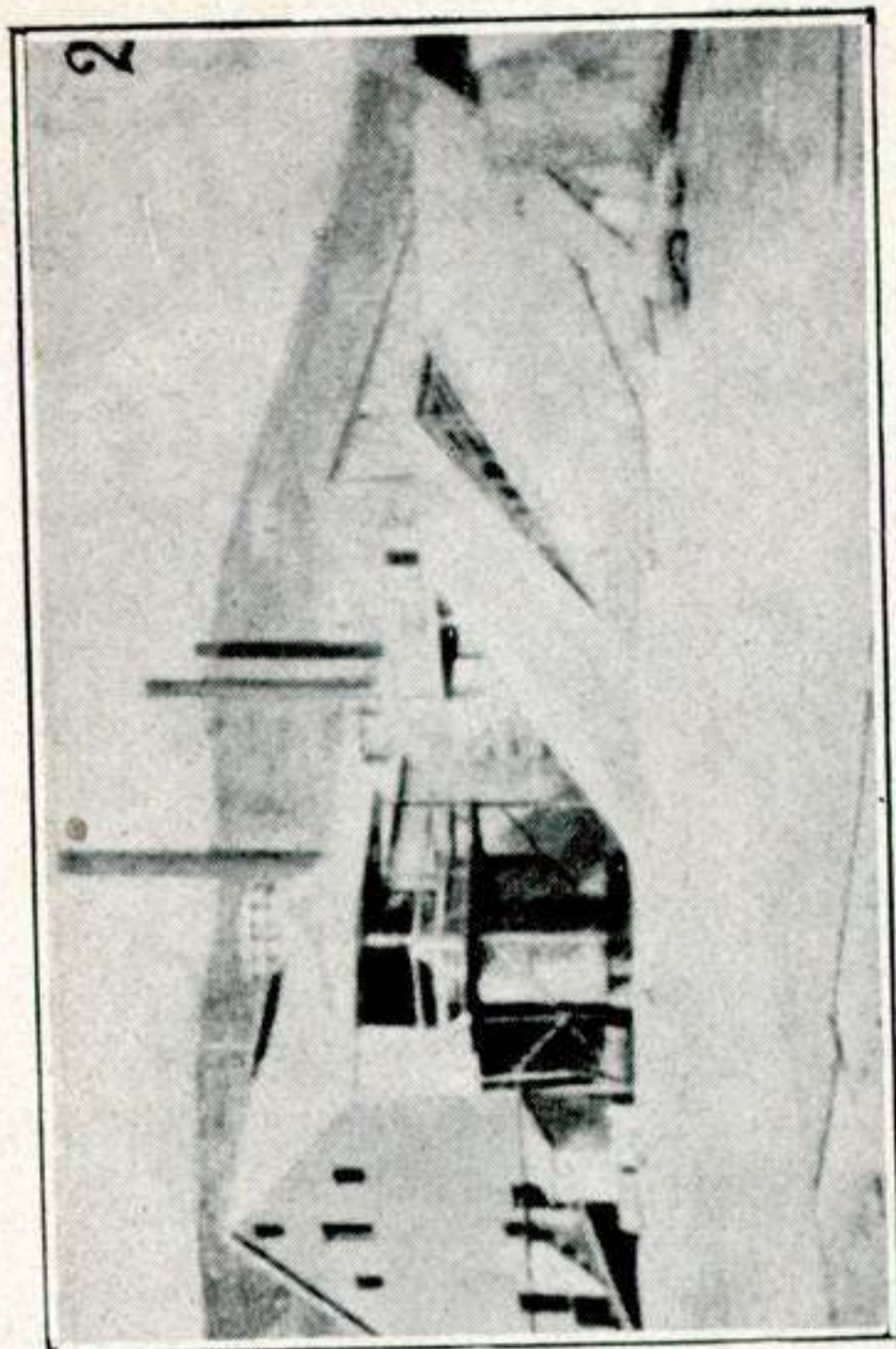
La grasa, o más bien el aceite que de esta grasa se saca, es el producto que hoy buscan los balleneros. Una ballenóptera medianamente grande da, por término medio, veintiséis barriles de aceite, y cada barril equivale a unos ciento ochenta litros; de modo que el año 1911, que en el mundo entero se cazaron quince mil de estos cetáceos, la industria ballenera produjo nada menos que setenta millones doscientos mil litros de aceite. Hay cuatro clases de aceite de ballena; el de mejor calidad se obtiene del tocino o capa de grasa que hay bajo la piel, y las

otras tres clases proceden de la cocción de la carne, los huesos y demás restos, que los antiguos balleneros no aprovechaban. Este aceite inferior sufre toda una serie de cochuras que lo van depurando, y todavía del de calidad más baja se saca, por filtración de sus heces, una especie de grasa rojiza y mal oliente, que también se aprovecha. Naturalmente, el precio de los aceites de ballena varía mucho según la calidad; en cuanto a su utilidad, se emplean para una porción de cosas: en jabonería, para curtir pieles, en la fabricación de las telas de yute, en la elaboración de la margarina, tan usada hoy para la fabricación de la manteca de lata... Durante la espantosa guerra europea, que tantas dificultades creó al comercio y a la industria, algunos pueblos del Norte, que no pueden vivir sin manteca, habrían perecido a no ser por la margarina hecha a base de aceite de ballena.

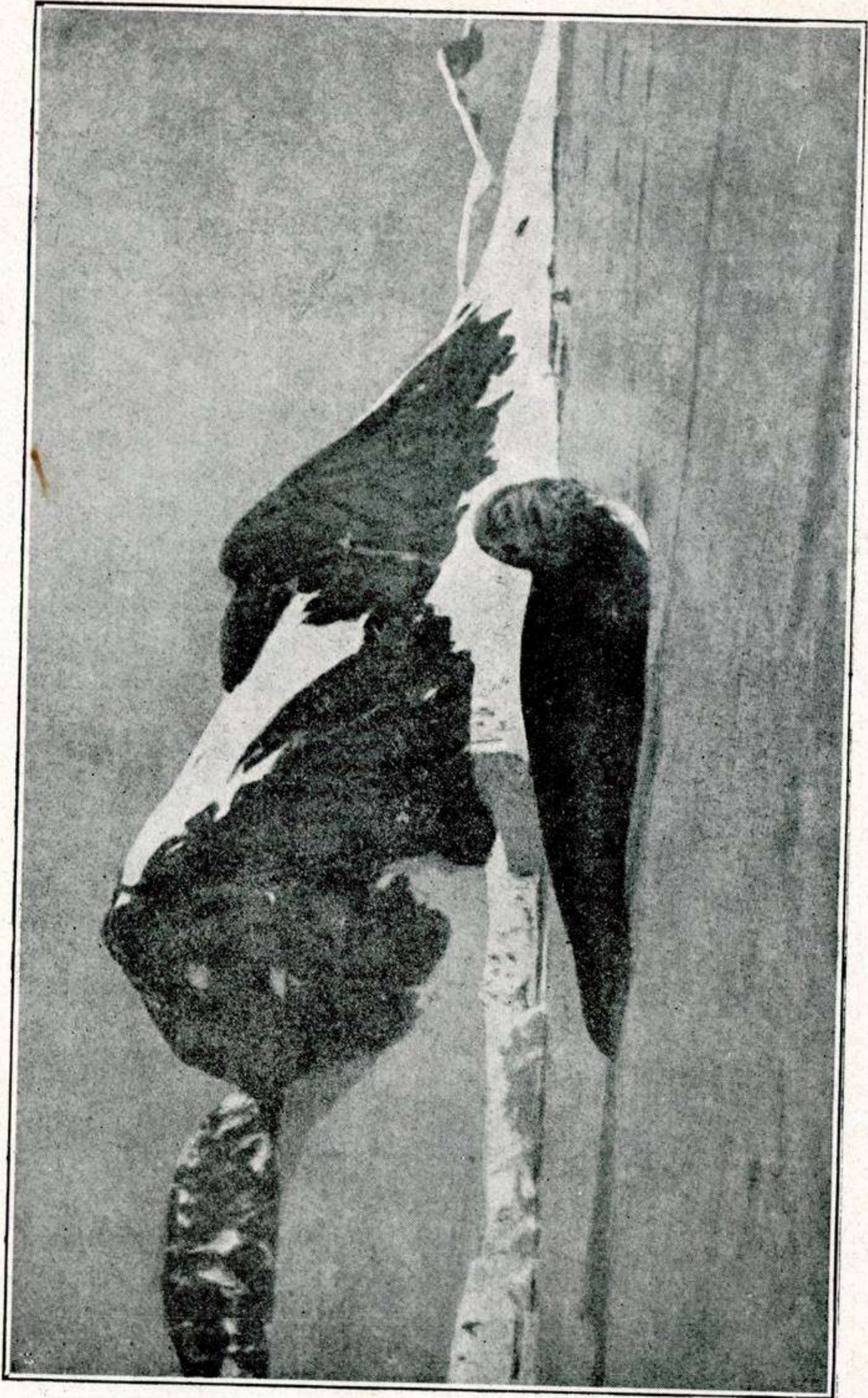
Todavía se saca de los enormes cetáceos otros productos. Antiguamente los balleneros, antes de abandonar los restos de una ballena a la voracidad de los peces y de las gaviotas, cortaban los trozos de carne más apetitosos y aumentaban con ellos sus provisiones; pero esta carne, aunque sana y comestible, tiene pocas cualidades nutritivas; así es que el ballenero moderno prefiere convertirla en algo más útil, en abono para los campos, o sea lo que se llama, un poco impropiamente, guano de ballena. Una vez que se ha extraído de las calderas todo el aceite que puede dar su contenido, la masa cocida que en ellas queda, compuesta de carne, huesos, sangre y vísceras, pasa a una potente máquina pulverizadora, y en seguida a una desecadora mecánica, de donde sale transformada en una pasta espesa de color café obscuro. Un tercer mecanismo reduce esta pasta a polvo muy fino, y en esta forma se guarda en sacos para la exportación. Lo mismo que el aceite, el guano puede ser de varias clases, de modo que hay guano de primera calidad, fabri-

cado solamente con carne; guano de segunda, en el que entran carne y huesos, y guano de tercera, hecho con huesos, cartílagos y tripas.

Nada hay, por consiguiente, en una ballena, que no sea aprovechado hoy por la industria, como no sea la sangre que va a parar al mar; tal es el admirable resultado del moderno procedimiento de pesca. Verdad es que, en cambio, la persecución y captura de las ballenas, tal como hoy se practican, no tienen ya el encanto de la gran aventura ni el atractivo de las arriesgadas expediciones de los antiguos balleneros. En esto, como en todo, la época del romanticismo ha pasado ya, y el hombre sólo busca el lado práctico de las cosas.



Diversos detalles de una factoría ballenera



Foca llamada leopardo de mar

III

UN MONSTRUO VALIOSO

LA mayoría de mis lectores, como pertenecientes a una época en que la luz eléctrica alumbra hasta la plaza de la última aldea, difícilmente puede imaginar lo que representaba una bujía en los tiempos en que nuestros padres eran jóvenes. Mientras hoy el petróleo, y aun el mismo gas, nos parecen medios de iluminación anticuados, entonces aun los teatros y los salones de los palacios reales tenían que ser iluminados con velas, aunque, eso sí, dispuestas en gran número sobre enormes arañas y candelabros. Había velas de sebo y de cera, pero las mejores se hacían de esperma, constituyendo éstas un lujo que solamente los ricos podían permitirse. Esas bujías que todavía se usan y que mucha gente cree de esperma, son realmente de estearina o de parafina, y se empezaron a fabricar en 1825. Las velas de esta clase se popularizaron muy pronto, porque teniendo las ventajas de las de esperma resultan mucho menos costosas; y se comprende que así sea, porque la estearina se obtiene del sebo del carnero y de otras grasas igualmente baratas, mientras la obtención de la esperma exige aventurarse en el océano y correr los riesgos que, todavía hoy, supone la vida de los balleneros.

Porque creo que el lector sabrá ya (y si no lo sabe, va a

saberlo desde ahora) que la esperma es un producto, no precisamente de la ballena, pero sí de un animal que se le parece mucho, y que se pesca de la misma manera: del cachalote.

Un cachalote es casi tan grande como una ballena, pasando a veces de veinte metros de longitud, pero se distingue en seguida por su cabeza, que es enorme, ocupando un tercio del largo total, y tiene una forma muy singular, algo así como si fuese un cojín gigantesco colocado verticalmente. En la generalidad de los animales mamíferos, la forma exterior de la cabeza corres-

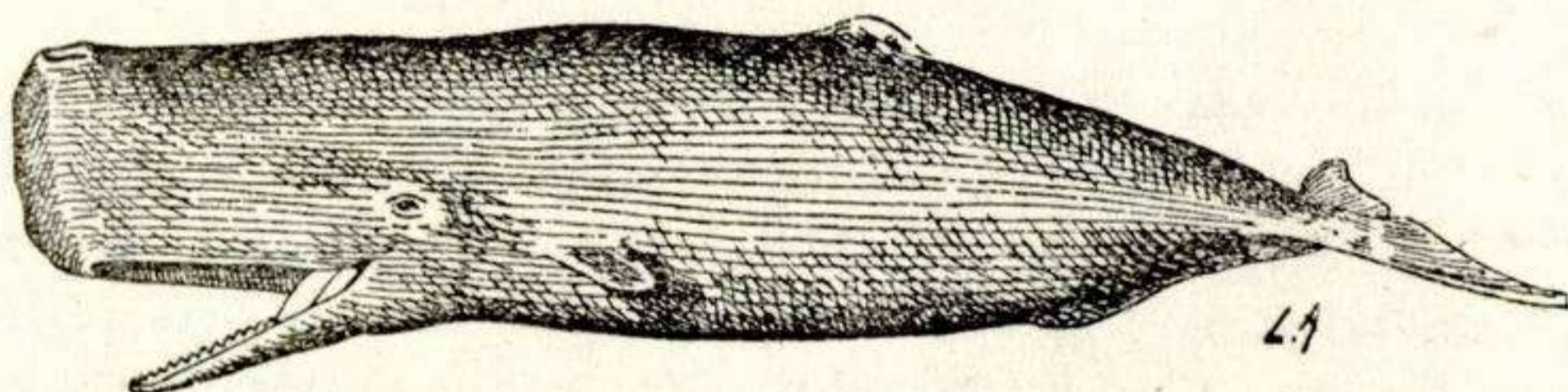


Fig. 9. — Cachalote

ponde bastante bien a la del cráneo, pero en el cachalote no ocurre lo mismo; una gran parte de su enorme cabezota está ocupada por una vasta cavidad llena de un líquido graso. Si se abre la cabeza de un cachalote, al ponerse este líquido en contacto con el aire se solidifica una substancia que hay disuelta en él, y que no es ni más ni menos que la esperma con que se hacían, y aun se hacen, las bujías de gran precio. Desde luego, la esperma no se emplea tal y como sale de la cabeza del cachalote; antes hay que purificarla con potasa y lavarla en agua hirviendo, dejándola enfriar después en moldes. En nuestros días, más que para hacer velas, se usa este producto en perfumería, para elaborar ciertos cosméticos.

Además de su extraña cabeza, con el gran depósito de esperma dentro, el cachalote tiene otras muchas cosas que lo dife-

rencian de las ballenas. Por de pronto, no tiene barbas, y en cambio posee dientes; es decir, que pertenece al grupo de los mamíferos marinos llamados por los naturalistas «odontocetos». Este nombre, tan raro en la apariencia, quiere decir sencillamente cetáceos con dientes, como comprenderá sin dificultad todo el que recuerde que odontólogo, odontología y odontalgia son cosas relativas a la dentadura. A las ballenas, en cambio, se les llama «mistacocetos», que significa cetáceos con barbas. Ahora, que el cachalote no es, en cierto modo, más que un odontoceto a medias, porque sólo tiene dientes abajo, en la mandíbula inferior, mientras en la superior presenta unas cavidades que corresponden a aquéllos, como si fuesen estuches donde las puntas de los dientes encajan al cerrarse la boca. El número de dientes, siempre muy crecido, varía de unos cachalotes a otros, pero creo que no se ha encontrado ninguno que tuviese más de veintisiete a cada lado de la mandíbula, y ya son bastantes. Algunas veces se han visto cachalotes que tenían dientes superiores, pero se trata de casos muy raros. A juzgar por los restos petrificados que se encuentran en las capas geológicas, muchos miles de años antes de que hubiera hombres en la tierra, los cachalotes tenían dientes lo mismo arriba que abajo. Sus descendientes actuales sólo tienen, como acabo de decir, los de abajo, y sólo de vez en cuando nace alguno que se parece a sus antepasados, como si la Naturaleza quisiera dar un paso atrás, o al igual de lo que ocurre en esas familias en que hay alguno que saca rasgos de fisonomía o de carácter que recuerdan los de algún tatarabuelo.

Los dientes del cachalote dan un marfil muy bueno, pero

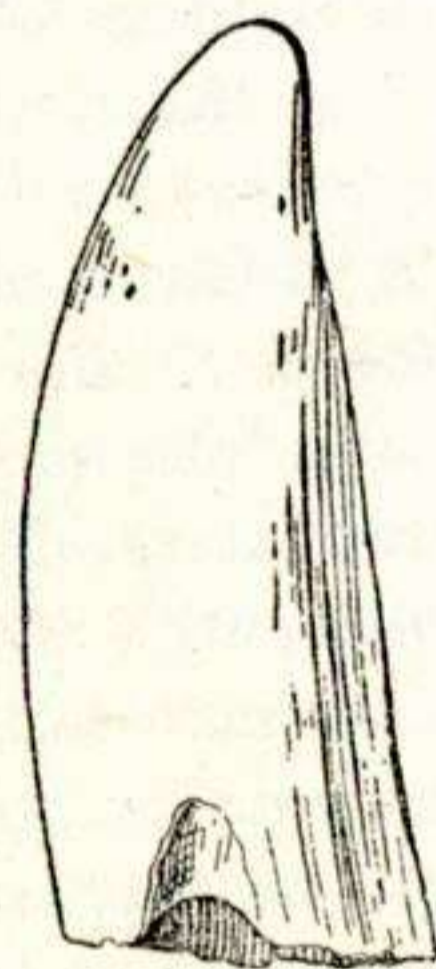


Fig. 10. — Diente de cachalote

por su tamaño sólo sirven para tallar objetos pequeños. De uno de estos dientes sería imposible hacer una bola de billar. Los japoneses son actualmente los únicos que trabajan el marfil de cachalote, haciendo con él amuletos, pequeñas estatuillas y otras baratijas por el estilo.

Claro es que un cetáceo que llega a tener más de medio centenar de dientes no ha de alimentarse, como las ballenas, con diminutos moluscos y pequeñísimos crustáceos; y, en efecto, el cachalote come principalmente moluscos grandes, de esos que carecen de concha y tienen largos tentáculos, como el pulpo, la jibia y el calamar, y también devora rayas, tiburones y hasta focas. El año 1574 encalló en la playa de Valencia un enorme cachalote, cuya mandíbula hizo poner el rey Felipe II en el monasterio de El Escorial, y los cronistas de la época cuentan que en su vientre se hallaron los cadáveres de dos hombres. Los relatos de aquellos tiempos, hay que confesarlo, no son muy de fiar, pero la cosa no parece tan increíble cuando se sabe que en 1913, es decir, en nuestros días, se ha pescado en la costa de Africa un cachalote que tenía en el estómago un tiburón enterrito, de tres metros de largo.

Con todo, el alimento predilecto de estos colosos de los mares son los pulpos, a los que persiguen con verdadero encarnizamiento. Algunas veces, cuando el cachalote se encuentra con pulpos de gran tamaño, parece que tiene que sostener una verdadera lucha para apoderarse de ellos; por lo menos, muchos cachalotes llevan en la piel marcas redondas, verdaderas cicatrices, que indudablemente han sido hechas por las ventosas de aquellos moluscos. He visto un cachalote con más de veinte señales de éstas, y eso que se trataba de un ejemplar bastante joven todavía. Algunas de sus cicatrices eran tan profundas, que la piel estaba casi destruída en aquel punto. Otro, sólo tenía cinco o seis, pero se hubiera dicho que el pulpo que se las hizo

era un ser dotado de inteligencia y que había pretendido asfixiar al cetáceo impidiéndole la respiración, pues todas las señales estaban alrededor del espiráculo.

Digo espiráculo, porque los cachalotes tienen uno solo, en vez de dos como las ballenas. Es una abertura de la misma forma que esas rendijas en figura de S que hay en los violines, y en vez de estar en el centro de la cabeza, como en la ballena, se halla cerca de su extremo anterior. De aquí resulta que cuando estos cetáceos salen a respirar, el chorro de vapor no surge verticalmente, sino en dirección oblicua hacia delante, lo que permite reconocer desde muy lejos que se trata de un cachalote y no de una ballena. Para la mayor parte de la gente que navega por los mares, esto no tiene gran importancia, pero tiene mucha para los balleneros, porque la grasa de cachalote da un aceite de calidad excelente, y la esperma alcanza precios muy elevados, sin contar con que algunas veces se obtiene de estos cetáceos otro producto muy estimado, el ámbar gris.

El ámbar gris no tiene nada que ver con el ámbar propiamente dicho, o ámbar amarillo, de que se hacen boquillas, collares y tantos otros objetos por el estilo. El ámbar amarillo es resina petrificada, es decir, un producto vegetal que se ha fosilizado, que se ha convertido en mineral, mientras que el ámbar gris se forma en los intestinos del cachalote, y está compuesto de substancias segregadas por el aparato digestivo y mezcladas con restos de los animales que sirven de alimento al cetáceo. Hay quien cree que este producto resulta de alguna enfermedad del animal, y quien supone que se encuentra igualmente en los cachalotes sanos; lo que desde luego se sabe es que el cachalote puede expulsarlo, pues con alguna frecuencia, sobre todo en los mares tropicales, se encuentran masas de ámbar gris flotando sobre las olas. Es una substancia de color pardo obscuro, algo untuosa al tacto y muy mal oliente; pero si se

corta con un cuchillo, lo cual no es difícil, interiormente es gris, y tiene un olor a almizcle, no del todo desagradable.

Hace algunos siglos, el ámbar gris era muy buscado para hacer ciertas medicinas. Entonces se tenían las más singulares ideas acerca de su origen; había quien pensaba que era una especie de miel, producida por ciertas abejas que hacían sus panales a orillas del mar, y quien sostenía que se trataba de raíces o tubérculos de plantas submarinas; pero la opinión más corriente era que el fondo del océano estaba pavimentado con esta substancia, y que los pedazos que se encontraban flotando eran los que arrancaban las grandes tempestades. Los antiguos balleneros, lo mismo que los de nuestros días, encontraban a veces masas considerables de ámbar en el intestino recto de los cachalotes, pero no se les ocurría pensar que pudieran haberse formado allí mismo, y creían que estos cetáceos las sacaban del fondo para comérselas y no podían luego digerirlas. En la actualidad, aunque ya se conoce la verdadera procedencia del ámbar gris, todavía es muy apreciado. Se le emplea en perfumería, lo mismo que el almizcle y otras substancias olorosas de origen animal. Los lectores, y sobre todo las lectoras, habrán oído hablar de un perfume llamado, no sé por qué, «piel de España»; pues bien, el principal ingrediente de esta esencia, cuando es legítima, es el ámbar gris.

Los musulmanes estiman esta substancia mucho más que nosotros, y confeccionan con ella diversas drogas. Entre los moros ricos se considera de muy buen tono aromatizar el té echando en él unas pildoritas de ámbar gris. Hace algunos años, encontrándome yo en Marruecos, arrojó el mar a la playa de Río Martín, cerca de Tetuán, una ballena muerta, y en cuanto lo supo el gran visir, o sea el primer ministro del jalifa, ordenó que se me preguntase si el cetáceo era «de la clase que tiene ámbar en la cabeza». Por desgracia no se trataba de un

cachalote, y no fué posible demostrarle su error sobre el verdadero origen del codiciado producto.

El cachalote se puede pescar en todos los mares, no siendo en los próximos a los Polos, porque es especie más bien propia de las zonas cálidas y templadas. Generalmente se le encuentra en bandadas, o, como dicen los balleneros ingleses, «en escuelas», formadas por un viejo macho de gran tamaño y numerosas hembras y jóvenes machos, de manera que un vapor ballenero que

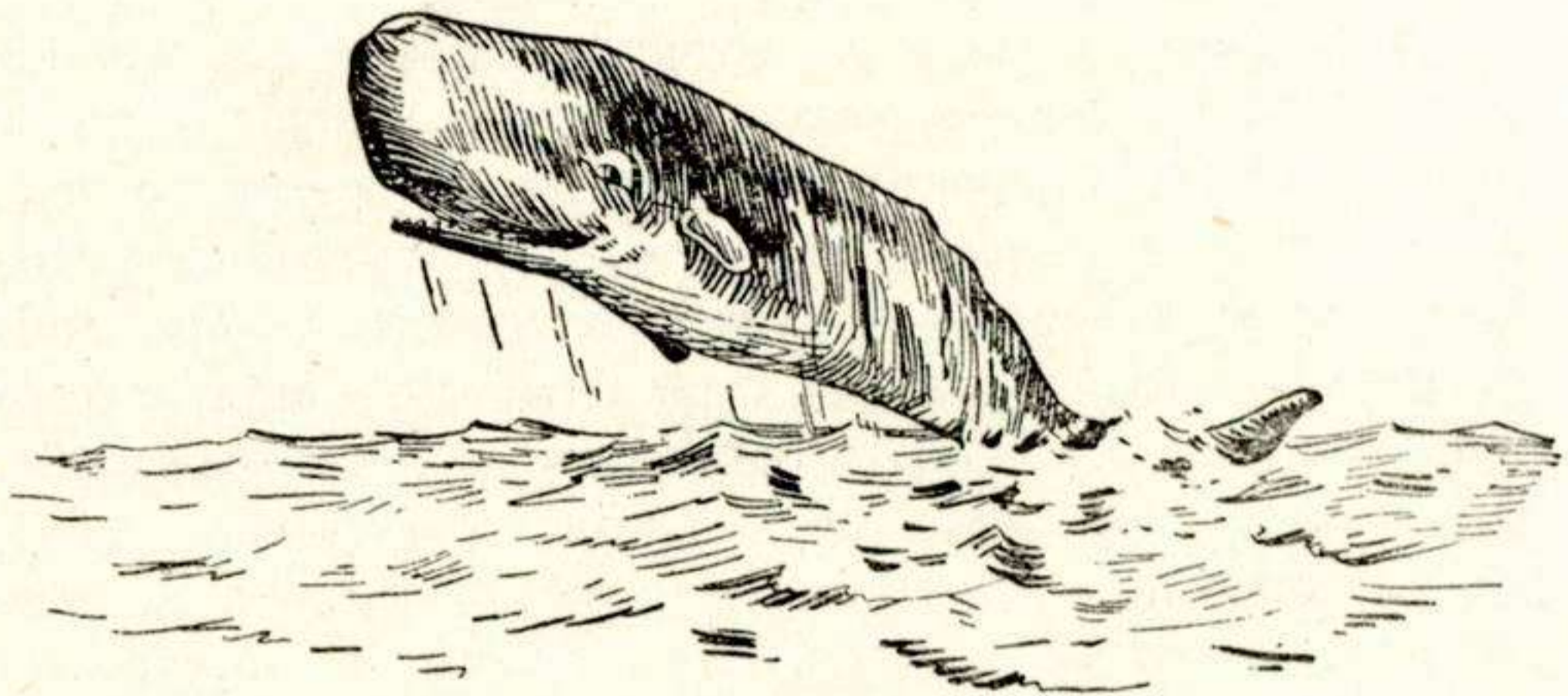


Fig. 11. — Cachalote saltando

lleve cierto número de arpones-granadas puede hacerse en poco tiempo con varios ejemplares. La pesca se hace lo mismo que la de la ballena, pero suele ser más accidentada, porque el cachalote es un cetáceo muy resistente y está, además, dotado de una agilidad sorprendente. No es raro verlo saltar fuera del agua y hacer otros movimientos extraños, que dificultan mucho la puntería cuando se le va a arponear. En otros tiempos, antes de inventarse el cañón para pescar cetáceos, el atacar a un cachalote, acercándose a él para clavarle el arpón, era una verdadera hazaña, que no todos los balleneros se atrevían a realizar. Lo corriente era que el animal huyese al aproximársele el bote con

el arponero en la proa, pero también ocurría muchas veces que, volviéndose de pronto, lo embestía con su enorme cabeza y lo hacía zozobrar, o bien daba un tremendo salto por encima y, al paso, largaba un coletazo que convertía en astillas la frágil embarcación o enviaba al agua, maltrecho, a alguno de los remeros. Cuéntase que algunas veces, mientras un cachalote herido trataba de huir, arrastrando tras de sí el bote, otro cetáceo se lanzaba contra la cuerda y la partía, dejando así libre a su compañero.

Parece cierto que algunos cachalotes hasta se han atrevido a embestir a los grandes barcos, echándolos a pique o, por lo menos, causándoles serias averías; pero claro es que esto ocurría cuando para la navegación, y sobre todo para las expediciones balleneras, no se usaban más que veleros de madera. Se comprende que, para los antiguos marinos, fuese el cachalote un motivo de verdadero terror. En Islandia, donde rara vez llega esta especie, los pescadores la miraban con un terror supersticioso, y ni siquiera se atrevían a pronunciar su nombre en voz alta. Si veían a lo lejos un cachalote, procuraban ahuyentarlo con extrañas prácticas, echando al agua ramas de enebro, azufre y estiércol de vaca, a la vez que lanzaban estentóreas voces, que eran probablemente lo más eficaz.

En 1784, el día 14 de marzo, ocurrió en la costa de Audierne, en Francia, un caso extraordinario que llenó de espanto a los habitantes. La víspera, por la tarde, se había visto, con la sorpresa que puede suponerse, que miles de peces saltaban a la playa, y otros se metían apresuradamente en el puerto, y en la mañana de dicha fecha, que por cierto amaneció tormentosa y con fuerte viento sudeste, cuando la gente estaba comentando tan singular invasión, oyéronse a lo lejos espantosos bramidos y aparecieron entre las olas numerosos cetáceos de tamaño gigantesco, sin duda los causantes del pánico de los peces. Eran

treinta y un cachalotes que, después de luchar en vano contra las aguas embravecidas, fueron arrojados a tierra, muriendo allí tras una agonía de veinticuatro horas.

Aunque muy curioso, este sucedido no es único en su género. Ya en el mes de diciembre de 1723, una de esas violentas tempestades que en el invierno azotan el mar del Norte, arrojó a la costa, junto a la desembocadura del Elba, diecisiete cachalotes enormes. Los pescadores del vecino puerto de Cuxhaven, al verlos de lejos, tomáronlos por otros tantos navíos holandeses encallados, y acudieron en sus botes por si necesitaban auxilio, recibiendo la sorpresa que puede suponerse. Otra varadura colectiva de cachalotes, la más reciente, si no estoy equivocado, ocurrió en la isla Martinica a mediados de junio de 1892. Una noche, un temporal echó a la playa, no lejos de un pueblo llamado Robert, nada menos que cincuenta y siete cetáceos. Tal ruido armaban en sus inútiles esfuerzos para volver al mar, que los vecinos de la población despertáronse asustados, y en cuanto salió el sol acudieron junto al mar, a ver de qué se trataba, encontrándose con los animales ya muertos. El calor propio del verano en las Antillas no tardó en surtir sus efectos, y fué preciso abandonar, no ya los cachalotes, que habrían hecho la fortuna de un ballenero, sino hasta el pueblo, porque el hedor que despedía aquel montón de colosos alcanzaba a algunos kilómetros a la redonda y era realmente insoportable.

IV

EL DELFÍN Y SU PARENTELA

QUIEN no ha hecho nunca un viaje por mar, difícilmente puede formarse idea de los bellos y variados espectáculos que a cada momento ofrece el océano, por más atractivos que tenga visto desde la costa. Uno de estos espectáculos, siempre nuevo y siempre divertido, es el que ofrecen los delfines.

El delfín, que en algunas regiones marítimas de España llaman también golfín, arroaz y tonina, es un cetáceo, lo mismo que las ballenas y que el cachalote, y como este último, pertenece al grupo de los odontocetos, o cetáceos con dientes; pero en la boca del delfín hay dientes lo mismo arriba que abajo, y no pocos; algunas veces pasan de cincuenta a cada lado de cada mandíbula, de modo que el animal tiene en total más de doscientos dientes. Su cabeza en nada se parece a la del cachalote, sino que termina por delante en una especie de pico, y aunque sus narices se abren también en un solo espiráculo, éste se encuentra en los alto de la cabeza, como los de las ballenas, y es una abertura transversal, en figura de media luna. Pero lo que, aun a primera vista, distingue al delfín de aquellos otros cetáceos, es su tamaño, pues sólo mide un par de metros de longitud, o sea menos que algunos peces.

Los pescadores miran al delfín con cierta antipatía, y no sin razón, pues como este cetáceo es un perseguidor incansable de las sardinas, las anchoas y otros peces pequeños, tienen en él un terrible competidor; pero para toda la demás gente de mar es un ser digno del mayor aprecio, por el afecto que parece demostrar a los navegantes. Nada tan curioso como la insistencia con que los delfines siguen a las embarcaciones, a veces durante horas y más horas, lo mismo si son pequeños veleros que si se trata de grandes transatlánticos. Es muy probable que este afecto sea interesado, que los delfines obren así porque esperan

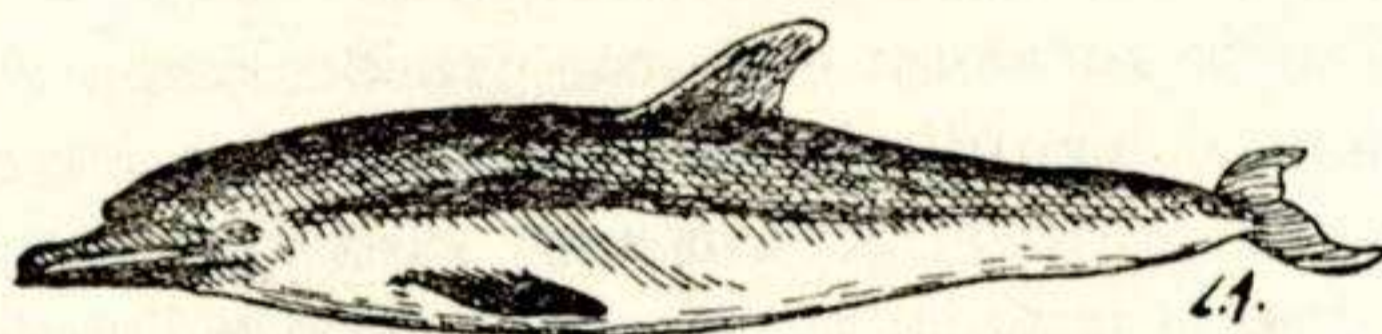


Fig. 12. — Delfín

que van a tirar del barco los restos de la cocina; pero no siempre debe ser así, porque lo más frecuente es que vayan, no detrás del barco, sino delante, o más bien a los lados de la proa, como si quisieran competir con él en velocidad. En tal caso, se diría más bien que huyen delante de la embarcación sin acertar a desviarse de su ruta, como esas liebres que a veces, en una carretera, corren y corren delante de un automóvil, como atolondradas, hasta que alguna de las ruedas les pasa por encima. Sea cual fuere su explicación, el hecho es que los delfines tienen, y han tenido siempre, la costumbre de acompañar a los barcos, saltando sobre las olas y haciendo mil caprichosas evoluciones.

Nada hay que represente la agilidad, la soltura y la gracia combinadas mejor que un delfín avanzando en alta mar. Sin desviarse de la línea recta, tan pronto desaparece bajo el agua como torna a surgir en la superficie o salta en el aire, encorván-

dose gallardamente, para hundirse de nuevo entre la espuma, siempre sin perder velocidad. Por lo general van cuatro o cinco juntos, pero a veces forman bandas más numerosas. En una bella mañana de septiembre, en el Atlántico, entre las islas Canarias y la costa del Senegal, he visto una verdadera legión de delfines acompañando de este modo, durante cerca de media hora, al vapor en que yo viajaba. Debían ser unos cuantos centenares; todo el mar aparecía lleno de delfines hasta donde alcanzaba la vista, y la agilidad y elegancia de sus movimientos arrancaban gritos de admiración de todas las bocas. Rodeando al buque por todas partes, seguían su rumbo con perfecta regularidad, saltando sobre las olas más grandes como los caballos de un escuadrón bien disciplinado saltan sobre los obstáculos que, en una carga, se presentan a su paso. A cualquier punto que se dirigiese la mirada, no se veían más que ligeros cetáceos que aparecían y desaparecían entre las ondas, brillando al sol su lustrosa piel negra, blanca y verdosa. Era, en suma, una escena incomparable, llena de vida, de luz y de libertad.

Los antiguos ya se fijaron en esta tenacidad con que los delfines acompañan a los barcos, y tanto griegos como romanos suponían en estos cetáceos un cariño especial a la especie humana, afirmando con la mayor seriedad que, cuando ocurría un naufragio, permitían que los marineros montasen en ellos y así los conducían hasta la costa más próxima. De este modo contaban que salvó su vida Arión, poeta griego que, al volver a su patria enriquecido por su arte, tuvo que arrojarse al mar para no ser asesinado por la tripulación de su barco, que pretendía robarle. El historiador Pausanias, que vivió en el segundo siglo antes de nuestra Era, afirma haber visto un delfín que, herido por los pescadores y curado por un niño, demostraba a éste su reconocimiento acudiendo a su voz y sirviéndole de cabalgadura para pasear por el agua. Diversas historias parecidas a

ésta, y no menos inverosímiles, refieren otros escritores de la misma época; pero hay algunas en que el delfín aparece bajo un aspecto más práctico. Plinio, el famoso naturalista romano, por ejemplo, cuenta que en la costa meridional de la Galia los pescadores se hacían ayudar por los delfines para apoderarse de los sargos. Cuando un banco de estos peces penetraba en una bahía, bajaban los pescadores a la playa y gritaban con todas sus fuerzas: «¡Simo, Simo!», a cuyo llamamiento acudían de todas partes los delfines y, atacando a los sargos por retaguardia, cerrábanles el paso y los obligaban a meterse en las redes. Como recompensa a sus servicios, según el mismo Plinio, los cetáceos eran obsequiados con pan mojado en vino.

Por increíble que esta narración parezca, tal vez en el fondo tenga algo de verdad; por lo menos, hoy día, según el testimonio de viajeros dignos de todo crédito, en algunos puntos de la costa de Australia los indígenas pescan aprovechando las ocasiones en que los delfines, persiguiendo al pescado, lo echan hacia la playa; aunque desde luego podemos tener la seguridad de que estos animales no tienen el menor propósito de auxiliar a los pescadores, ni esperar de ellos recompensa ninguna. Por lo demás, hay que convenir en que, por lo menos tratándose de delfines, los antiguos tenían una imaginación prodigiosa, y la mejor prueba de ello es la figura extravagante que daban a estos cetáceos en sus esculturas, pinturas y medallas, representándolos hasta con agallas y escamas, como si fuesen peces; y bueno será recordar que este animal era uno de los que con más frecuencia representaban los artistas de los tiempos clásicos, que hacían de él uno de los atributos obligados de ciertos dioses, sobre todo de Venus y de Neptuno.

Descendiendo de las alturas del Olimpo mitológico a las inquietas olas del océano auténtico, en la misma familia de los delfines encontramos algunos otros cetáceos muy interesantes.

Uno de ellos es el delfin gris, que llega hasta tres metros de longitud y carece del pico en que termina la cabeza del delfín propiamente dicho. Lo más notable de esta especie es que parece ser en todas partes muy rara, pero una vez que se presenta en un sitio, parece tomarle cariño y no hay modo de que se vaya de allí. Hace algunos años, en el golfo de Douarnenez, en Bretaña, presentáronse numerosos pulpos, que constituyen el alimento predilecto de los delfines grises, y como consecuencia no tardaron en llegar también éstos en gran número, con gran disgusto de los pescadores de la localidad, pues no sólo les espantaban la pesca, sino que les rompían las redes. Tan impertinentes llegaron a hacerse aquellos animalitos, que hubo necesidad de pedir a las autoridades armas y municiones para perseguirlos, y hasta se envió un torpedero para organizar una batida en toda regla. Los delfines grises se fueron de allí, instalándose en la vecina bahía de Dinant, pero al otro día estaban de nuevo en Douarnenez, y pasó bastante tiempo antes de que se alejasen definitivamente.

Uno de los más lindos capítulos de la historia de los mamíferos marinos lo constituye la historia de un delfín gris que durante treinta y seis años vivió en la bahía Pelorus, en Nueva Zelanda, e invariablemente salía al encuentro de todos los vapores que cruzaban el estrecho de Cook, acompañándolos en una distancia de diez a quince millas. Los indígenas de aquellas islas tenía sus leyendas sobre este cetáceo, al que conocían con el nombre de *Tuni-Kangi*; los marinos que frecuentaban el estrecho le aplicaron el apodo de *Pelorus Jack*. Tan popular llegó a hacerse que hasta se publicó un librito que puede considerarse como su biografía, y el Gobierno de Nueva Zelanda le dispensó su protección, prohibiendo matarlo o molestarlo de cualquier manera. El año 1912, *Pelorus Jack* desapareció, sin que nadie lo haya vuelto a ver hasta ahora.

Los pescadores del Cantábrico dan algunas veces el nombre de arroaz, confundiéndolo con el delfín verdadero, a la marsopa o puerco marino, que es el más pequeño de los cetáceos europeos. Lo mismo que el delfín gris, la marsopa no tiene pico, pero es mucho más chica que aquél, midiendo solamente un metro y medio de longitud. Gran devoradora de sardinas, en pos de ellas se mete en las rías, y a veces hasta remonta los grandes ríos, sin que jamás se aleje mucho de las costas. Dícese que el nombre de puerco marino se le ha dado por su voz, que es un gruñido parecido al del cerdo, y también hay quien opina que

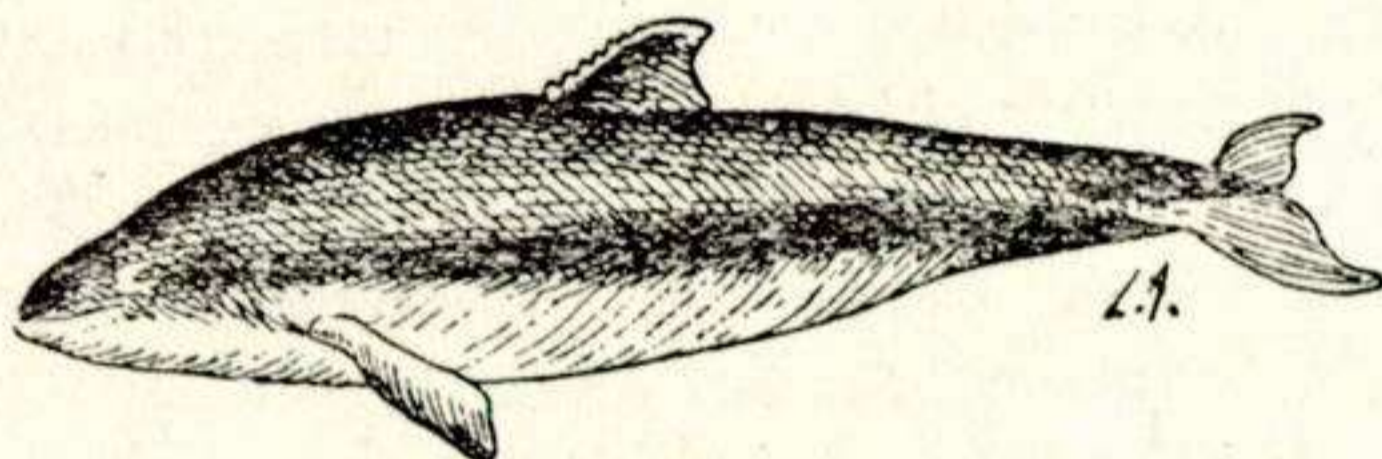


Fig. 13. — Marsopa

ha sido por la mucha grasa que, como todos los cetáceos, lleva debajo de la piel; pero lo más probable es que se le haya llamado así porque en tiempos pasados era costumbre servir su carne en las grandes mesas, durante la Cuaresma, en substitución del cerdo, pues hay que advertir que la Iglesia ha considerado siempre a los cetáceos como pescado. Generalmente se comía asada, con una salsa hecha de vinagre, azúcar y miga de pan. Todavía hoy los ingleses llaman a la marsopa *porpoise*, que es un recuerdo de cuando en la corte de Inglaterra se hablaba el francés y se decía *por-poison*, esto es, puerco-pezu, y el nombre francés moderno, *marsouin*, se deriva a su vez de dos palabras latinas, *mare* y *sus*, que significan, respectivamente, mar y cerdo. Por cierto que los franceses llaman también así, *marsouin*, o sea

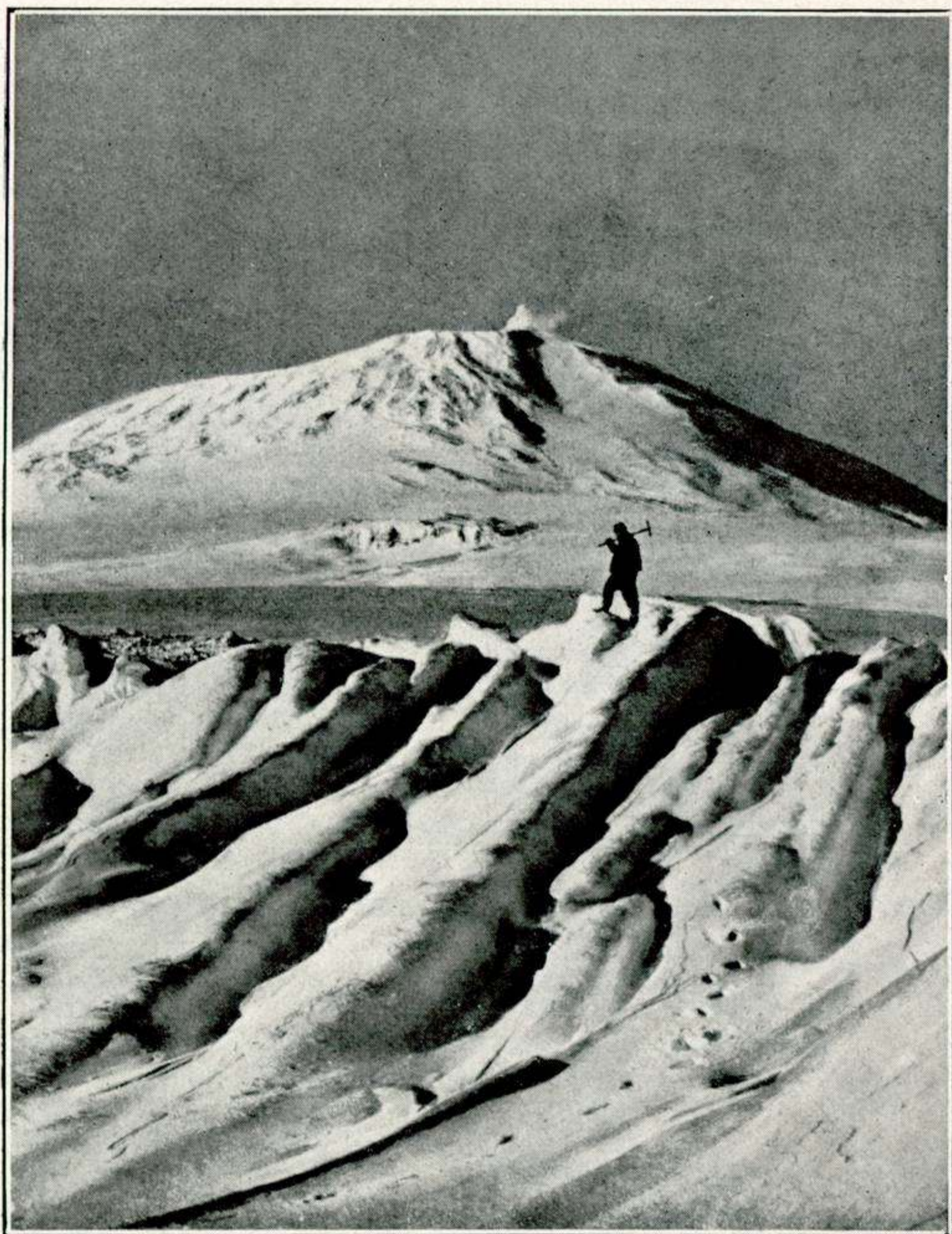
marsopa, al marinero experimentado, del que nosotros, empleando otra comparación, decimos que es un lobo de mar.

En tanto que otros muchos cetáceos se encuentran lo mismo en los mares septentrionales que en los meridionales, la marsopa de las costas españolas sólo vive en el hemisferio Norte; pero al sur del ecuador se encuentran otros animales parecidos. Uno de los más curiosos es la marsopa bicolor, del río de la Plata, en la América del Sur, que tiene todas las partes superiores negras como el azabache y las inferiores blancas como la nieve, estando los dos colores separados por una línea perfectamente trazada, como si la hubiese hecho un dibujante. Hay muchos cetáceos que ofrecen estos mismos colores, pero este contraste tan violento entre el negro y el blanco se encuentra en pocas especies, con la particularidad de que las que lo ofrecen viven principalmente en los mares australes. Entre las que se hallan en este caso está la tonina overa, llamada también jacobita, que es blanca, con la cabeza, las aletas y la cola negras. Sólo se encuentra este cetáceo en las costas de Patagonia, de la Tierra del Fuego y de las islas Malvinas, y es de los que tienen la costumbre de escoltar a los barcos, nadando también a su alrededor cuando están anclados. En el golfo de San Jorge, en Patagonia, he visto dos de estos cetáceos persiguiendo a los peces al pie mismo del muelle de Comodoro Ribadavia, y puedo asegurar que la tonina overa es uno de los cetáceos más bellos, si es que cabe belleza en tan deformes animales.

En la misma familia de los delfines hay otra especie muy notable que ha recibido los nombres de calderón y de cabeza de olla por la curiosa forma de su cabeza, que es redonda y abultada, como si fuese una caldera invertida. Es de los cetáceos que se encuentran en todos los mares, y generalmente va en bandadas muy numerosas, con la particularidad de que, lo mismo que si fuesen borregos, adonde va el que marcha delante lo siguen



Esquimales vestidos de pieles



El mar helado

ciegamente todos los demás. De aquí que en algunas países le llamen delfín piloto, o delfín conductor. En la bahía de la Alcu-dia, en Mallorca, el 21 de diciembre de 1860 vararon en la costa nada menos que ciento cincuenta calderones; pero esto no es nada comparado con las bandadas que llegan algunas veces a las islas Shetland y Faroes, en el norte de la Gran Bretaña. En 1845, dos mil ochenta cetáceos de esta especie fueron capturados en un solo día en las Faroes, y el mismo año, el 22 de septiembre, mil quinientos cuarenta fueron muertos en dos horas en la bahía de Quendall, en Shetland.

Los habitantes de aquellas islas se consideran felices cuando

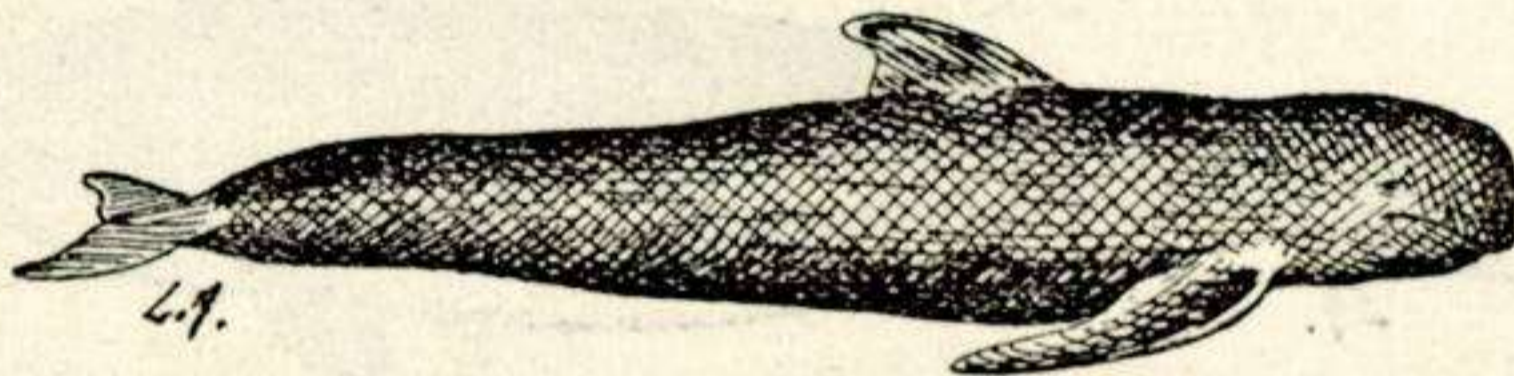


Fig. 14. — Calderón

llega a ellas una de estas invasiones, por el producto que, en carne y en aceite, sacan de las cabezas de olla; por consiguiente, en cuanto saben que viene la bandada, hombres, mujeres y chicos se meten en botes y chinchorros, provistos de arpones, lanzas, hachas, palos y toda clase de armas cortantes, punzantes o contundentes, y salen a rodear a los cetáceos, cortándoles la retirada y obligándolos a echarse a la playa, donde fácilmente acaban con ellos. Sin embargo, si uno de los calderones logra romper la línea de los perseguidores, en un momento le siguen todos los demás por el mismo sitio y se ponen en salvo antes de que se les pueda cortar nuevamente el paso.

Otro cetáceo de esta numerosa familia que suele andar en bandadas de muchos individuos, es la orca o espartón. Es el mayor de los delfines, midiendo a veces cerca de nueve metros

de largo, y se reconoce en seguida por su coloración negra y blanca y por tener en el dorso una aleta muy alta y picuda, en figura de vela latina; de ahí que en algunos puntos de la costa de Galicia le llamen latino, y también lo llaman espolarte, por comparar dicha aleta con un espolón. Los antiguos suponían que este apéndice era muy duro y cortante, como si fuese una cuchilla enhiesta sobre la espalda del animal, y consideraban a la orca como uno de los seres más feroces y peligrosos que existen, afirmando que con aquella extraña arma desgarraban el

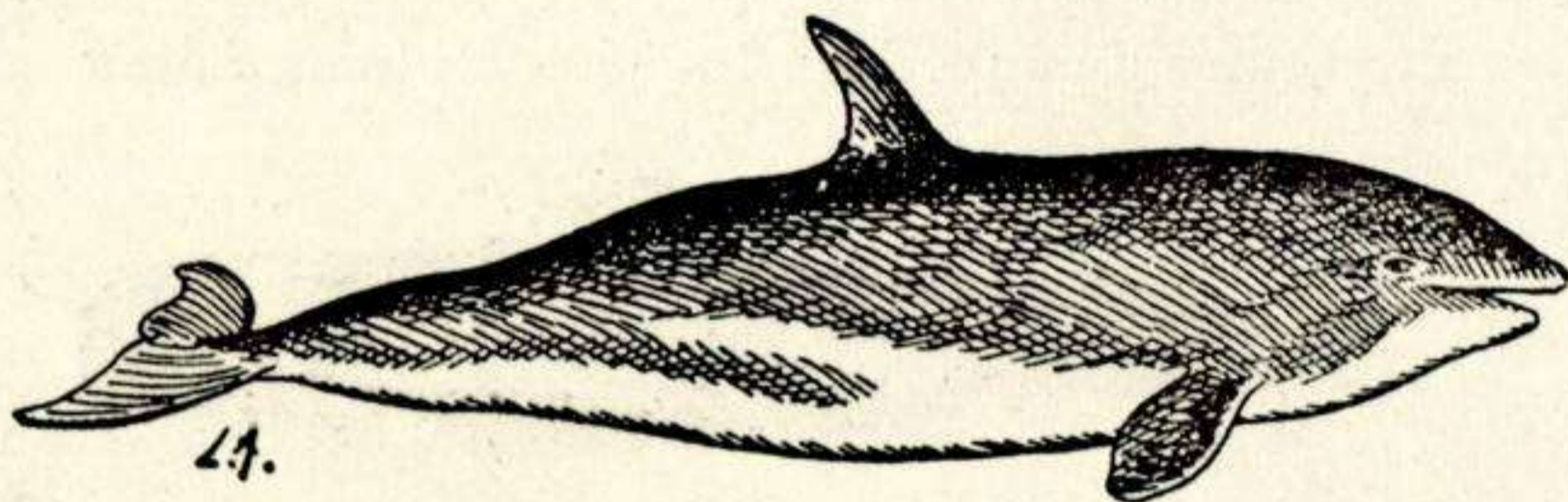


Fig. 15. — Orca

vientre a las ballenas para devorarles las entrañas. La verdad es que en ello no andaban del todo equivocados; la orca puede considerarse como el único cetáceo verdaderamente feroz; su apetito parece insaciable, y en vez de contentarse con calamares, pulpos y arenques, como los demás delfines, es el terror de estos últimos, de las marsopas, de las focas y de los tiburones, a los que persigue y devora casi sin masticar. Un naturalista danés llamado Eschricht cuenta que en el estómago de una orca pescada en el mar Báltico se encontraron los restos de catorce focas.

Algunas veces, las orcas se reúnen en gran número; allá por el año 1760, se capturaron cerca de Zumaya doscientas a la vez. Así asociadas, se atreven hasta con las ballenas; pero no las atacan con su aleta dorsal, sino con los dientes, que son muy grandes y afilados. Unas muerden por un lado, otras por otro, aquéllas

en los labios, éstas en el vientre o en las aletas, hasta que el gigante de los mares, rendido por la fatiga y por la pérdida de sangre, se entrega y es despedazado en un santiamén.

Los holandeses y los alemanes llaman a la orca, tal vez refiriéndose a la forma de su aleta, *pez espada*, y por eso en algunos libros hechos por personas que entienden poco de estas cosas se habla de luchas entre el pez espada y la ballena. Seguramente, el verdadero pez espada, que nada tiene que ver con la orca ni con los cetáceos, se ofendería si pudiese enterarse de semejante acusación.

Por su ferocidad, por el terror que inspiran a los demás animales marinos y por su costumbre de perseguir a sus víctimas en colectividad, las orcas hacen en el mar el mismo papel que los lobos en tierra; y, en efecto, los esquimales creen que son verdaderos lobos que han tomado forma marítima. Según ellos, hace muchos años, muchísimos, cuando el mundo era joven, los animales podían cambiar de forma a su capricho, y en una ocasión en que reinaba el hambre en la tierra, los lobos, no encontrando que comer, se transformaron en orcas y se echaron al mar, llevando la tragedia a aquel elemento, donde no sería justo, después de todo, que sólo hubiera belleza y poesía.

LA VERDADERA HISTORIA DEL UNICORNIO

YA que acabo de referirme a una leyenda esquimal, creo oportuno hacer notar que no hay leyenda ni tradición, por absurda que parezca, en cuyo fondo no pueda descubrirse algo de verdad. Un ejemplo de ello tenemos en la fabulosa historia del unicornio. Yo no sé si todos mis lectores saben lo que es un unicornio; si alguno lo ignora, no tiene más que buscar un escudo de armas de Inglaterra que esté representado con todos sus atributos, y verá que de un lado lo sostiene un león, y del otro un extraño animal con cabeza y cuerpo de caballo, patas de cabra y un cuerno retorcido saliendo de la frente. Este animal es el unicornio.

En la Edad Media se contaban acerca del unicornio las cosas más extraordinarias. Decíase que era bravísimo, y que sólo se volvía manso cuando era una doncella quien trataba de amansarlo, y se creía que su cuerno, reducido a polvo, era un gran antídoto contra los venenos, y que una copa hecha de uno de estos cuerpos descomponía en el acto cualquier líquido venenoso que se vertiera en ella. Todo esto, como se comprenderá, era de la mayor importancia en una época en que el envenenamiento era uno de los medios más acreditados para vengar las ofensas o quitar de en medio a cualquier enemigo.

Tal como se le pintaba, el unicornio no ha existido jamás, pero el animal no es enteramente producto de la fantasía humana, y prueba de ello es que, en aquellos tiempos, muchos reyes y señores feudales, que por lo visto no tenían la conciencia muy tranquila, poseían una copa de cuerno de unicornio o guardaban en su tesoro algunos cuernos por si llegaba el caso de tener que pulverizarlos. Todavía se conservan en algunos museos copas y cuernos de aquéllos, y gracias a esto se ha podido descubrir el origen de la leyenda. Según parece, ésta vino del Oriente, y el unicornio a que primitivamente se refería era el rinoceronte de la India, que tiene, como se sabe, un cuerno encima de la nariz. Por lo menos, las copas de unicornio, como se las llamaba, eran siempre de cuerno de rinoceronte. Pero los cuernos que se guardaban para pulverizar eran muy distintos, largos hasta de dos metros, delgados, blancos, rectos y a la vez retorcidos a modo de columna salomónica, y además no se traían de Asia, sino de los países del Norte, sobre todo de Islandia y de Groenlandia. Ya en el siglo XVI se sabía que estos cuernos no eran de ningún cuadrúpedo, sino de una especie de delfín propia de los mares árticos; pero lo que constituyó un verdadero descubrimiento fué el averiguar que no eran tales cuernos, sino dientes. Así y todo, se siguió creyendo en su virtud contra el emponzoñamiento, y todavía en la corte de Carlos IX de Francia, antes de cada comida, se mojaba un pedacito sacado de un diente de éstos en la copa del rey, para evitar que fuese envenenado. Precisamente un famoso médico francés de aquella época, Ambrosio Paré, fué el primero que se atrevió a negar el misterioso poder atribuído a los supuestos cuernos.

El animal marino que proporcionaba los dientes en cuestión era el narval. Como ya he dicho, es un cetáceo de la familia de los delfines, aunque mucho más grande que el verdadero delfín, como que a veces mide hasta cuatro metros de largo.

Cuando es muy joven, el narval tiene unos cuantos dientes chiquitos, pero después los pierde y sólo se queda con dos, uno muy pequeño, que apenas rompe la encía, y el otro, en cambio, muy largo y dirigido horizontalmente hacia adelante, saliendo por completo de la boca. Este diente es el célebre cuerno de unicornio. Hay algunos narvales que tienen los dos dientes alargados en esta forma, pero esto es un caso raro; lo corriente es

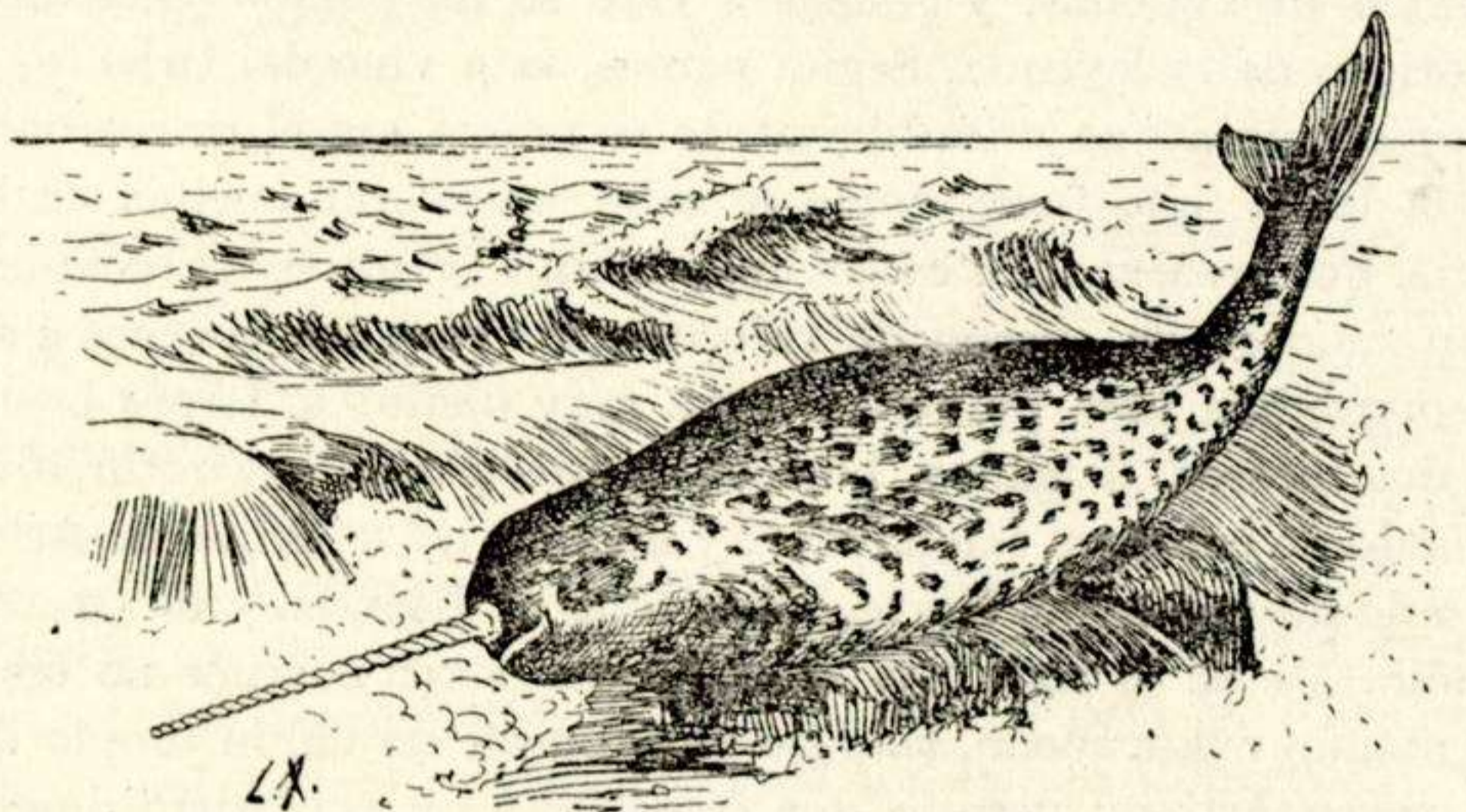


Fig. 16. — Narval

que sólo se desarrolle el izquierdo, y eso en los machos, porque las hembras tienen los dos rudimentarios.

No es extraño que en otro tiempo, cuando las regiones árticas eran más inaccesibles que hoy, se fundasen sobre este animal y sobre su diente las más extraordinarias leyendas, pues realmente es uno de los cetáceos más raros por su aspecto. Todavía ahora se desconoce casi por completo su manera de vivir; únicamente se sabe que se alimenta, sobre todo, de pulpos, jibias y peces cartilagosos, pero se ignora cómo se apodera de ellos, y aun no se ha podido averiguar con seguridad para qué le sirve

su largo diente. Hay quien dice que con él pasa de parte a parte los pulpos que luego se come, y quien afirma que lo usa para luchar contra las ballenas, pero nadie ha podido comprobar ni una cosa ni otra, ni tampoco está demostrado que lo emplee para romper el hielo, como también se ha dicho. Como el narval vive en el mar Polar Artico, se pensaba que necesitaría abrirse un agujero en la superficie congelada para sacar de vez en cuando la cabeza y poder respirar; pero en realidad no necesita de semejante respiradero, porque al llegar el invierno, que es cuando se hiela el mar, estos cetáceos emigran hacia el Sur, acercándose a Islandia y al extremo meridional de Groenlandia, donde encuentran el mar libre. Cuando la estación es muy rigurosa, bajan todavía más; se recuerdan tres inviernos excepcionalmente crudos en que los narvales llegaron hasta las Islas Británicas: el de 1648, el de 1800 y el de 1808.

Seguramente, los esquimales son los únicos que podrían contar algo sobre las costumbres del *tugalik*, como llaman ellos al narval, si no fuese porque estos felices habitantes de las regiones árticas, al igual de todos los pueblos que viven en un estado primitivo, son muy inclinados a mezclar mil cuentos ridículos con la verdadera historia de los animales. Por lo demás, ellos conocen muy bien al narval y sacan de él diversos productos: comen su carne, obtienen de su grasa aceite para las toscas lámparas de piedra con que iluminan sus cabañas de nieve durante la larga noche invernal, hacen con sus tendones hilo para coser los trajes de piel y convierten el esófago y los intestinos en vejigas que utilizan como flotadores para sus artes de pesca. El curioso diente del cetáceo, cuando es muy largo, también tiene cierto valor como instrumento para sondear entre las rocas cuando se va de caza, o bien se hacen con él puntas de arpón. En otro tiempo este era el producto más estimado, por el elevado precio que pagaban por él los europeos, pues después de

perder su fama de contraveneno, utilizábanse los dientes de narval para fabricar cetros reales, báculos de obispos y otros objetos parecidos. Hoy sólo se buscan como cosa curiosa, o como ejemplares de museo.

Los esquimales pescan al narval con arpón, persiguiéndolo en sus ligeros esquifes de piel de foca, que ellos llaman *kayaks*. Según ellos mismos me han contado, el cetáceo es perfectamente inofensivo, y ni una sola vez se ha dado el caso de que se revolviere para atravesar con su diente el débil material de que está hecho el barquichuelo. Los antiguos viajeros, sin embargo, contaban que el narval era muy feroz, y que no sólo acometía a las más grandes ballenas, sino que a veces hasta embestía a los navíos, atravesándoles la tablazón del casco con su diente, aunque por fortuna éste quedaba allí encajado y, haciendo oficio de tapón, impedía que se formase una vía de agua. Si la embestida era por proa, decían, el diente se partía por efecto de la marcha misma del barco; pero si era por popa, el cetáceo se veía remolcado y hacía enormes esfuerzos para librarse, tirando hacia atrás y retrasando considerablemente el avance del barco, hasta que moría y se descomponía. Se comprenderá que todo esto no era más que un cuento de marineros.

Lo que a primera vista parece un contrasentido es que, siendo el narval un cetáceo, se pintase el unicornio con facha de caballo; pero todo tiene su explicación. En Arabia, y también en la opuesta costa del mar Rojo, existen ciertos antílopes, que los antiguos llamaban orix, los cuales ofrecen en sus formas un remoto parecido con un caballito y tienen los cuernos largos, rectos y con la base anillada, de modo que se asemejan bastante a los dientes de narval. Estos cuernos, casi paralelos entre sí, son tan parejos, que cuando se mira al orix completamente de perfil parece como si tuviera un solo cuerno, y, en efecto, así es como lo representaban en sus monumentos los egipcios.

Antes de que se supiera que los llamados cuernos de unicornio eran dientes de cetáceos, se creía que pertenecían a esta clase de antílopes, y por eso se consideraba al unicornio como un ser parecido al caballo, pero con la pezuña hendida y con un cuerno en la frente.

Resulta, en una palabra, que aunque el prodigioso cuerno del unicornio no era ni más ni menos que el diente del narval, la idea que de aquel animal fabuloso se formaba en otro tiempo la gente era una verdadera mezcolanza de cetáceo, rinoceronte y antílope.

Bien — me dirá algún lector curioso —; pero aquello del amansamiento por la doncella y lo de las propiedades antitóxicas, ¿en qué ha quedado? Pues no ha quedado en nada; eso es lo único que hay completamente falso en este asunto, lo que el hombre ha añadido de su propia cosecha. Pero es que si la leyenda del unicornio no tuviera nada imaginario, no sería leyenda.

VI

LAS SIRENAS DEL MUNDO REAL

Si hoy ya nadie cree en el unicornio, todavía quedan muchas personas que admiten la existencia de las sirenas, sobre todo entre el vulgo de las pequeñas poblaciones marítimas. Hasta cierto punto hacen bien, porque la sirena, como el unicornio, tiene una base de realidad; pero la sirena tradicional, mitad mujer y mitad pez, que atrae a los marinos incautos con su engañoso canto, no existe más que en los cuentos de hadas y en los ornamentos de algunos monumentos alegóricos.

Supongo que muchos de mis lectores habrán leído la *Odisea*. Aquellos que no la hayan leído deben leerla, y allí verán cómo Ulises y sus compañeros de navegación estuvieron a punto de ser víctimas de las sirenas; pero estas fatales mujeres, según el mito griego, vivían en una isla, y tenían el aspecto de cualquier otra mujer hermosa; es decir, no poseían esa cola de merluza con que comúnmente nos las figuramos. Fué mucho después, al ponerse el mundo occidental en comunicación con el Oriente, cuando de la India y de Arabia empezaron a llegar a Europa historias de mujeres marinas, con el cuerpo terminado como el de un pez, y entonces se quiso ver en estos seres las sirenas de que había hablado Homero en su inmortal poema.

En los siglos XVI y XVII todo el mundo creía en las sirenas;

no sólo se hablaba de mujeres marinas, sino también de hombres marinos, y eran muchos los navegantes que con la mayor seriedad afirmaban haberlos visto, sobre todo en el océano Indico y en el golfo Pérsico. Sebastián Caboto, famoso piloto que en 1522 intentó llegar a la China y la India por los mares de Norte, recomendaba a sus marineros antes de partir que se precaviesen bien «contra todos los artificios de ciertas criaturas

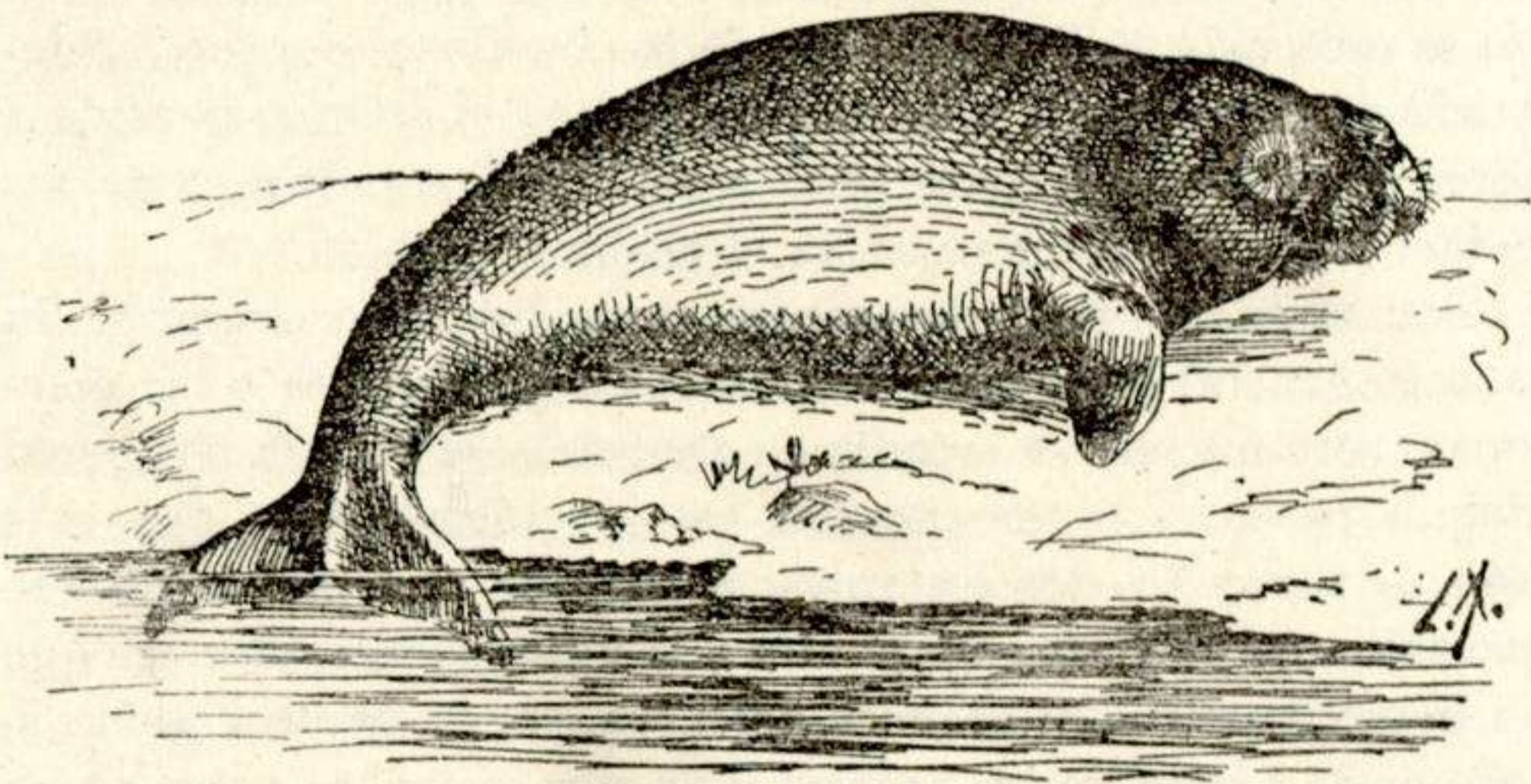


Fig. 17. — Dugón

que, con la cabeza de hombre y la cola de pez, nadan en las ensenadas y bahías, armadas de arcos y flechas, y viven de carne humana». Todavía en 1718, un holandés llamado Ruysch publicaba una obra de historia natural en la que daba figuras de unos hombres marinos o pescados antropomorfos, que vivían en las costas del Archipiélago Malayo, donde eran conocidos con el nombre de *dugones*.

Ahora bien, estos dugones existen, efectivamente, en los océanos Indico y Pacífico, y ellos son, indudablemente, los que han dado origen a la leyenda; pero no tienen el menor parecido

con las mujeres ni con los hombres. Su cabeza, aparte de que no tiene orejas, se parece más bien a la de un pequeño hipopótamo, y su cola a la de un cetáceo; como éstos, no tiene patas posteriores, y las anteriores son aletas; pero hay que convenir en que por su tamaño, por lo redondo de su cabeza y por ser bastante largas estas aletas, que al nadar mueven como si fuesen brazos, de lejos pueden ofrecer, para un observador dispuesto a ver cosas maravillosas, el aspecto de un monstruo semihumano. Todavía es esto más fácil tratándose de las hembras, porque a diferencia de los cetáceos y de casi todos los mamíferos, tienen las ubres en el pecho, y para criar a su hijo lo agarran entre sus aletas, como una mujer que da el pecho a un niño.

Son animales verdaderamente raros los tales dugones. Su aspecto general recuerda bastante el de los delfines y las marsopas, pero cuando se estudia su anatomía se ve que no tienen ningún parentesco cercano con estos cetáceos, sino que más bien se parecen a los elefantes; como que casi podría decirse que son unos elefantes adaptados a la vida marina. Claro es que no tienen trompa, ni grandes defensas, como los proboscídeos, pero en la forma de las muelas y en otras muchas cosas se les asemejan extraordinariamente, y son, como ellos, animales pesados y que se alimentan exclusivamente de vegetales, en vez de comer peces y otros animales marinos, como hacen los cetáceos. Los elefantes buscan las hojas y los renuevos de los árboles, y necesitan tener trompa para alcanzar a las ramas, y colmillos para desarraigar los árboles cuyas hojas están demasiado altas; pero los dugones, que comen plantas marinas, no tienen necesidad de aquellos órganos, bastándoles ser buenos nadadores. Los vegetales que constituyen su alimento crecen en los fondos poco profundos, así es que estos mamíferos rara vez salen a alta mar, encontrándoseles más bien en las bahías, y hasta en los estuarios de los grandes ríos. Tumbados en el fondo,

o metidos entre la espesura submarina, pacen con la lentitud de un buey, no haciendo de los peces y demás seres oceánicos más caso que el que el buey haría de los pájaros que revolotean en el campo; pero de vez en cuando se ven precisados a interrumpir su comida para salir a la superficie y respirar el aire atmosférico, sin el cual, como mamíferos que son, no podrían vivir.

Este es el momento que los pescadores de dugones aprovechan para atacar al extraño animal, cuya carne y cuyo cuero son bastante apreciados, mientras de sus dientes se hacen brazaletes que en toda Oceanía son muy buscados como amuletos. Los indígenas de las islas que hay al sur de Nueva Guinea, en el estrecho de Torres, son los más hábiles para esta clase de pesca. Practícanla con canoas, o desde una especie de andamio levantado sobre el agua, y el arma que emplean es un largo arpón cuya punta se desprende fácilmente y va atada a una larga cuerda. Cuando el dugón asoma en la superficie, no se le lanza el arpón, sino que el pescador se tira de golpe al mar y le clava el arma, soltándose entonces la punta, que el animal se lleva hincada, pero sin poder alejarse mucho por la cuerda que lo sujeta. Entonces, otros hombres se echan también al agua y le atan una cuerda a la cola, de modo que, tirando de ella, le obligan a permanecer con la cabeza sumergida, sin dejarle salir a respirar, hasta que llega un momento en que el pobre dugón, falto de aire, se ahoga, ni más ni menos como si fuese un mamífero terrestre.

Para aquellos isleños, que se pasan la mayor parte de su vida metidos en el agua, todo esto no es más que un juego. La única dificultad está en que el dugón se presente, pero para esto creen ellos tener un talismán poderoso, que consiste en una figurita de dugón tallada en madera y pintada de rojo, con una cavidad en la espalda que se rellena con una pasta de arcilla y hierbas mascadas por un hechicero. Si hemos de creer lo que afirman

los indígenas del estrecho de Torres, colgando un amuleto de esta clase de la canoa o del andamio de pesca, es seguro que los dugones acudirán en séguida a ponerse a tiro de arpón, y todavía se obtiene mejor resultado si el talismán se unta de vez en cuando con grasa fresca de dugón. Supongo que algunos de mis lectores, al enterarse de esto, no podrán contener una sonrisa; pero supongo también que los que se sonrían no pertenecerán al número de esos europeos y civilizados que se preocupan por el número trece, o recogen las herraduras perdidas, o buscan trébol con cuatro hojas.

También en el mar Rojo y en el golfo Pérsico hay una especie de dugón, y por cierto que en la antigüedad debió ser mucho más abundante que ahora; por lo menos, algunos eruditos aseguran que la cubierta del Tabernáculo que sirvió como primer templo a los israelitas estaba hecha con pieles de dugón. Los árabes, que en lo de poner a los animales nombres raros no tienen quien les iguale, llaman a este mamífero *naga el bhar*, que quiere decir *camella del mar*; pero la verdad es que el dugón se asemeja a cualquier cosa menos a un camello. Si los árabes le encuentran parecido con este rumiante, ya no puede extrañarnos que los antiguos pueblos del Oriente se lo encontrasen con una persona.

El dugón del mar Rojo es poco perseguido; su cuerpo rollizo y su piel casi desnuda, que lleva por debajo una espesa capa de grasa, hacen que los naturales de aquellas regiones lo consideren como un animal próximo al cerdo, y como la religión mahometana prohíbe hacer uso de la carne o la grasa del puerco, miran con cierta repugnancia al que suponen su representante marino. En otro tiempo lo pescaban para quitarle los dientes, que también allí se consideraban como talismanes, sobre todo para remediar ciertas enfermedades; pero hoy les inspiran mayor confianza las medicinas europeas. De todos modos, algunas ve-

ces los habitantes de la costa arábica van a la pesca del dugón para vender el cuero, con el que se hacen unas sandalias muy buenas para países secos. Algunos lo pescan con arpón, pero lo más general es capturarlo con redes. En las noches tranquilas, el animal se mete en las ensenadas pequeñas para comer las plantas marinas que crecen entre las rocas o los bancos de coral, y entonces se le corta la retirada con una red que descende hasta el fondo. Al querer salir, el dugón tropieza con la red y trata de apartarla o de romperla, pero sólo consigue enredarse en ella, liándose más y más con los esfuerzos para libertarse, y entonces les es muy fácil a los pescadores acercarse y matarlo.

Los animales del grupo a que pertenecen los dugones han sido llamados por los naturalistas *sirenios*, en recuerdo de la leyenda de las sirenas. En este grupo se incluyen otros mamíferos acuáticos conocidos con el nombre de manatís, que son muy parecidos a los dugones, pero se distinguen en seguida por la forma de la cola. En un dugón, la cola se parece a la de un delfín o una ballena, es decir, tiene el borde escotado o ligeramente hendido en el centro; en un manatí, dicho borde es muy convexo, de modo que la cola resulta redondeada, casi en la forma de una rasqueta de jugar al volante. Además, mientras los dugones viven en el océano Indico y en el Pacífico, los manatís son propios de la región tropical del Atlántico; pero tampoco son animales de alta mar, y, por consiguiente, donde se los encuentra es en ambas costas, en la de América y en la de Africa. Con frecuencia se meten, como el dugón, en los estuarios y en las grandes lagunas que tienen franca comunicación con el mar, y algunas especies hasta remontar los grandes ríos, como el Orinoco y el Amazonas en el continente americano, o el Senegal y el Níger en el africano.

Refiere Cristóbal Colón en el diario de su glorioso primer viaje que, explorando la costa septentrional de la isla Española,

hoy Santo Domingo, vió surgir de pronto sobre el agua tres sirenas, y añade que no le parecieron, ni con mucho, tan hermosas como suele decirse. Las tales sirenas no eran sino manatís. El mar de las Antillas, en efecto, es uno de los sitios donde ha habido siempre más animales de esta clase, aunque hoy ya no abundan tanto por lo muy perseguidos que han sido, sobre todo a causa de su cuero. La piel del manatí suministra unas correas que, si

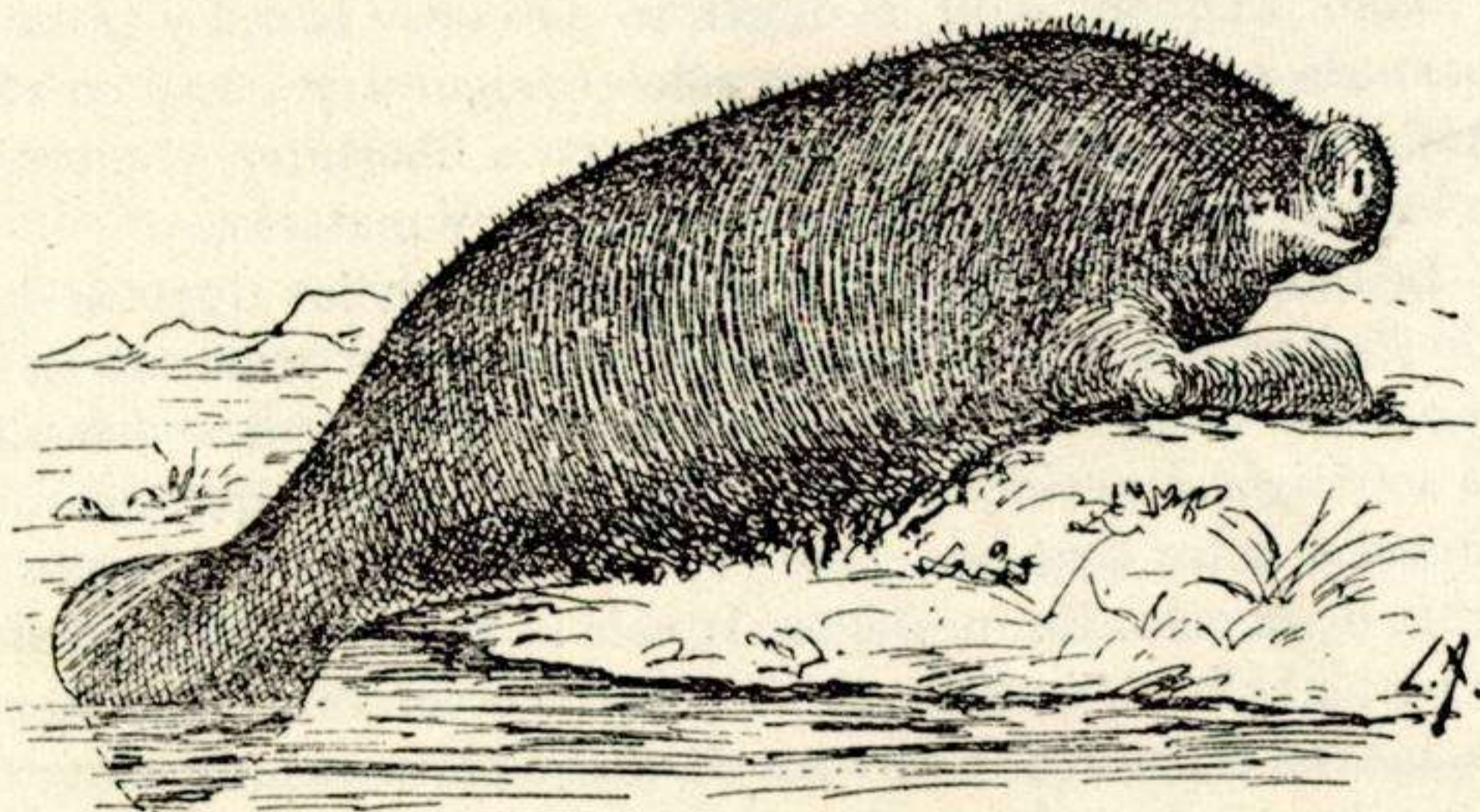


Fig. 18. — Manatí

se dejan secar sin curtir, adquieren la dureza y flexibilidad de las varas de fresno, y con varias correas de éstas, retorcidas, se hacen excelentes látigos. En los tiempos de la esclavitud, el solo nombre del manatí era motivo de terror para los infelices negros que trabajaban en los ingenios cubanos, cuyos capataces se jactaban de su habilidad en el manejo del látigo de manatí.

También se pescaban muchos manatís en las costas de la Florida, donde era costumbre salar y conservar su carne, que recuerda bastante la de vaca. Pero desde hace algunos años la persecución ha cesado, porque las autoridades norteamericanas, temiendo la completa extinción de tan interesante especie,

han prohibido su pesca bajo la multa de quinientos dólares. Gracias a esta sabia medida, estos inofensivos animales no sólo se han multiplicado en aquellas costas, sino que llegan a alcanzar un tamaño enorme. No son raros los ejemplares de cuatro metros y medio de longitud y de casi setecientos kilogramos de peso.

He dicho que los manatís son inofensivos, y mejor debiera haberlos calificado de estúpidos. Ni riñen jamás entre sí, ni se meten con los demás animales acuáticos, y si nadie los molesta,

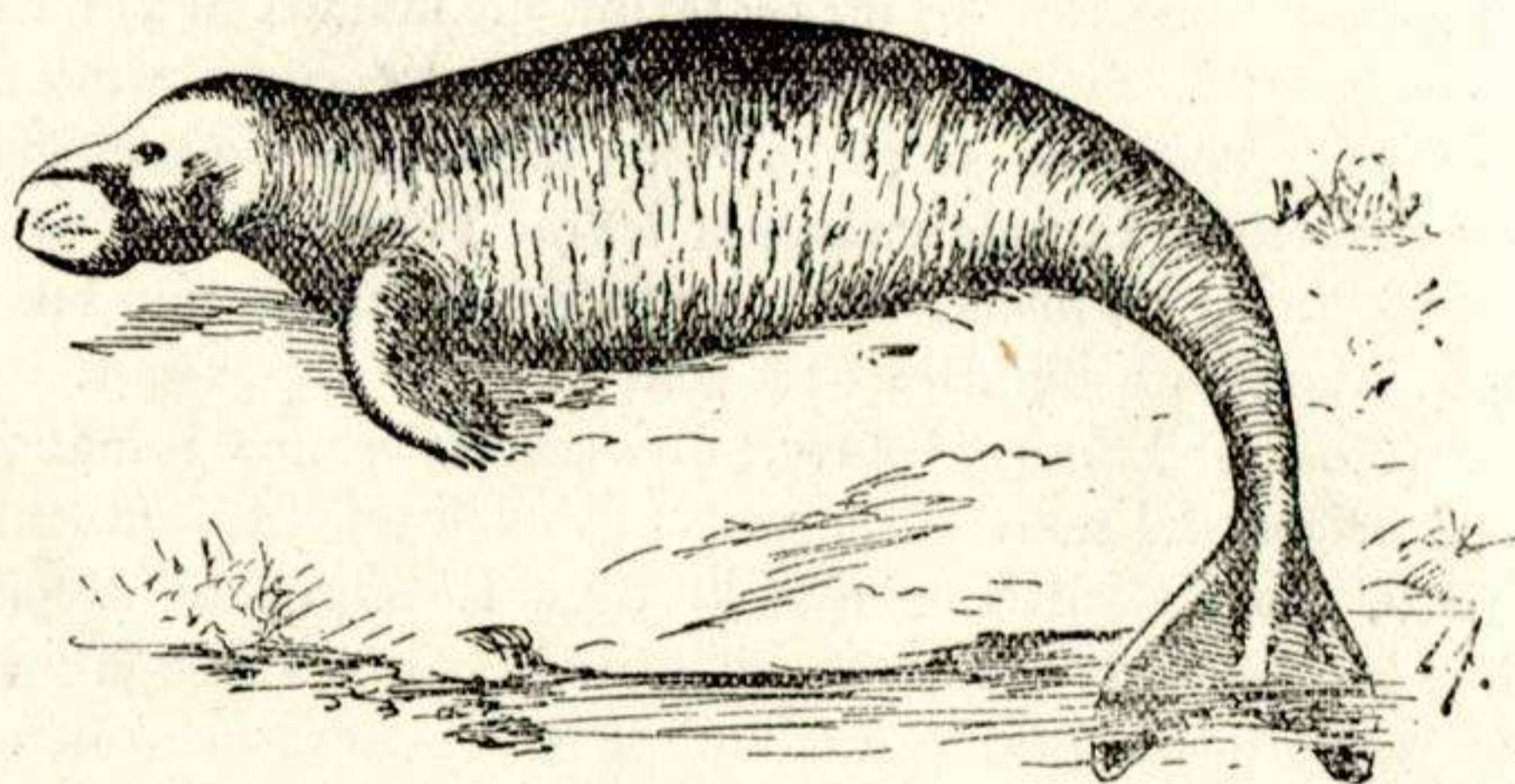


Fig. 19 — Vaca Marina

permanecen horas enteras comiendo plantas acuáticas, a veces junto a un barco anclado o al pie de un muelle, sin moverse más que para subir un instante a respirar y volver a sumergirse lentamente. Algunas veces, para atraer las plantas hasta su boca, se valen de las aletas, que parecen unas manos metidas en toscos guantes sin dedos, y si son hembras, debajo de una de ellas sostienen su cría, para evitar que se aleje y sea víctima de los tiburones y peces sierra, que abundan en aquellas aguas.

Al otro lado del Atlántico, en la costa occidental de Africa, los manatís son mucho más raros que en América; pero los negros del Senegal y del Níger conocen muy bien estos animales, y les

atribuyen ciertas propiedades mágicas. El manatí africano tiene en cada aleta cuatro uñas chiquitas, que se consideran remedio excelente contra la sarna, mientras la piel de su ancha cola es un talismán poderoso para atraer la lluvia. Para procurarse estas partes del animal, y otras no menos útiles, aquellos indígenas lo pescan, sirviéndose de arpones con asta de bambú, y generalmente de noche, a la luz de las antorchas. No todas las tribus negras, sin embargo, practican su pesca. Los mandés, por ejemplo, no solamente no matarían un manatí ni por todo el oro del mundo, sino que ni aun se atreven a tocarlo, temiendo que el solo contacto de su piel atraiga sobre ellos las más crueles enfermedades, especialmente la lepra. Para aquellos salvajes, el manatí es un *totem*, un ser sagrado; el mismo nombre de la tribu, mandé, no significa otra cosa que *hijo del manatí*.

Los yolofes del Senegal tienen una tradición muy romántica sobre el origen del manatí. Según ellos cuentan, hace muchísimos años, mucho antes de que llegasen los europeos al país, un viejo hechicero de una de las tribus moras que viven al norte del río Senegal consiguió, por medio de sus encantamientos, que el jefe de uno de los poblados negros le diese en matrimonio su propia hija, la bella Aeba. A pesar de sus lágrimas, la muchacha no pudo evitar su triste suerte y tuvo que abandonar su aldea natal para ir a vivir en el aduar de su viejo esposo, que desde el primer día la trató como si fuese una esclava. Una noche, Aeba, desesperada, consiguió huir del aduar y se arrojó al río, decidida a cruzarlo a nado para reunirse con los suyos. Pero el marido la vigilaba, y la fugitiva pronto fué perseguida, alcanzada y conducida de nuevo ante el cruel hechicero, quien, sin tener en cuenta su juventud ni su belleza, le cortó ambas manos, le ató los pies y ordenó que la arrojasen al río, regocijándose con la idea de verla ahogarse.

Alah se apiadó de la infortunada víctima y le conservó la

vida en el fondo de las aguas. Ella y sus hijos son los que todavía aparecen a veces en los remansos silenciosos, sacando enteramente el busto del agua, mirando a los pescadores con sus grandes ojos húmedos, y sumergiéndose otra vez para alejarse nadando lentamente con sus brazos mutilados; son, en una palabra, los manatís.

Esta leyenda basta para demostrarnos que en todos los países donde hay mamíferos sirenios, el hombre cree ver en ellos mujeres acuáticas, lo que explica que el mito de las sirenas se halle tan extendido. Y téngase en cuenta que si hoy no existen estos animales más que en los mares cálidos, en otro tiempo vivieron también bajo los climas más fríos. En el mar de Behring, entre Asia y América, se encontraba hace ciento sesenta años gran número de vacas marinas, sirenios muy parecidos a los dugones, pero bastante más grandes, llegando a medir hasta nueve metros de longitud. En 1741, una expedición capitaneada por el navegante danés Behring naufragó en aquel mar y tuvo que pasar diez meses en la isla que lleva también el nombre de aquel explorador, y en todo aquel tiempo, los náufragos casi no comieron otra cosa que carne y grasa de vaca marina; tan fácil de matar era este especie. Cuando regresaron los expedicionarios a Europa, encomiaron tanto la riqueza de aquella isla en animales de piel fina, que en veinte años, entre 1743 y 1763, salieron para ella nada menos que diez expediciones, cuyos hombres se mantenían exclusivamente de vaca marina. Como es muy natural, para obtener su carne mataban con preferencia los más hermosos ejemplares. El resultado fué que, al volver la última expedición, apenas quedaban unos pocos sirenios de éstos. Entonces se renunció a seguirlos persiguiendo, pero ya era tarde; cinco años después no había ya ni una sola vaca marina con vida. Uno de los mamíferos más interesantes había sido definitivamente borrado de la lista de las especies vivientes.

VII

LA VIDA DE LAS FOCAS

No todos los mamíferos que viven en el mar tienen esa forma de pez que ofrecen los cetáceos y que se observa también, aunque no tan marcada, en los sirenios. Si estos animales presentan esa figura, que hace que el vulgo incluya entre los peces a las ballenas y los delfines, es por la configuración de su cola y porque no tienen patas posteriores; pero hay otro grupo de mamíferos marinos cuyas cuatro extremidades están igualmente bien desarrolladas, aunque en forma de aletas, y que tiene la cola corta y puntiaguda como la de muchos cuadrúpedos terrestres. Este grupo es el de las focas.

Mucha gente cree que las focas sólo existen en las regiones polares, y se asombra cuando oye decir que también las hay en el mar Mediterráneo. Nada más cierto, sin embargo. Hasta hace pocos años las había en la costa de España, entre Alicante y Almería, y todavía quedan algunas en las islas Baleares y en las Chafarinas, frente a la costa norte de Marruecos. Si no abundan más, es porque se las ha perseguido con saña, a título de que devoran demasiados peces. Son, efectivamente, animales muy voraces, y a veces hasta se meten en las almadrabas persiguiendo a los atunes; pero en el mar hay peces de sobra para ellos y para los pescadores, y los gobiernos debieran adoptar

medidas para evitar que se extinga una especie tan interesante. Porque hay que advertir que la foca del Mediterráneo es muy diferente de las que viven en otros mares; los machos tienen un bello pelaje negro y blanco, por lo que, recordando el hábito de algunas órdenes religiosas, se da algunas veces a esta especie el nombre de foca fraile, aunque más comúnmente se le llama lobo marino.

Hace cuarenta años, cuando aun no se conocía el cinematógrafo y el público se distraía con espectáculos mucho más pueriles, no había feria ni circo ambulante en que no se exhibiera,

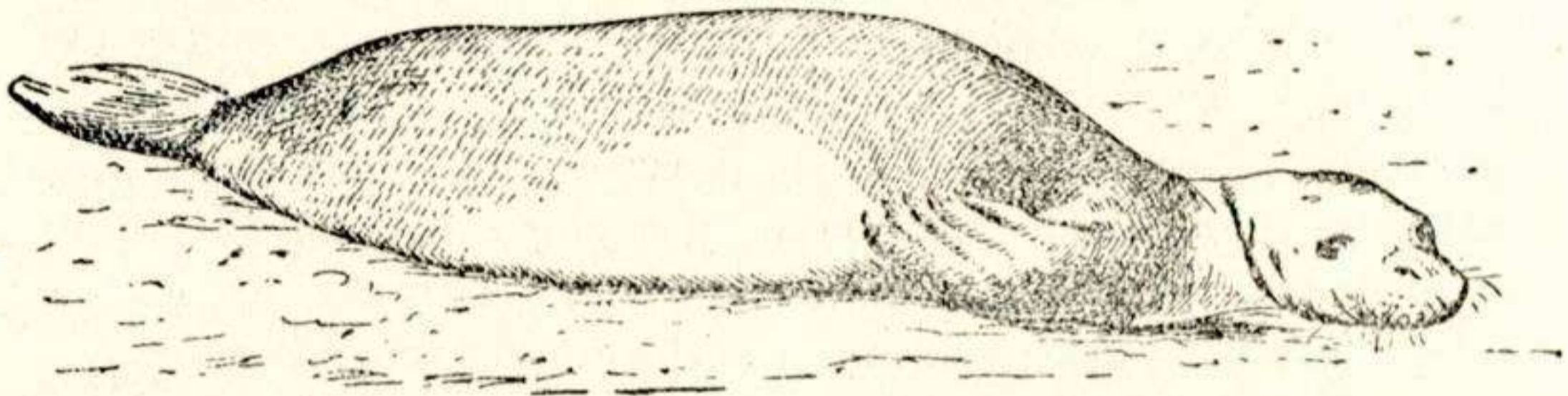


Fig. 20. — Foca del Mediterráneo

junto al hombre gordo y la mujer con barbas, alguna *foca sabia*. El animalito, metido en una bañadera, no tenía otra habilidad que lanzar de vez en cuando una especie de ladrido que la buena voluntad de los espectadores interpretaba por las palabras *papá* y *mamá*. En la mayoría de los casos, estas focas pertenecían a la especie del Mediterráneo. Actualmente, hasta en los mejores parques zoológicos del mundo es muy raro ver una foca de esta clase.

También hay focas en el mar de las Antillas, es decir, en plena zona tropical, aunque ahora son todavía más raras que en el Mediterráneo; y por cierto que la historia de esta especie se relaciona de cerca con la del descubrimiento de América. En efecto, los primeros europeos que vieron focas de éstas fue-

ron los marineros de Colón, que durante su segundo viaje, en 1494, encontraron cierto número de ellas en la isla de Alta Vela, al sur de Santo Domingo, y se dieron el gustazo de matar ocho. Para las pobres focas fué un modo bien triste de trabar conocimiento con el mundo civilizado. Desde entonces, las focas de las Antillas fueron perseguidas incesantemente, y hacia el año 1843 se creyó que se habían cazado las últimas; pero parece que aun quedan algunas, que tienen su refugio en los islotes de los Triángulos, en el golfo de Campeche.

Con todo, el verdadero país de las focas es indudablemente la zona que se extiende a lo largo del Círculo Polar Artico. No es que allí no se las persiga, no; antes al contrario, numerosos buques focueros visitan aquellas regiones todos los veranos, y sus tripulaciones matan cada año más de doscientas cincuenta mil focas, para aprovechar su piel y su grasa; pero se diría que el casquete polar es una inmensa reserva de estos animales, porque no se nota que su número disminuya sensiblemente.

Estas focas árticas pertenecen a diferentes especies; hay la foca común, que en los inviernos muy crudos baja hasta el Cantábrico, y la foca gris, que aunque se llama así puede ser también negra o parda, y la foca anillada, la más pequeña de todas, cuyo nombre alude a los pequeños anillos pálidos que se destacan sobre su piel obscura, y la foca barbuda, que es, por el contrario, muy grande y tiene largos bigotes de gruesas cerdas rígidas. La piel de algunas especies ofrece curiosos dibujos; los machos de la foca groenlandesa, que vive en el norte del Atlántico, son de un color blanco amarillento, con la cara negra y una gran banda negra formando un óvalo sobre la espalda, y en el Pacífico boreal, entre Asia y Alaska, se encuentra la foca arlequín, que tiene la piel obscura con una especie de cintas amarillentas rodeando el cuello y el arranque de los miembros.

Como es natural, estas distintas focas tienen diferentes cos-

tumbres; la foca anillada, la barbuda y la arlequín viven solitarias, mientras la foca común y la gris andan siempre reunidas en grupos, y la foca groenlandesa forma bandadas inmensas, a veces de algunos miles de individuos; todas ellas se alimentan de peces, pero algunas también comen cangrejos y moluscos, y la de Groenlandia hasta devora pequeñas aves marinas si puede pillarlas por sorpresa. En lo que todas se parecen es en los movimientos. Habilísimas nadadoras, se zambullen y bucean tan admirablemente como los cetáceos, pero, a diferencia de éstos, pasan una buena parte de su vida en tierra, aunque no se internan nunca mucho, porque fuera del agua son bastante torpes. Aunque están provistas de cuatro patas, su forma de aletas y el estar las posteriores extendidas hacia atrás, a los lados de la cola, hace que no puedan caminar como otros cuadrúpedos, de modo que cuando marchan tienen que hacerlo mediante una serie de saltitos que parecen fatigarlas pronto. Si el lector se imagina por un momento un odre de vino que, estando caído en el suelo, empezase a moverse saltando, tendrá una idea bastante aproximada de cómo andan las focas.

Algunos de estos animales, como la foca anillada y la foca arlequín, viven todo el año en los mismos sitios; pero otras especies, cuando llega el terrible invierno ártico, emigran hacia climas algo más benignos. La especie emigrante por excelencia es la foca groenlandesa. Cuando llega el otoño y se congela la superficie del mar, estas focas se ponen en marcha hacia el Sur, avanzando más a medida que los campos de hielo se van extendiendo, y llegando hasta las costas de Terranova, y en primavera, al empezar el deshielo, vuelven hacia el extremo Norte, siempre siguiendo el límite de los hielos. En la emigración otoñal, cuando bajan hacia el Sur, se reúnen todas las bandadas, y como cada una de estas es muy numerosa, hay momentos en que el mar aparece completamente lleno de focas en una inmensa exten-

sión. Cuando los primeros viajeros que recorrieron aquellas regiones volieron a Europa contando que las focas eran en ellas tan numerosas como las arenas del mar, se pensó que era una exageración de tantas como contenían los relatos de los antiguos navegantes; pero los datos estadísticos obtenidos en nuestros días obligan a pensar de otra manera. El año 1903, se vió, durante la emigración, una apretada falanje de focas groenlandesas que ocupaba una extensión de seis kilómetros y medio de anchura por cuarenta y ocho de longitud.

En la primavera, esta numerosísima población anfibia au-

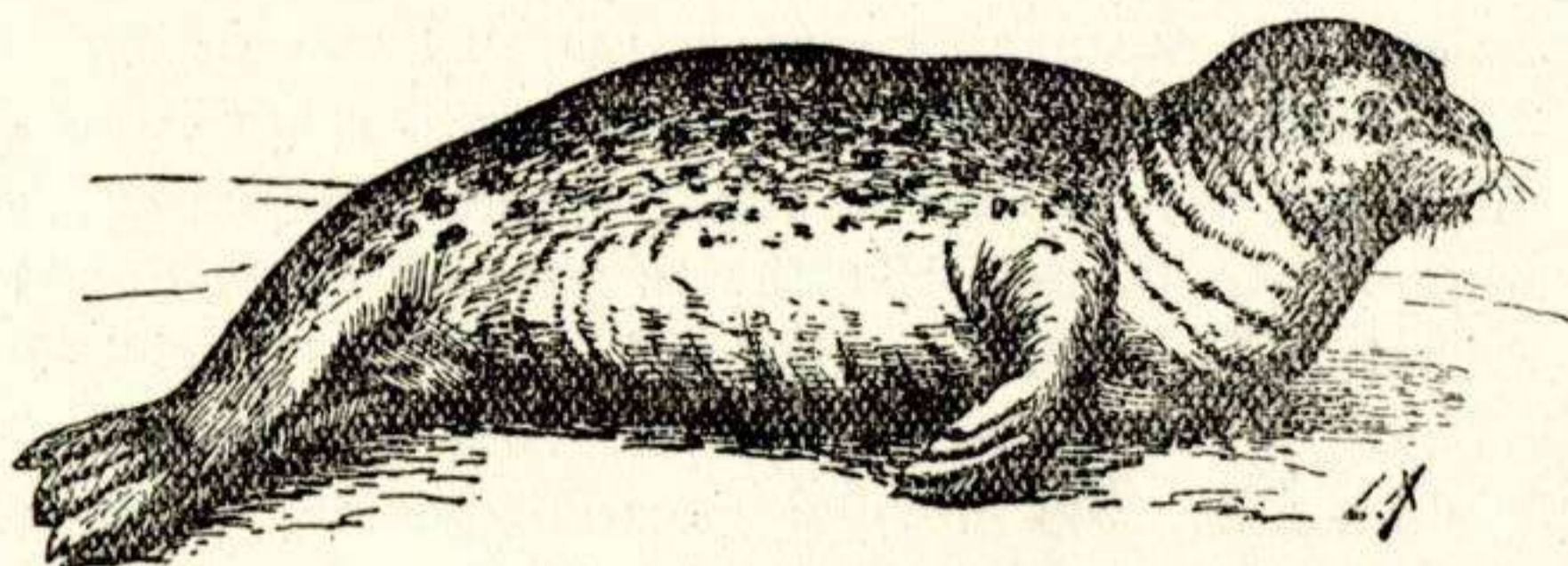


Fig 21. — Foca común

menta considerablemente, porque en los primeros días de marzo nacen las nuevas foquitas, que son unos animalitos preciosísimos, enteramente como unas miniaturas de sus padres, pero cubiertas de un suave pelaje lanoso, blanco como la nieve. Durante tres o cuatro semanas no saben nadar, y sus madres los abandonan todas las mañanas para pasar el día pescando, dejándolos en tierra o sobre los bancos de hielo para volver a su lado al caer la tarde. Todo aquel que haya pasado temporadas en el campo se habrá asombrado viendo cómo, al dar suelta los pastores a los corderillos que han tenido separados de las ovejas, cada una de éstas encuentra prontamente a su hijo, como si éste reconociese la voz de su madre entre el concierto de balidos

que se oye en el redil. Pues bien, mucho más maravilloso es el instinto con que cada foca hembra, entre los muchos miles que componen el enorme rebaño, sabe hallar a su hijito, que a veces está en un banco de hielo llevado de un lado a otro por las olas.

Las focas pequeñas se empiezan a echar al agua cuando tienen doce días, pero tardan otro tanto, por lo menos, en aprender a nadar solas. Entonces es cuando pierden su pelaje blanco y adquieren el de los adultos; pero, así como a los niños, cuando se les pone *de corto*, se los viste al principio de un modo parecido al de las niñas, los jóvenes machos se parecen al principio a las hembras, que son grises con manchas irregulares oscuras. Al tercer año de su vida es cuando las focas machos empiezan a diferenciarse adquiriendo el pelaje blanco con la banda ovalada sobre las espaldas, que tiene una forma parecida a una lira, y ha hecho que se llame algunas veces a la foca groenlandesa *foca ensillada*, y también *foca de arpa*.

Mientras las foquitas de pocas semanas conservan todavía el pelo blanco, es cuando llegan a los criaderos los barcos foqueros, que hacen en la colonia verdaderas hecatombes. Entre los quince o veinte barcos que con este objeto visitan las aguas de Terranova, matan cada año unas trescientas mil focas, y si se añaden las que se matan en la costa de Groenlandia y en Jan Mayen, resulta que la cifra total de víctimas se eleva cada año a más de seiscientas mil. Semejante cantidad es para horrorizar al menos compasivo, pero hay que pensar también hasta qué punto llegaría la multiplicación de estas focas si no se las cazase en esa proporción. Para los habitantes de Terranova, por lo menos, las matanzas de los foqueros son una bendición del cielo, porque las focas groenlandesas devoran gran cantidad de bacalao, de modo que el aumento de aquéllas representa la disminución de este pescado, cuya pesca y preparación constituye el principal medio de vida de aquellas gentes.

Por otra parte, cada foca que se caza representa solamente un valor de unas 25 pesetas, de modo que para obtener un beneficio apreciable es preciso matar el mayor número posible. Aun así, la profesión de foquero no tiene nada de envidiable, y raro es el año que no cuesta algunas vidas. Como para matar las focas tienen que bajar a los bancos de hielo, ocurre a veces que el viento o las corrientes se llevan un banco, con hombres y focas, lejos del buque, y si en aquellos momentos hay una de esas nieblas tan frecuentes en los mares septentrionales, puede darse por seguro que los infelices cazadores no tienen salvación posible; eso, aparte de los peligros propios de todas las expediciones árticas, como son el quedar ciego por la reverberación de la nieve, el perder los dedos o las orejas que se hielan, el escorbuto y, en una palabra, todas esas desdichas que no ignora nadie que sea aficionado a leer libros de viajes y de aventuras.

La foca común y la foca gris no son tan grandes viajeras como la de Groenlandia; hace falta que el invierno sea muy crudo para echarlas hacia el Sur, o que el verano sea excepcionalmente caluroso para que se decidan a ir demasiado al Norte. Por lo general se mantienen en un término medio, en Europa en las Islas Británicas y en las costas de Escandinavia, y en América en los alrededores de Terranova, en la costa del Canadá, en la bahía de Hudson y en el estrecho de Davis. La foca gris prefiere las costas rocosas, mientras la foca común suele vivir en las playas arenosas, buscando sobre todo los bancos de arena algo alejados de tierra y que quedan cubiertos durante la marea alta. Esta última especie es muy aficionada al salmón, y cuando estos peces remontan los ríos, se meten en pos de ellos hasta bastante distancia del mar. En la América del Norte, se da con frecuencia el caso de que las focas lleguen por el río San Lorenzo hasta los lagos Champlain y Ontario, que están a más de ochocientos kilómetros de la desembocadura de dicho río. Otra

particularidad de la foca común es que las crías empiezan a echarse al agua el mismo día que nacen. Las de la foca gris, en cambio, vienen al mundo tan torpes como las de la foca groenlandesa, y también cubiertas de un traje infantil blanco.

La foca común y la foca anillada pueden considerarse como la providencia de los esquimales, que obtienen de ellas la mayor parte de los productos necesarios para su primitivo género de vida. La carne de foca es el principal alimento de aquellas

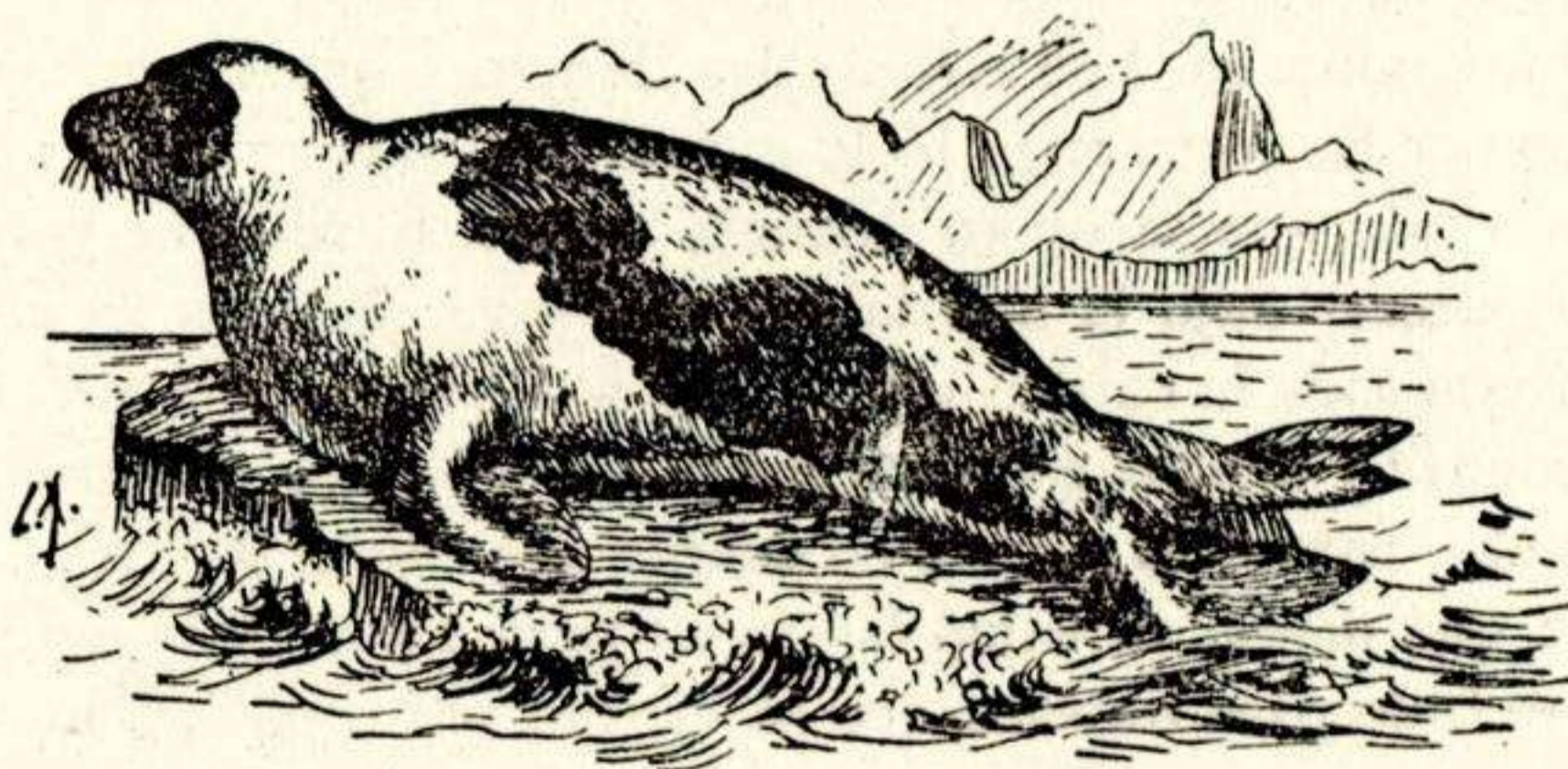


Fig. 22. — Foca de Groenlandia

gentes; la grasa del mismo animal, derretida, les sirve de bebida y de combustible, y con su piel se hacen trajes, botas, correas y redes, forran sus barcos y construyen sus «topeks» o viviendas de verano. Durante esta última estación, cuando el mar está deshelado, el esquimal persigue a toda clase de focas en su frágil «kayak» Para él, todas las especies son entonces igualmente útiles, aunque las distingue muy bien y las reconoce con nombres muy diferentes; así, a la foca común la llama «kasiguiak»; a la anillada, «netsik», y a la groenlandesa, «kaédolik». Cuando se acerca el invierno, los «kaédoliks» se marchan hacia Terranova y Jan Mayen, y entonces, si no fuese porque el

«netsik» y el «kasiguiak» se quedan en el Norte, el esquimal perecería de hambre.

El lector se preguntará cómo puede ser que estas focas no mueran entonces también de hambre, siendo así que se alimentan de peces y en el invierno el mar está cubierto, en aquellos países, de una gruesa costra de hielo. La explicación es muy sencilla: las focas nadan y pescan entonces bajo el hielo, en el que tienen abiertos unos agujeros para salir a respirar, porque una foca no puede estar sumergida por completo más de doce o quince minutos. Los esquimales llaman a estos respiraderos hechos por las focas en el hielo «atluk». Muchas veces, el animal no hace más que sacar un instante el hocico, respirar y volver a desaparecer bajo la helada corteza, pero con más frecuencia saca fuera toda la cabeza y el cuello, y cuando quiere descansar sale por allí y se echa a dormir sobre el hielo, pero siempre junto al «atluk», para desaparecer en cuanto hay algún peligro.

De qué medio se valen las focas para abrir estos agujeros, y sobre todo para impedir que se cierren por congelación mientras ellas está sumergidas, es cosa que hasta ahora no ha podido ser explicada de un modo satisfactorio. Háganlos de un modo o de otro, el hecho es que gracias a ellos pueden estos anfibios vivir en el mar helado durante el invierno; pero, por otra parte, estos mismos agujeros son su perdición. El oso blanco, el enemigo natural de la foca, sabe muy bien lo que significan, y cuando encuentra alguno, se echa junto a él y espera pacientemente a que aparezca la cabeza de aquélla, para asestarle un certero zarpazo que al mismo tiempo la deja sin vida y la saca sobre el hielo.

Los esquimales han imitado la táctica del oso, y para cazar la foca en invierno se ponen también en acecho junto al «atluk», esperando a que el animal salga a respirar. El método más corriente consiste en permanecer al lado del agujero con un arpón

preparado para herir rápidamente en cuanto se observa en el agua el movimiento revelador de que la foca va a salir; pero también se puede meter por el orificio una red, en la que se engancha la foca al tratar de salir. Otras veces, el cazador aprovecha el sueño del anfibio. Si el esquimal, al acercarse al «atluk», ve que la foca está fuera, dormida, inmediatamente se tiende sobre el hielo y empieza a arrastrarse poco a poco hacia ella. La foca tiene un oído finísimo, y durante el reposo se despierta muy a menudo. El cazador se fija constantemente en ella, y en cuanto ve que entreabre los ojos, permanece inmóvil, con la cara tapada por la capucha de su chaquetón, o bien hace algunos torpes movimientos que imitan bastante bien los de una foca cuando se despereza o cambia de postura. El caso es hacerse pasar por otra foca, y casi todos los esquimales son habilísimos para esta imitación, contribuyendo a ello su vestimenta, hecha completamente de piel de estos animales. La foca auténtica, confiada, acaba por no hacer caso de lo que supone una semejante, y cuando se da cuenta del peligro, es cuando el cazador está ya junto a ella y, levantándose de un salto, la atraviesa con su arpón.

Se habla mucho de la paciencia de los pescadores de caña, pero lo cierto es que no vale nada comparada con la del esquimal cuando anda a caza de focas. Como éstas recorren bastante distancia nadando bajo el hielo, y no siempre salen por el mismo orificio, con frecuencia ocurre que el cazador tiene que estarse inmóvil y silencioso dos o tres horas junto a un agujero, y eso con el frío propio del invierno polar. Pero ésto, como ocurre en toda clase de caza, es cuestión de suerte, y a veces un esquimal mata en ocho o diez horas, por este procedimiento, más de treinta focas.

En las regiones árticas hay otra clase de focas que tienen sobre la cabeza una especie de bolsa de piel, que se infla cuando

el animal se enoja, formando una verdadera gorra o cimera que le da un aspecto muy raro. Estas focas de casco, o de capucha, que de los dos modos se las llama, son de las que emigran con los cambios de estación; descienden hacia el Sur a la vez que las focas groenlandesas, aunque separadas de ellas, pero regresan al Norte mucho antes. Mientras las otras especies suelen ser bastante tímidas y huyen de cualquier peligro, la foca de casco no teme hacer frente al hombre, y más de un cazador ha salido estropeado de un encuentro con este animal.

Los mares cercanos al Polo Sur tienen también sus focas, muy distintas de las que viven en la región ártica. En los límites de los campos de hielo que cubren todo el Antártico abunda mucho una foca de cabeza muy pequeña y hocico afilado, con la piel de color obscuro sembrada de manchas blanquecinas y grises, y que se alimenta de peces chiquitos y de unos crustáceos parecidos a las quisquillas, llamados «eufausias». A esta especie se la conoce con el nombre de foca de Weddell, en recuerdo de un explorador inglés de este apellido, que fué quien primero la encontró. Del mismo modo, se llama foca de Ross a otra especie, en honor del famoso viajero Sir James Ross, descubridor del monte Erebus, el volcán más próximo al Polo Antártico.

Esta foca de Ross es muy rara; tiene en la garganta una especie de bocio o papada que corresponde a una curiosa dilatación de la laringe, y como consecuencia de esta conformación, su voz es realmente extraordinaria. Cuando grita, produce primero unos sonidos que recuerdan el triste arrullo de la tortola, y en seguida rompe a cacarear como una gallina asustada. Otra rareza del mismo animal es que su régimen es en parte vegetariano, pues come con frecuencia algas y otras plantas marinas, aunque su alimento favorito son los pulpos.

En esto de la alimentación, las focas antárticas tienen gustos

particulares. Hay una que se sostiene casi exclusivamente con crustáceos, y de ahí que se acostumbre llamarla foca cangrejera; pero también se la conoce como foca blanca, porque en invierno toma su piel un bello color blanco lechoso. La más omnívora de todas las focas es el leopardo marino, especie de gran tamaño que debe su nombre tanto a su voracidad como a su pelaje manchado; lo mismo come algas que peces, y además es el terror de los pájaros bobos, a los que devora con plumas y todo. Así como ciertas focas árticas llegan hasta las Islas Británicas y la costa de los Estados Unidos, los leopardos marinos aventúranse a veces lejos del Antártico y llegan hasta las costas de Patagonia, de Chile y de Nueva Zelanda. Si las otras especies de focas antárticas no hacen estos viajes, probablemente es porque no se atreven a salir al mar libre, donde abundan sus más formidables enemigos, los tiburones y las orcas; porque si en el Polo Sur no hay osos ni esquimales que molesten a las focas, en cambio son éstas, con frecuencia, víctimas de aquellos terribles peces y cetáceos carniceros, lo que prueba que ni en los más apartados rincones del mundo existe la paz absoluta.

VIII

LAS FOCAS GIGANTES

HEMOS visto en el capítulo anterior el gran valor que para los esquimales tiene la foca; hay otro mamífero marino, la morsa, que no es menos útil para aquellos habitantes de las regiones boreales. «Morsa» es un nombre de origen ruso, que significa caballo marino, y los noruegos llaman al mismo animal «hvalros», que quiere decir caballo-ballena. Ahora bien, quien no haya visto jamás una morsa y quiera formarse idea de su aspecto por estos nombres, se equivocará lamentablemente. Sería difícil, en efecto, encontrar entre los animales mamíferos dos especies más distintas entre sí que la morsa y el caballo. Todo lo que éste tiene de bello y gallardo, lo tiene aquélla de fea y deforme; su cuerpo se parece al de las focas, pero es mucho más grueso, como hinchado; sus aletas posteriores están vueltas hacia delante; su piel, cubierta de pelo muy corto, es rugosa como la de un rinoceronte, y su cabeza, corta y chata, termina en un ancho hocico lleno de gruesas cerdas, por debajo de las cuales salen verticalmente los dos colmillos superiores, que pueden tener hasta ochenta centímetros de longitud.

Una morsa sería el más grotesco de los mamíferos marinos si sus formidables colmillos y sus enormes proporciones no le diesen más bien un aire imponente; los machos viejos miden casi

cinco metros de longitud y pesan cerca de mil trescientos kilogramos. Semejante mole, montada sobre cuatro aletas anchas y cortas, apenas puede moverse cuando está en tierra, pero en el agua, la morsa nada tan a la perfección como cualquier otro mamífero marino, y bucea admirablemente para sacar del fondo almejas y otros moluscos, que devora con concha y todo, aunque

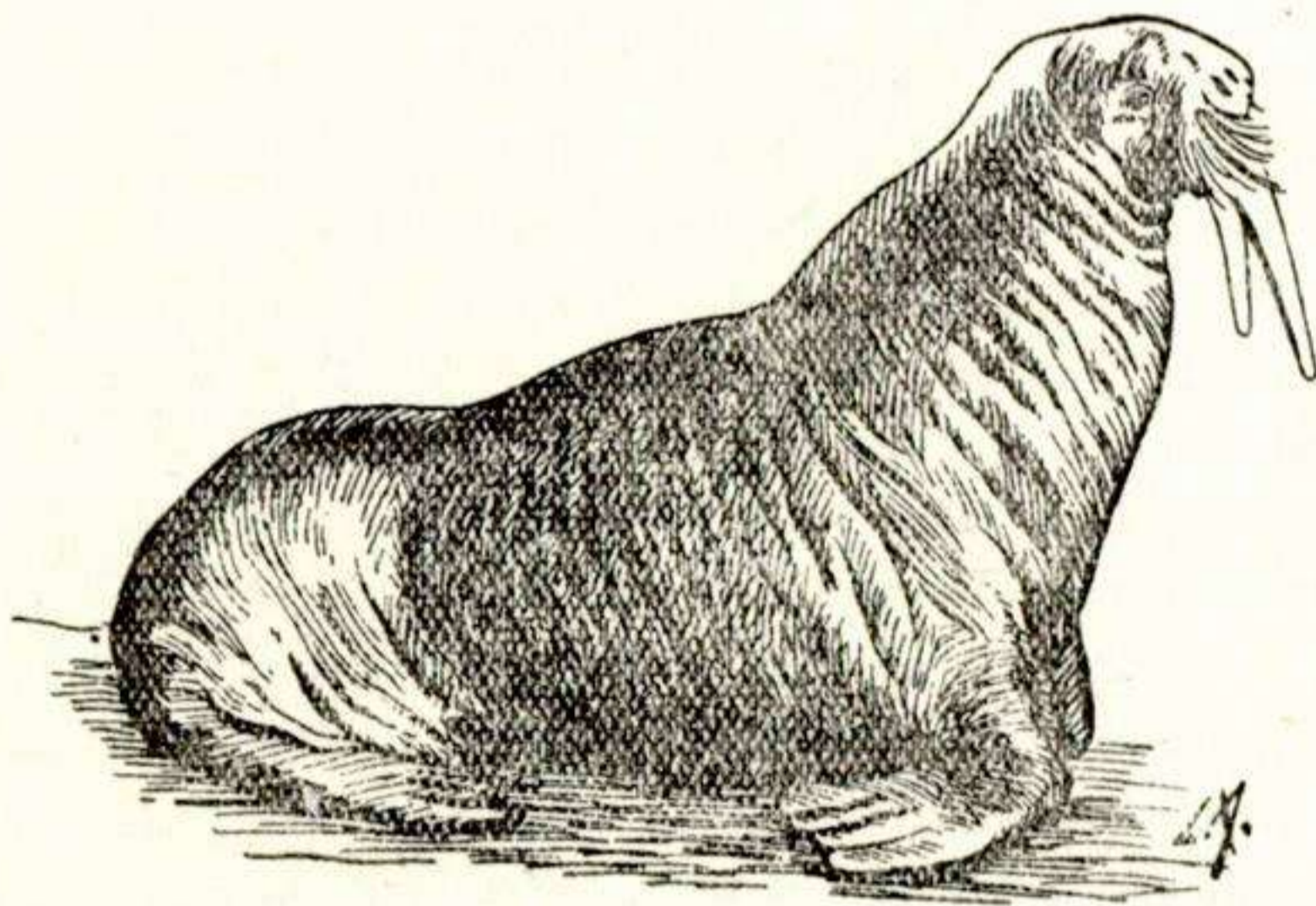


Fig. 23. — Morsa

antes de tragárselos los quebranta y desmenuza entre sus muelas, anchas y planas.

Las morsas viven solamente en la región ártica, y figuran entre los mamíferos marinos que emigran hacia el Sur cuando los mares boreales se hielan; pero nunca se alejan tanto del Polo como las focas emigrantes; en el océano Pacífico sólo llegan hasta las costas de Alaska, y en el Atlántico hasta el límite de los hielos, es decir, hasta una línea que desde la costa del Labrador va hasta el Spitzberg, bordeando la Groenlandia. No todas las morsas hacen su viaje anual, sin embargo; siempre hay algunas que, por pereza o por cualquier otra causa desconocida, se que-

dan en el extremo Norte, y como allí no pueden buscar moluscos por estar el mar helado, dedícanse a matar focas para comérselas. Los esquimales, en cuanto saben que hay en algún sitio una de estas morsas devoradoras de focas, procuran darle muerte, pues de lo contrario pronto desaparecen aquellos anfibios, lo que constituye para aquellas gentes la más grave de las calamidades.

En la época de la emigración, las morsas se reúnen en grandes bandadas, no siendo raro verlas en número de algunos centenares. Cuando descansan en la costa, o sobre el hielo, se echan unas contra otras, casi en montón, permaneciendo inmóviles durante largo tiempo. Son animales estúpidos, de vista y oído muy defectuosos, y cuando están así amontonadas, el cazador puede acercarse a ellas para tirarles a corta distancia, con tal que lleve el viento de cara, porque, eso sí, tienen un olfato muy fino, y si huelen al hombre se apresuran a ponerse en salvo. Los antiguos viajeros contaban que las morsas eran muy peligrosas, y en algunos libros publicados hace cincuenta o sesenta años se ven grabados en los que, entre témpanos de hielo, aparecen unos botes tripulados por audaces marinos que se defienden heroicamente contra los ataques de estos animales. Por desgracia para las morsas, esto no pasa de ser una fantasía. Lo que sí ocurre es que, si los cazadores se acercan en bote adonde las morsas están descansando, cuando éstas se dan cuenta del peligro se arrojan de golpe al agua, llenas de terror, y como son animales enormes, en cuanto hay veinte o treinta, se produce por unos momentos una confusión espantosa; las olas, agitadas por tantos animales cayendo al agua y nadando rápidamente, hacen bailar a la embarcación como si fuese un cascarón de nuez; los mugidos de las morsas atruenan el aire, y por todas partes se ven salir sus feas cabezotas, con el hocico en alto, al aire los grandes colmillos. En tales instantes, se necesita mucha sereni-

dad o mucha costumbre para no creer que se corre un serio peligro; y, en efecto, a veces lo hay, porque los pesados anfibios, en su mismo terror y excitación, enganchan a veces sus colmillos en la borda del bote y lo hacen zozobrar. El riesgo es mayor si los cazadores son esquimales, con sus frágiles esquifes de piel de foca, pues un golpe un poco fuerte que le dé una morsa con un colmillo basta para rasgar el casco de la embarcación.

Todo esto no es suficiente para considerar a la morsa como animal feroz, y no parece que en otro tiempo lo fuese más que ahora, a juzgar por la facilidad con que se la mataba, y eso en una época en que las armas eran mucho menos perfectas. En las costas septentrionales de Noruega se hacían matanzas tan terribles, que ya hace muchos años que no aparece en ellas ninguna morsa, y con el mismo encarnizamiento las perseguían los rusos en las islas del mar de Behring, para obtener sus colmillos, que son de excelente marfil. En un informe oficial publicado en Rusia en 1805 consta que sólo en un año se habían obtenido en las islas Pribilof veintiocho mil libras de marfil de morsa, lo que supone la muerte de más de cuatro mil animales.

En la actualidad, los que más cazan la morsa son los esquimales de Groenlandia y de la América ártica y los chukchis, que viven en el extremo nordeste de la Siberia. La cazan por su carne, por su piel, con la que se hacen correas, látigos y arneses para los trineos, y por sus colmillos, de los que fabrican multitud de objetos, desde puntas de arpón hasta pequeñas esculturas, que generalmente representan animales de aquellos países. Hay esquimales que son verdaderos artistas en los trabajos de marfil. En la Edad Media, eran estos colmillos muy estimados en toda Europa, especialmente entre los escandinavos y moscovitas, cuyos magnates los buscaban para hacerse tallar bellas empuñaduras para sus dagas. Las colonias escandinavas de Groenlandia,

hace cosa de seis siglos, pagaban los diezmos a la Iglesia en colmillos de morsa.

Precisamente a causa de sus grandes defensas, algunas veces se ha llamado a la morsa «elefante marino», pero este nombre se presta a confusiones, porque el verdadero elefante de mar es un animal bastante diferente. También pertenece al mismo

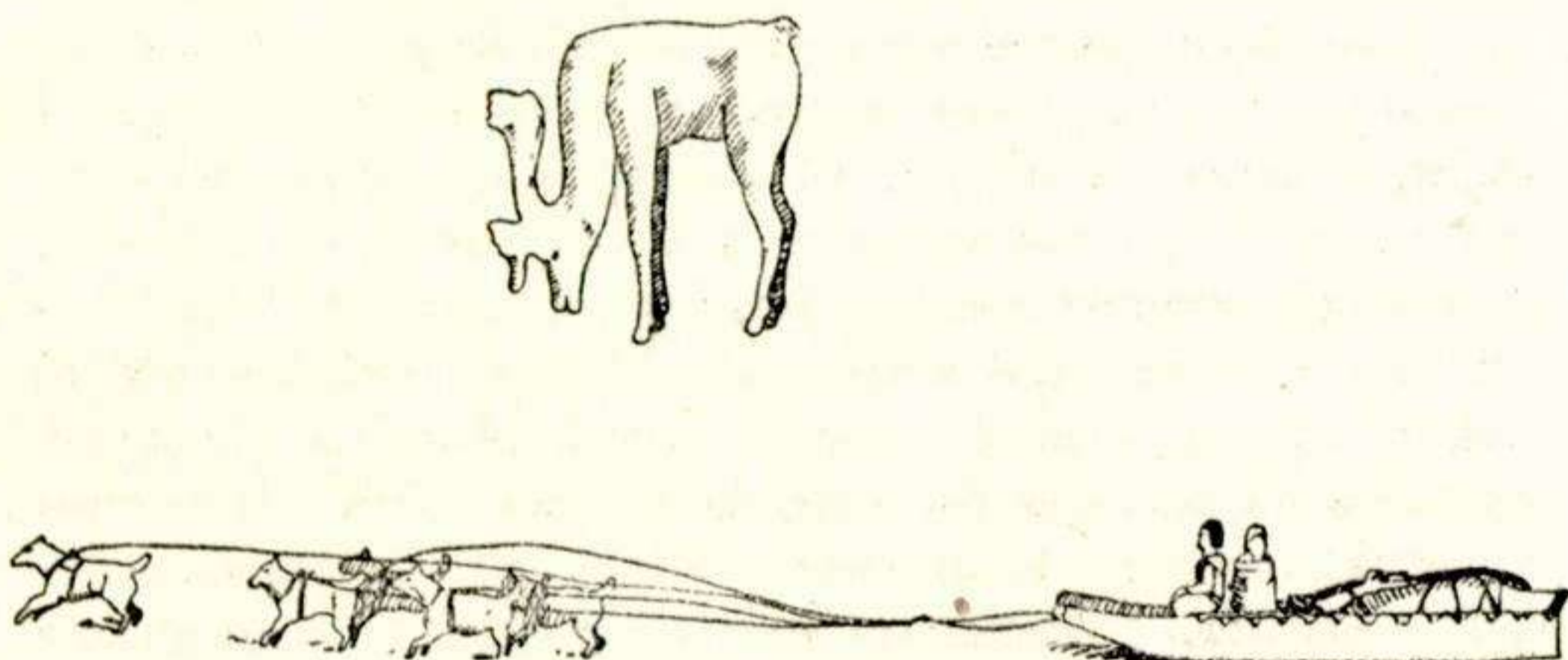


Fig. 24. — Juguetes esquimales de colmillo de morsa

grupo zoológico que las focas, pero es más parecido a las focas verdaderas, de las cuales sólo se diferencia por su tamaño gigantesco y porque los machos tienen una trompa gruesa, corta y algo extensible, que es a lo que se debe aquella denominación. El elefante marino es la especie de foca más grande que se conoce, y uno de los mamíferos de mayor tamaño; los machos adultos miden más de seis metros de longitud, y cuando se enojan y empinándose sobre sus aletas e inflando la trompa, levantan la cabeza cuanto pueden, alcanzan hasta una altura de tres metros.

Al hablar del elefante marino debiéramos decir más bien los elefantes marinos, porque hay dos especies: la del Norte, propia de las islas situadas al oeste de la Baja California, y la

del Sur, que se encuentra, o más bien se encontraba, en los archipiélagos próximos al Polo Antártico. Digo se encontraba, porque en muchas de estas islas no quedan ya animales de esta clase, y en las que todavía los hay, son cada día más raros. Hace menos de un siglo llegaban a lo largo de la costa del Pacífico, hasta las islas de Juan Fernández, frente a Chile, y la especie del Norte se extendía por casi todo el litoral californiano; pero un día los hombres descubrieron dos cosas: que el elefante marino puede proporcionar cerca de setecientos kilogramos de grasa y que es un animal a la vez inofensivo e impasible, al que se puede dar muerte sin correr el menor riesgo, y entonces comenzó la matanza sistemática y continuada de estas focas gigantes. Los años de 1855 a 1870, sobre todo, fueron verdaderamente trágicos para los elefantes marinos. Numerosos barcos frecuentaron sus criaderos, instalándose sus tripulaciones en las islas durante largas temporadas, estableciendo verdaderas factorías, persiguiendo sin cesar a aquellos enormes y pacíficos seres, alanceándolos a mansalva. En poco tiempo, las grandes bandadas, compuestas de centenares de individuos, fueron reducidas a pequeños grupos que, para salir a tierra, buscaban las islas más apartadas y solitarias. Hoy, el elefante marino del Norte ya no existe más que en la isla de Guadalupe, a doscientas millas de la costa de California; el gobierno mejicano vela por su seguridad y ha prohibido severamente su caza. El del Sur, sólo se encuentra en la Georgia y en las Orcadas Australes, y también hay algunos ejemplares en las islas Kerguelén.

La vida que hacen los elefantes marinos, como seres obesos y pacíficos que son, es muy metódica. En verano, permanecen casi constantemente en el mar, buscando su alimento, que consiste principalmente en pulpos, calamares y otros moluscos por el estilo; pero en cuanto llega el otoño salen a tierra, buscando las playas más suaves, y allí pasan todo el invierno y la prima-

vera, no volviendo al agua sino en días muy buenos, y sin hacer otra cosa más que dormir unos junto a otros. Esta larga invernada en tierra no llega a ser un letargo, como el de los lirones o los erizos, pero podría considerarse como una digestión lentísima, pues la mayoría de los elefantes marinos no comen nada durante esa parte del año, de modo que cuando vuelven al mar, van flacos y hambrientos. Algunas veces, los que viven en las regiones australes se ven en esta época sorprendidos en alta mar por las tempestades de primavera y huyen hacia el Norte, a buscar refugio en los rincones más desiertos de la costa de Patagonia.

Lo curioso es que, mientras frente al hombre, o ante cualquier otro peligro, los elefantes marinos parecen estúpidos e incapaces de defenderse, entre sí son pendencieros e intolerantes. Los machos viejos, sobre todo, no pueden estar mucho tiempo juntos sin pelearse, y a fe que una lucha entre dos de estos monstruos es digna de verse. Lanzando roncós bramidos, inflando sus trompas que parecen hacer oficio de cajas resonantes y estirando el cuello cuanto pueden, lánzase uno contra otro, tratando de morderse y procurando cada uno agarrar por las narices al otro, con la evidente intención de asfixiarlo. Pero aquí sí que se cumple aquello de que es más el ruido que las nueces, pues muy rara vez sucumbe ninguno de los dos contrincantes, aunque no es raro que uno de ellos, por lo menos, saque algunos rasguños como recuerdo del combate.

IX

LEONES Y OSOS MARINOS

A sí como el mar tiene sus elefantes, también tiene sus leones. Un naturalista francés del siglo XVI, llamado Rondelet, cuenta que el año en que murió el papa Pablo III se pescó en la costa de Italia un león marino, y da una stampa de este animal en la que aparece pintado como un verdadero león, pero con cara de persona y todo el cuerpo cubierto de escamas. Esta clase de leones marinos es tan fabulosa como las sirenas y demás monstruos en que creían las gentes durante la Edad Media; pero hay otros leones marinos verdaderos, y muchas de las personas que desde Europa van a Buenos Aires o a Montevideo pueden dar fe de ello. En efecto, para entrar en el caudaloso río de la Plata, los barcos tienen que pasar junto a una isla en la que hay un faro, la cual lleva el nombre de isla de Lobos, no porque haya en ella lobos propiamente dichos, sino porque es el domicilio de gran cantidad de leones marinos, a los que llaman lobos los sudamericanos; y es allí frecuente ver surgir del agua las cabezas de estos animales, que, entre curiosos y asombrados, contemplan el paso de los grandes transatlánticos.

Los leones marinos son muy parecidos a las focas y pertenecen al mismo grupo zoológico que ellas, el grupo de los «pinípedos», cuyo nombre quiere decir que tienen los pies en forma de aletas. Sin embargo, nadie que haya visto, aunque sólo sea una vez, leones marinos y focas, puede confundirlos. Los leones marinos tienen orejas, unas orejitas pequeñas, pero al fin y al

cabo orejas, mientras las focas, y lo mismo las morsas, carecen de ellas, de modo que sus oídos se abren al exterior simplemente por un agujero, lo mismo que en los cetáceos. Además, las focas tienen las aletas posteriores extendidas hacia atrás, a los lados de la cola, en tanto que los leones marinos las tienen dirigidas hacia delante, o más bien hacia los lados. De esta diferencia resulta que un león marino puede sostenerse sobre sus cuatro extremidades y marchar sobre ellas, como si fuese un cuadrúpedo, cosas imposibles para una foca, que siempre tiene que estar echada y que, cuando camina, lo hace saltando sobre su vientre, o más bien arrastrándose.

Pero los leones marinos no solamente andan mejor que las focas, sino que son también mejores nadadores; sus extremidades anteriores tienen la forma de verdaderas aletas, sin que se noten en ellas los dedos, y las posteriores se prolongan en una especie de remo estrecho y largo, muy apropiado para el oficio que han de desempeñar en el agua. La ligereza, la gracia y la facilidad con que estos animales se mueven en el líquido elemento, zambulléndose, buceando, revolviéndose y retorciéndose como si para todo ello no necesitasen esfuerzo alguno, no son superadas ni aun por los mismos cetáceos. Una de sus diversiones predilectas consiste en subir a lo alto de una roca o de un acantilado, y desde allí tirarse de golpe al agua, como lo hacen los grandes nadadores.

El nombre de leones marinos con que se conoce casi universalmente a estos animales, está bastante bien aplicado, porque los machos tienen el pelo del cuello bastante largo, formando una especie de melena, que parece más abultada por ser el cuello mismo muy grueso; de modo que cuando están descansando sobre alguna roca parecen desde lejos esos leones alegóricos que se representan echados en algunos monumentos. Las hembras son mucho más pequeñas y, lo mismo que ocurre con las leonas terrestres, no tienen melena. También carecen de este

adorno los machos jóvenes. Cuando nacen, éstos tienen el pelo negro, y brillante como raso; después se vuelven amarillos, y por último de un color castaño, que es el que tienen sus padres. En el Uruguay, a los machos viejos, que poseen una melena bastante crecida, les llaman «lobos pelucas».

El león marino está lejos de ser un animal feroz, como su homónimo el rey de las selvas. Claro es que no pensarán así los peces, a los que persigue sin descanso. Para el hombre es inofensivo, procurando huir en cuanto ve que se le acerca gente; solamente los machos viejos, en caso de verse acosados muy de cerca, o si se les corta la retirada, se deciden a hacer cara al intruso, porque sus dientes son lo bastante fuertes para partirle un brazo a un hombre.

Desde luego, la isla de Lobos no es el único punto donde viven los leones marinos; los hay a miles en las costas de Patagonia y de Chile, y especies algo distintas se encuentran en la parte septentrional del Pacífico, o sea en el mar de Behring y en el litoral de California. Por cierto que los de estas regiones del Norte son menos dignos del nombre de leones, porque no tienen melena; allí no existen lobos pelucas. En todos estos sitios, los leones marinos son abundantísimos, porque tienen costumbre de reunirse en gran número, sobre todo durante el verano, que es cuando nacen los cachorros. Por lo regular, se juntan siempre en un mismo punto de la costa, advirtiéndose de lejos la existencia de una de estas colonias por los bramidos que constantemente dejan oír los machos y por el olor fétido que se desprende de tantos animales juntos; porque es de advertir que no es raro ver reunidos de cinco mil a veinte mil leones marinos. En la América del Sur llaman a estas colonias «loberías»; una localidad de la costa de la provincia de Buenos Aires lleva precisamente este nombre, «Lobería», por haber sido en otro tiempo un criadero de estos anfibios.

La mayor parte de los mamíferos que viven en bandadas acostumbran a obedecer a un jefe, una especie de patriarca que se impone por su fuerza o por su experiencia; pero con los leones marinos no ocurre así; cada lobería consta de cierto número de machos, cada uno de los cuales tiene varias hembras, diez, veinte, hasta cincuenta algunas veces. El empeño de todos los machos es tener el mayor número posible de compañeras, y con este propósito se las roban unos a otros, trabándose con este motivo sangrientas luchas.

En todo el verano, los leones marinos van muy poco al mar, de modo que cuando llega el otoño están flacos y débiles; pero pronto se reponen, pues su voracidad es extraordinaria. Calcúlase que un león marino se come cada día unos ciento cincuenta peces del tamaño de un arenque, por lo menos. En cambio, ellos no tienen más enemigo a quien temer que la orca, el terror de todos los animales marinos. Es decir, no tienen otros enemigos entre los irracionales, pues el hombre es realmente quien con mayor encarnizamiento los persigue. La piel de los leones marinos, y aun más que la piel, el aceite que se extrae de su grasa, han tentado la codicia humana allí donde estos animales existen, y todos los años se matan en cantidades increíbles. A principios del siglo pasado, el león marino de Behring abundaba tanto, que sólo en las islas Pribilof se reunían cada verano algunos cientos de miles de ejemplares; en 1914, apenas quedaban unos pocos centenares.

Todavía más perseguidos son, sin embargo, los osos marinos. Estos animales son muy parecidos a los leones marinos, y tienen, como ellos, orejas, por lo que a unos y otros se los comprende bajo el nombre de «otarios», que significa sencillamente orejudos; pero el oso marino se distingue por la calidad de su pelaje. En los leones marinos, todo el pelaje está formado por pelo corto, sedoso y liso; en los osos marinos existe también esta clase de

pelo, pero debajo de él se esconde otro distinto, que es una especie de borra suave y afelpada. Por esta razón, en la América del Sur se les llama lobos de dos pelos, o lobos finos. Quitando a la piel de estos animales los pelos sedosos y dejando solamente la borra o lana afelpada, resulta la piel de foca del comercio, una de las más estimadas en manguitería y, por consiguiente, de las que se pagan más caras.

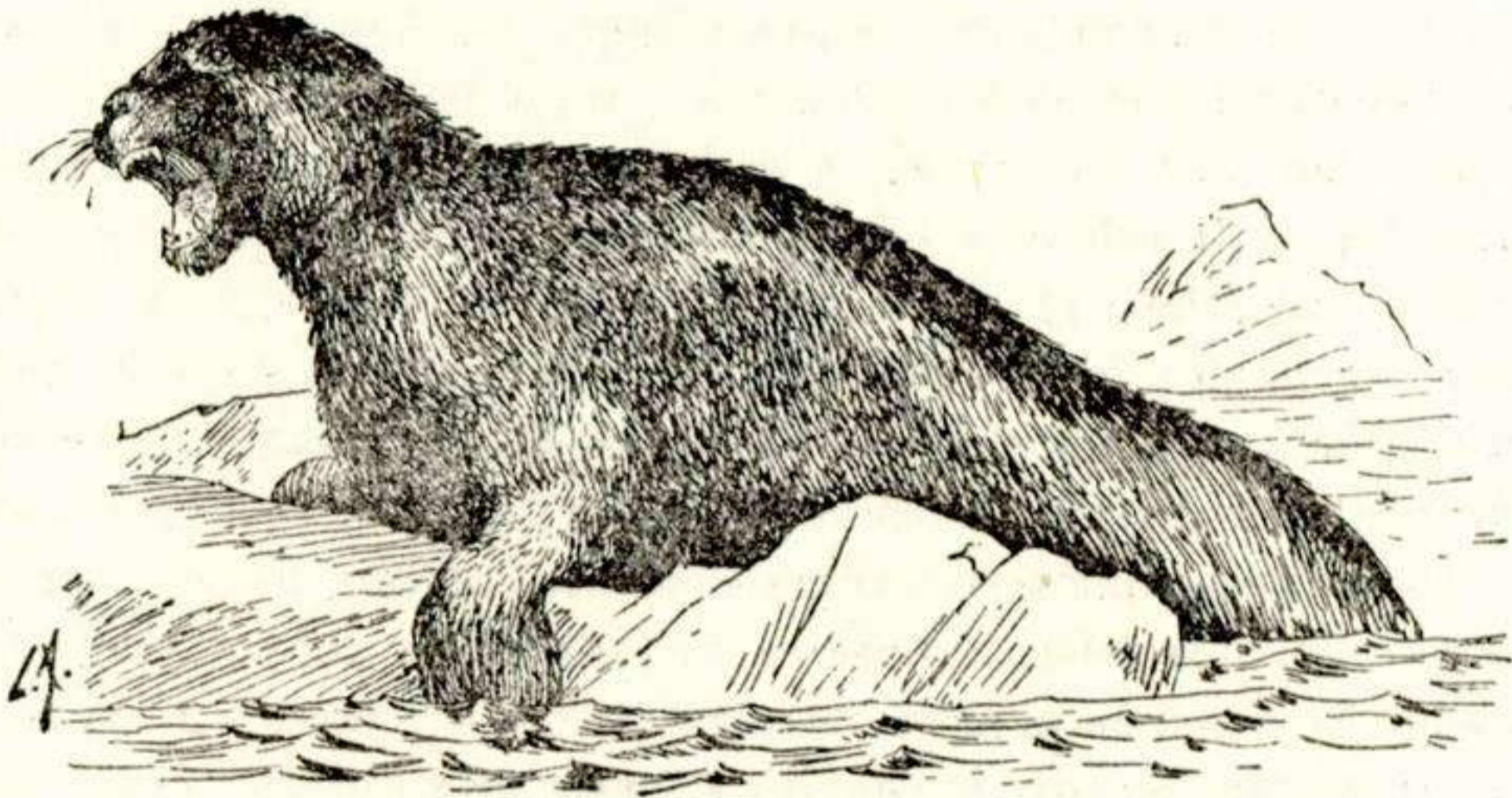


Fig. 25. — Foca crinada

Los osos marinos viven en las mismas regiones que los leones marinos, pero tienen costumbres algo diferentes. Todas las especies conocidas (porque se conocen varias especies) son grandes viajeras; el oso marino de Alaska, por ejemplo, pasa el invierno en la costa occidental de la América del Norte, bajando hasta la parte septentrional de California, y al llegar la primavera hace un viaje de mil o dos mil millas, viaje que dura varios días, casi siempre con mar muy revuelto y sin descansar en ningún punto, hasta llegar a las islas Pribilof, que es donde pasan el verano y donde nacen cada año los pequeños oseznos marinos. Cada uno de estos animales ha invernado donde mejor ha po-

dido, pero en aquellas islas se reúnen todos al llegar la buena estación. Primero llegan los machos; los más jóvenes, pero independientes ya de sus madres, se reúnen en grupos más o menos numerosos, como lo harían los muchachos en cualquier colonia veraniega; los ya maduros, enormes animalitos de más de doscientos kilos de peso, prefieren vivir separados, y cada uno de ellos se apropia una parte de la costa, defendiéndola a mordiscos contra cualquier intruso. Cuando llegan las hembras, graciosos animales que apenas abultan una quinta parte de los machos, éstos salen a su encuentro, y cada uno se lleva las que puede: uno diez, otro quince o veinte, algunos hasta ciento. Como un sultán despótico, el oso marino ejerce la más brutal tiranía sobre su harén y lo defiende celosamente, procurando sobre todo mantener a raya los grupos de machos más jóvenes, que se ven durante unos cuantos años condenados a formar rancho aparte.

Estos osos marinos jóvenes son, en cambio, los que pasan un verano más feliz. Soberbios nadadores, la mayor parte del tiempo lo pasan en el agua, persiguiendo a los peces y a los calamares, y tan pronto buceando a gran profundidad como saltando por encima de las olas uno tras otro, al igual que los delfines. Las hembras y los machos viejos, por el contrario, se están cosa de mes y medio sin ir al agua, y, por tanto, sin comer; los machos, porque ni por un momento se atreven a dejar solo su serrallo, y las hembras porque en esa época nacen los oseznos, que durante algunas semanas no pueden nadar, y ellas tienen que cuidarlos.

El espectáculo que ofrece una osa marina con su cría, cuando ésta empieza a entrar ya en el agua, es tan curioso como divertido. Si el pequeño demuestra temor, la madre lo agarra con los dientes, como hace una gata con sus hijos, y lo zambulle a la fuerza, jugando con él entre las olas, y cuando el hijo se cansa, se lo coloca sobre la espalda y vuelve con él a tierra en seguida.

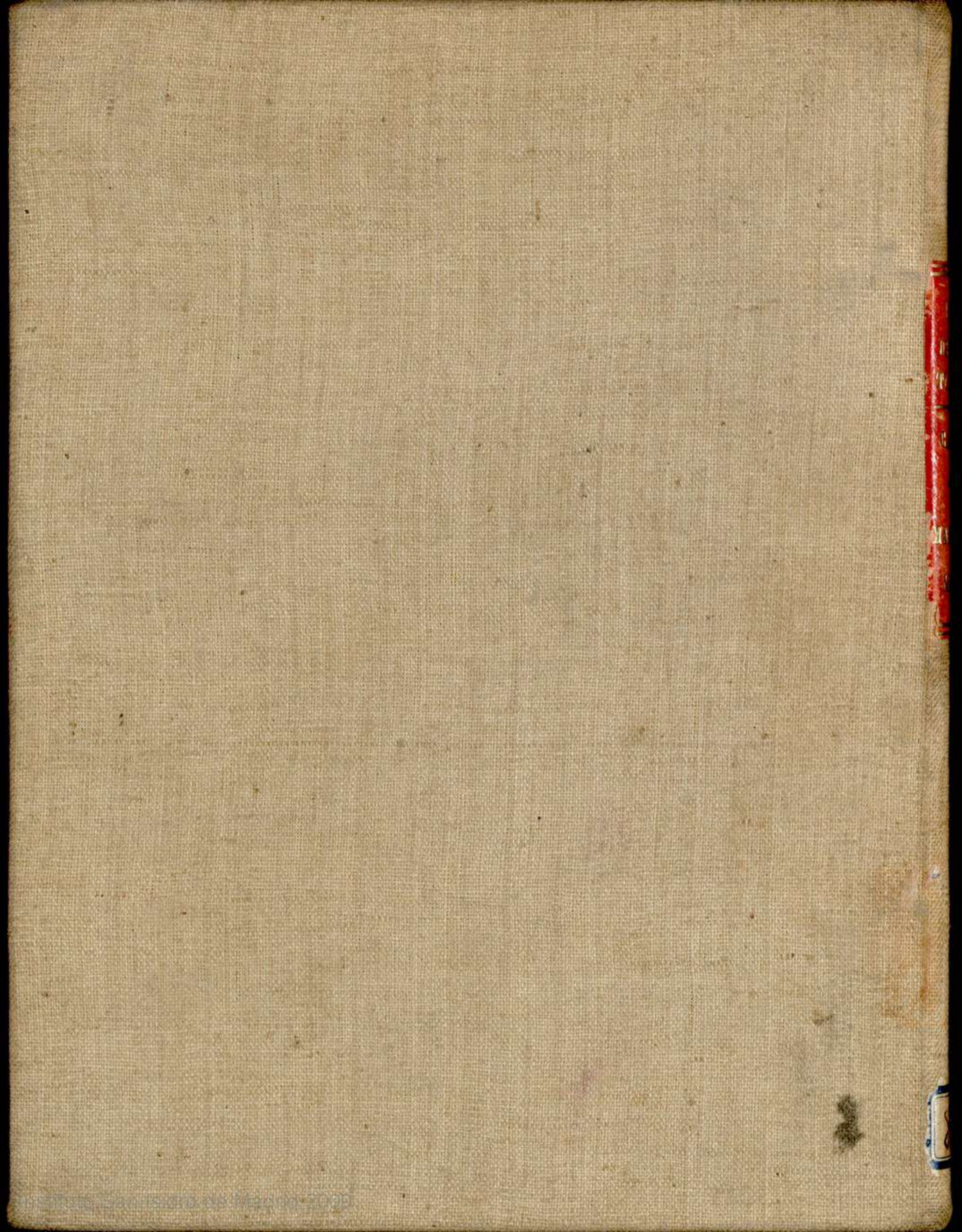
El hemisferio Sur tiene también sus osos marinos, de dis-

tinta especie que los del Norte, pero de idénticas costumbres, con la diferencia de que se reúnen en sus criaderos en los meses de noviembre a marzo, porque entonces es verano en dicho hemisferio. En otro tiempo había muchos osos marinos en la isla de Lobos y, sobre todo, en las Malvinas, pero ahora son relativamente raros por la activa persecución de que han sido objeto. Sólo en 1910 se mataron en la isla de Lobos unos cinco mil setecientos lobos de dos pelos, como allí los llaman.

La caza de estos animales se hace en el invierno en tierra, y en el otoño en el mar. El primer modo de cazarlos es el más cruel, y sin embargo el menos perjudicial para la especie. Durante el invierno, en efecto, la mayor parte de los osos marinos están en el mar, y solamente van a las islas cuando el frío es muy fuerte y sopla el terrible viento helado del Sudoeste, que en la Argentina y el Uruguay se conoce con el nombre de «pampero». Entonces, agrádales tumbarse en las playas pedregosas, o sobre las rocas, para calentarse al sol. Esta es la ocasión que aprovechan los cazadores para acercarse a ellos blandiendo gruesos garrotes y lanzando gritos estentóreos. Algunos osos marinos tratan por un momento de defenderse, pero la mayor parte se declaran en retirada, y pronto todos ellos, en masa, van huyendo hacia donde los empujan sus asaltantes. Los loberos, como se llama en América a estos hombres, son gente ducha en su oficio y sabe llevar a la manada de osos, como si fuese un rebaño, hasta un corral circular, donde los dejan encerrados. Dos o tres días después acorralan los que van saliendo a tierra, y así continúan hasta tener el corral lleno. Entonces, los van sacando por grupos de quince o veinte y acosándolos de nuevo hasta otro punto de la isla, donde los matan asestándoles un certero garrotazo en la cabeza. A medida que van cayendo, con extraordinaria rapidez les quitan la piel, descuartizan el cuerpo y lo hacen cocer en grandes calderas, para extraer la grasa.

La caza en el mar se hace con botes, a tiros. Para un verdadero cazador, sería una caza más noble, pero es la que más contribuye a la extinción de la especie, porque se lleva a cabo en la época en que los osos marinos abandonan los criaderos y vuelven a su vida marina, y lo mismo se tira a las hembras y a sus crías que a los machos viejos, procurándose que no escape ninguno.

En el mar de Behring se ha perseguido con el mismo ensañamiento al oso marino de Alaska. Calcúlase que desde que los rusos descubrieron las islas Pribilof se han sacado de ellas más de cinco millones de pieles de oso marino. Algunos años se mataron allí más de cien mil ejemplares, y así no es de extrañar que mientras en 1873 veranearon en aquellas islas nada menos que tres millones ciento noventa y tres mil cuatrocientos treinta osos marinos, treinta años después quedasen escasamente doscientos mil. En 1907, este número había bajado a ciento ochenta mil, y entonces el gobierno de los Estados Unidos, temiendo el completo exterminio de tan interesantes animales, prohibió que se cazasen machos adultos, hembras y crías, autorizando sólo la caza de los machos jóvenes que viven aparte, los «solteros», como les llaman los cazadores, e igualmente impidió la persecución en el mar, como más perjudicial. Así y todo, no se obtuvo el resultado apetecido, y fué preciso que los Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y el Japón concertasen un tratado para impedir durante quince años la caza de osos marinos en el mar de Behring. La Argentina, el Uruguay y Chile han adoptado medidas parecidas para proteger al oso marino del Sur, de modo que la existencia de estos pinnípedos, que parecía amenazada por las exigencias de la moda y de la vanidad humanas, parece asegurada definitivamente.



LIBROS
DE LANA
TUBALEZA

GAITE BRA

MANTIFERO
MABINOS

8421